

LA RENDIJA

IDALIA CORNIELES-DIAZ

MAYO 2008



A TODOS LOS AMORES DE MI VIDA
Y A LA VIDA DE TODOS MIS AMORES.

Caminante no hay caminos
Se hace camino al andar

CAPITULO I

Camino a otros lares

Surcando un cielo medio nublado el avión de pasajeros se deslizaba cual pájaro seguro. Unas pequeñas oscilaciones dejaban entrever las características del tiempo. Allí estaba María, no muy amante a viajar en estos aparatos, a los cuales siempre les tuvo temor. Pero a veces, el amor, el cariño, la necesidad obliga a estos seres a emprender aventuras más allá de lo deseado. A su lado una mujer como de setenta años se veía alegre, o por lo menos eso reflejaba su cara. Las dos mujeres se sentaron juntas, tal vez, por aquello de la edad.

La mujer parecía estadounidense, por el atuendo y por sus características peculiares, y la otra de América latina. La estadounidense tendría como unos setenta años o más, vestía con una cómoda bermuda de blue jeans, una franelilla blanca, zapatos de tenis blancos y rojos, una gorra gris como de safari la cual la tenía metida hasta las orejas, de lentes oscuros y por cartera, simplemente un morral, como ese que usan los muchachos sobre su espalda. La latina, alta, elegante, bien vestida y mejor calzada. Con una hermosa cabellera bien peinada hacia la nuca y amarrada en un bello pañuelo de seda. Ojos grandes, boca pequeña y nariz perfilada. Una clara mezcla de esas a que nos tiene acostumbrada la América Hispana.

La estadounidense se presentó como Charlotee, escritora estadounidense y la latina como María, amante de la lectura sobre todo de novelas. Estas características doblegaron el seco acercamiento y las estimuló a intercambiar palabras. María, sintió un poco de vergüenza, pues, ella que tanto se preciaba de haber leído novelas, no había oído el nombre de Charlotee jamás entre las novelas que conocía. Se apenó por ello, pero la viejecilla de los ojos azules, al percatarse de aquella situación incómoda, le dijo suave y lentamente:

-I have pseudonym. -

Eso las hizo sonreír y deshelar un poco más el tenso momento de la presentación. Aprovecharon el inmenso amor que cada una sentía por la

literatura, para derrumbar la diferencia de idiomas. Y entre un español arrastrando erres y verbos sin conjugar de una, y un inglés de bachillerato de la otra, llenas de limitaciones, aquellas mujeres fueron capaces, no sólo de entenderse y comprenderse sino de conocerse y respetarse.

Charlotee vio que sobre el regazo de María, estaba el libro de Timossi, “El 11-S y la Gorda”, y le dijo,

—! Oh!, yes, I have read many books of that author

I have read all their works, from the adventures of the grandfathers rabbit, to Great Tree-lined avenues, their Stories of Barbarrona, but had not been able to read their last novel.

María la miró tratando de entender a su compañera de asiento. Charlotee, se percató de ello, y entre un viejo diccionario que extrajo de la mochila, y su pausado hablar, comenzó a tratar de hablarle en español a María. Ambas se sonrieron como en una especie de complicidad. Charlotee, le habló sobre la última novela que estaba escribiendo, y que pensaba terminarla para finales de año. Y ella, María, del sinfín de novelas que había leído, y la angustia que le ocasionaba el saber que había tantas que no había tenido tiempo de leer. Intercambiaron ideas casi de inmediato sobre algunos escritores y poetas, por allí pasó, Wilde, Shakespeare, Eco, Rulfo, Hemmiway, Ruiz Barrachina, Gabrielli, Cortázar, Travieso, Borges, Morrison, Carpentier y muchos otros nombres de novelistas o poetas que María desconocía, sobre todo aquellos de actualidad y los que escribían sobre ciencia ficción

La cercanía a la norteamericana, que a pesar de sus setenta o más años respiraba vida, derrochaba juventud le dio fortaleza y le renovó los deseos de sentirse viva, y de conversar con alguien como hacía años no lo hacía. María le sonrió de una forma, que más que sonrisa era una invitación a continuar la conversación iniciada, hablar, hablar, a veces hace tanta falta,

se repitió para sí misma. Así oyó decir a Charlotee, con su español lleno de erres:

Este viaje es fuerte pero yo he amado la aventura. Me gusta correr riesgos.

_ Lo decidimos mi novio y yo, pero lamentablemente al salir del avión en Ámsterdam, se cayó y se fracturó una pierna, así que lo hice que se regresara a Indiana. Yo he decidido seguir el viaje, sola y luego de recorrer algunos sitios del sur de África iré a El Cairo, pienso visitar las pirámides y los templos. Tal vez recorra el Nilo, visite Luxor, el Valle de los Reyes. Estoy tan emocionada por encontrarme con esa cultura a través de sus obras. Su español no era muy fluido, se tardaba algunos segundos para concatenar las ideas y las frases, pero entre las dos hicieron un esfuerzo y se fueron entendiendo, celebrando con risas algún atropello al idioma.

Cuando dijo su novio, María, llena de esos prejuicios muy latinos, le pareció una broma y se rió, pero era cierto, y eso era lo que ella más admiraba de la cultura estadounidense; su frescura, su desparpajo, su forma de ser libres y sin ataduras ni convencionalismos ni falsos prejuicios.

María, aún no llegaba a los sesenta años y se veía bonita, muy atractiva, sus ojos grandes y vivaces destacaban en una cara que seguía siendo hermosa. Su cuerpo conservaba la elegancia y el donaire de una mujer de menos edad, aún así, a ella le hubiera dado vergüenza ponerse aquellos bermudas, y aquellas medias tobilleras con zapatos de tenis, y menos aquel horroroso gorro de safari. Pero Charlotee estaba feliz y sin problemas, disfrutando del vuelo, de unos jóvenes que contaban chistes y se reían, y que estaban sentados en los puestos contiguos.

María la vio sacar una cajita con chicles, meterse dos de un solo golpe a la boca y luego le ofreció uno a ella. Enseguida le vino el recuerdo de su esposo, del cual tenía algunos años de viudez, y la opinión de él, sobre ese mal hábito de masticar chicle y la ordinariéz que le agregaba a quien lo hacía. Pero no, Charlotee no se veía ordinaria, se veía, agradable, cortés,

alegre, juvenil, sin prisa por vivir la vida. Tal vez eso fue lo que hizo que María cambiara de opinión, así que tomó el chicle que le ofreció Charlotee y lo metió a su boca repitiendo el mismo ademán, que había observado a Charlotee, cosa que celebraron con una esplendorosa sonrisa. Era la primera vez que reía desde hacía bastante tiempo, y la primera vez en muchos años que masticaba chicles. Una fugaz presencia pasó por su mente, pero enseguida la hizo a un lado. A medida que hablaba con Charlotee, sentía que un peso la iba abandonando. Charlotee tuvo el don de quitarle la amargura que Cayfid (su hijastro) le había sembrado contra la gente estadounidense, y también el privilegio de rejuvenecerla y darle un poco de calidez a su vida en aquel momento, donde parecía necesitarlo. Fue una lucha intensa la de María, contra la angustia de un viaje muy largo, su cansancio y un sopor la embargaba por instantes. Sólo lo motivante de la conversación la mantenía despierta. Sobre sus piernas, descansaba la gruesa carpeta marrón, que ya casi se tornaba amarilla, y, cuyo contenido se desparramaba por ella a todo lo largo de unas doscientas hojas fuertemente engrapadas: su diario, al que siempre acudía en busca de refugio y en el que describía paso a paso su vida.

Unas horas en aquel avión les llevó a comprender que los pequeños saltitos que daba el avión, conspiraba contra la conversación que ellas sostenían, y de la cual se sentían muy agradadas y sin que ninguna pretendiera influir sobre la otra. Así de llano, conversar sobre lo que les gustaba, sin críticas, sin soberbia, sin compromisos.

Hablar con Charlotee era divertido, parecía una niña con un juguete nuevo. Al hablar no empleaba la elocuencia, de la que seguro era dueña, hablaba con simpleza, con dulzura y tal vez con donaire. A María le agradó tanto la simpleza de la americana, que empezó a dudar de ella misma, de su propia apariencia, de su extremada rigidez, de la forma tan austera como ella había vivido su vida, de la cual se sintió esclava en ese momento, como también sintió deseos de liberarse de todo

un mundo en que por primera vez se sintió prisionera y con necesidad de dejarse llevar por aquel momento. Veía a Charlotee, una Charlotee irreverente, la cual viajaba con un morral por todo cargamento, sus anteojos oscuros y su horrible sombrero de safari gris, que por el uso ya casi era blanco. Sombrero que tenía una especie de huequitos por donde se asomaban las hebras gris amarillentas del cabello de Charlotte.

Mientras ella, la exquisita María, como habían comenzaron a llamarla sus amigas, desde hacía bastante tiempo, estaba primorosamente vestida, además de su equipaje de mano, llevaba una maleta inmensa, que de tanto pasar de avión en avión había perdido hasta la ruedas. Por un momento María se preguntó, ¿qué haría con tanta cosa que llevaba en su valija?-Vio como Charlotee, posando rápidamente sus ojos sobre los libros, que ella llevaba sobre sus piernas, sacó una pequeña libretilla de su horrible morral y anotó el nombre de los mismos.

-This are for you,- le replicó María en su mejor Inglés.

_Thank

Le dijo Charlotee, y tomando las manos de la elegante mujer entre las suyas, le dijo suavemente:

_Si los llevo ahora, no podré disfrutar el viaje.

Y así con esa sencillez, le devolvió los libros.

He aprendido- expresó Charlotee_ A dejar todo lo que estorba si deseo disfrutar de un viaje.-

. Ante el encuentro con tanta sencillez, sintió latir sus heridas, punzantes, lacerantes, dejadas por la vida en el pecho aún medianamente joven, se negaba a permanecer impasible y se desbordaba en ansias por dejar atrás un mundo irascible y temerario en el cual había vivido siempre y del cual de alguna manera se sentía esclava. Cuando despertaba por momentos allí estaba Charlotte, sin pizca de problemas, rejuvenecida ante ella, con su pelota de chicles en la boca y su horripilante sombrero. María sintió las piernas pesadas, había viajado desde Sudamérica hasta Ámsterdam en un vuelo de casi 12

horas con diferentes escalas, y después de cinco horas de espera en dicho aeropuerto su nuevo vuelo era hacia el África, con destino al Congo.

Se preguntaba, si en ese planificar de su vida, había alcanzado sus deseos, y lo que ella siempre llamó alcanzar la felicidad.

Ella había planificado su vida,

_ ¿qué había logrado?-

_¿Qué tenía en este momento. Qué había hecho con su vida?-

_¿Qué haría con lo que había acumulado?-

Tenía dinero en bancos extranjeros, trabajaba para matar el tiempo asesorando compañías. El dinero casi le llegaba por añadidura. Las joyas no le faltaban, tenía un apartamento lujosísimo.

_ ¿En dónde estaba, que era su vida?-

_ ¿pero era feliz, se sentía bien?.-

Ahora, su único compañero era el libraco, éste, prácticamente se había convertido en su único amigo, su confidente. Ella se preguntaba al ver a Charlotee

_ ¿Cómo aquella mujer podía ser una escritora y ser tan simple?, y porque no, tan mal vestida, tan mal presentada, se repetía una y otra vez. -

Viéndola así, sin ningún garbo, sin ningún prejuicio, y feliz, disfrutando hasta de las pequeñeces que ocurrían en el autobús, María sintió por primera vez, lo compleja que había hecho su vida, llena de prohibiciones, de copiarse de aquellos a los que parecía admirar, y cuán difícil había hecho lo que al parecer sería sencillo: ¡VIVIR!

_ Vivir, y ¿qué realmente era vivir y, quienes eran los equivocados?- _Se preguntaba por instantes

Cornieles Díaz

En ese momento hasta sus zapatos le parecieron ridículos. Toda ella, vestida con elegancia, con garbo, impecable hasta en las medias, en aquel avión, donde todos parecían llevar lo elemental, y ella era incapaz de bajar a esa sencillez, a esa desfachatez, a esa tranquilidad, a esa en suma: ingenuidad.

Charlotee no llevaba ni reloj. Sus zapatos no eran obstáculos para caminar, y ella llevaba hasta medias de nylon, que le hacían arder en sudor las piernas.

Sintió unos inmensos deseos de cortar para siempre con todo su mundo. Un mundo que parecía afanado en asirla y en atraparla con sus elásticas, a pesar de que se pudiera atrever, a levantar los ojos por encima de la rendija de la ventana que había permanecido todo el tiempo a lo largo de su existencia tentándola a traspasarla.

Estaba sola, su único compañero era el libraco, hablaba y hablaba consigo misma, y se dejaba sumir en sus pensamientos. Charlotee, la observaba, como buena escritora podía casi mirar al interior del ser humano. Se veía tranquila, serena, sin problemas, con una respiración tranquila y acompasada.

Cuando se percató de que María volvía a mirar con cierta tranquilidad, le dijo:

_ ¿Se siente mejor? -, y le ofreció un durazno.

María la miró, rehusó el durazno, no dejaba de sentirse extrañamente emocionada. Aquello era como volver a sus quince años, cuando sin ningún tapujo, sacaba sus bolsitas de platanitos, de merey o de chocolate en el autobús que la llevaba a su casa y se los comía sin ningún tipo de problemas. Pero eso estaba tan remoto en su vida, y para ella superado, que nunca se imaginó repetir tal conducta, que casi le parecía indeseable, indecente, tan falta de garbo, por ello se preguntaba:

¿Cómo aquella mujer podía ser una escritora y ser tan simple?,

Miró a Charlotte y le dijo con suavidad

_También viajo sola, no tengo ninguna ruta en especial, no le molestaría si emprendemos este viaje juntas.-

Charlotte sonrió y dejó ver su limpiísima dentadura..

-Yes. Yes, si, si perdón. ¿Por qué no?. Es una forma de hacer amigos nuevos.
Desde ese instante María olvidó su itinerario.-

Por el parlante se oyó la voz de la azafata.

_Buenas Tardes Señores pasajeros.

Dentro de pocos momentos estaremos aterrizando en el aeropuerto Internacional de Maya-Maya (Congo-Brazzaville) ¡Por favor!, abróchense los cinturones y no olviden su equipaje de manos. Una vez más, gracias por preferirnos, y les deseamos una feliz estadía en la República de El Congo. –

Salía el grupo de pasajeros del aeropuerto, cada uno tratando de definir su tránsito entre el bullicio y la algarabía. A la salida del mismo estaba la línea de jeep, la de los mercedes benz y la de los pequeños autobusetes. Cada pasajero asumía su elección-. El aire les daba de frente a sus mejillas, caliente, así como ese aire que sale de un horno. Un aire que quema y no refresca. A uno de los pequeños autobusetes subió un grupo de pasajeros, riendo, cantando y bromeando. Solo la juventud hace eso, llenando con ello de vida al destartalado cacharro.

Enseguida el autobusete se llenó de jóvenes turistas. Las dos damas ocuparon el puesto delantero, ya que la mayoría de los muchachos morral en hombros se fueron a la parte trasera del autobús, cantando, bromeando, rasgando una guitarra y entonando baladas. Se veían alegres. Era un grupo de jóvenes, desprejuiciados y sin aparentes problemas que no fueran los de la inmediatez de la situación. Vestidos a su aire, cabellos largos unos, y ensortijados otros. Casi al instante, el autobusete corría con toda la velocidad que podía imprimirle el chofer aquel motor desbastado y viejo, pero sin la pretensión de hacerle competencia ni a los mercedes benz ni a los jepps.

Distintas lenguas, distintos colores de piel, distintos rostros, pero similar actitud, todos se veían alegres, sanos, dispuestos a experimentar su nuevo viaje. Parecían venir de algún sitio y todos en cambote.

Al verlos una de las mujeres dijo:

_ ¡Es la vida! , si, si,-

Yes, yes. ¡This is the life!

_ ¡C'est la vie!, dijo la otra.

Sobre aquel autobús, inhóspito paisaje, polvorientas tierras, largos caminos de palmeras y dátiles y el fastidioso movimiento en zigzag del autobús, la conversación que ellas sostenían, y de la cual se sentían muy agradadas, se hacía interesante a pesar de ello y sin que ninguna pretendiera influir sobre la otra. Así de llano, conversar sobre lo que les gustaba, sin críticas, sin soberbia, sin compromisos.

Mientras Charlotee tarareaba la canción que cantaban los muchachos, María repentinamente, semicerraba los ojos, solo lo motivante de la conversación la mantenía despierta y le procuraba el nacimiento de un nuevo sentimiento que comenzaba a emerger en su corazón.

La cercanía a la norteamericana, que a pesar de sus setenta o más años respiraba vida y derrochaba juventud, le dio fortaleza y le renovó los deseos de sentirse viva, y de conversar con alguien como hacía tantos años no lo hacía. María le sonrió de una forma, que más que sonrisa era una invitación a continuar la conversación iniciada, hablar, hablar, hablar, a veces hace tanta falta, se repitió para sí misma.

Pero Charlotte estaba feliz y sin problemas, disfrutando del paisaje, de los jóvenes y en suma de la vida. María la vio sacar una cajita con chicles, meterse dos de un solo golpe a la boca y luego le ofreció uno a ella. Enseguida le vino el recuerdo de su esposo, del cual tenía algunos años de viudez, y la opinión de él, sobre ese mal hábito de masticar chicle y la ordinariéz que le agregaba a quien lo hacía. Así que pensó en rehusar el ofrecimiento. Pero no, Charlotee no se veía

ordinaria, se veía, agradable, cortés, alegre, juvenil, sin prisa por vivir la vida. Tal vez eso fue lo que hizo que María cambiara de opinión, así que tomó el chicle que le ofreció Charlotee y lo metió a su boca repitiendo el mismo ademán, que había observado a Charlotte, cosa que celebraron con una esplendorosa sonrisa. Era la primera vez que reía desde hacía bastante tiempo, y la primera vez en muchos años que masticaba chicles. Una fugaz presencia pasó por su mente, pero enseguida la hizo a un lado. A medida que hablaba con Charlotee, sentía que un peso la iba abandonando. Charlotee tuvo el don de quitarle la amargura que Cayfid (su hijastro) le había sembrado contra la gente estadounidense, y también el privilegio de rejuvenecerla y darle un poco de calidez a su vida en aquel momento, donde parecía necesitarlo.

De pronto se oyó la voz del chofer, quien les ofrecía unos minutos de descanso. El chofer detuvo su autobús en una estación de servicio y les permitió a los pasajeros -varios _“segundos” para refrescarse. Con la agilidad de una adolescente se bajó Charlotee del autobusetete, ajustando a su cabeza su “horroroso” sombrero, y dejando ver unas piernas de tenista, huesudas y poco tersas, pero ágiles y ligeras.

Charlotee pidió un refresco y como algo muy típico de la “cortesía” estadounidense, tomó su refresco y lo pagó. Cada uno paga lo que consume, esa es la regla de esa cultura se repitió María, para su interior. Así que ella hizo lo mismo, y mientras lo tomaban intercambiaron ideas sobre las obras que llevaba María. Mientras las damas conversaban los muchachos reían y se burlaban entre ellos, poniendo cara de serios algunas veces, uno de ellos dijo:

_Comuniqué il signore che io non tollero soprusi e traga quindi le dovute conseguenze. Non voglio che tu beva una botiglia intera di birra ghiacciata.

Enseguida un coro de risa se oía a lo largo del autobusetete.

Para María, hablar con Charlotee era divertido, parecía una niña con un juguete nuevo. Al hablar no empleaba la elocuencia, de la que seguro era dueña, hablaba con simpleza, con dulzura y tal vez con donaire. A María le agradó tanto la simpleza de la americana que empezó a dudar de ella misma, de su propia apariencia, de su extremada rigidez, de la forma tan austera como ella había vivido su vida, tratando de imitar a un mundo y dejando de vivir el suyo, de la cual se sintió esclava en ese momento, como también sintió deseos de liberarse de todo ese mundo en que por primera vez se sintió prisionera y con necesidad de dejarse llevar por aquel momento, de risas y afectos juveniles.

Veía una Charlotee irreverente, la cual viajaba con un morral por todo cargamento, sus anteojos oscuros y su horrible sombrero de safari gris, que por el uso ya casi era blanco. Sombrero que tenía una especie de huequitos por donde se asomaban las hebras gris amarillentas del cabello de Charlotee, mientras ella, la “exquisita” María, como habían comenzaron a llamarla sus amigas, desde hacía bastante tiempo, estaba primorosamente vestida, además de su equipaje de mano, llevaba una maleta inmensa, que de tanto pasar de avión en avión había perdido hasta la ruedas. Por un momento María se preguntó, ¿qué haría con tanta cosa que llevaba en su valija, de qué le servirían?

María de repente oía la voz lejana de Charlotee, dado que se adormilaba por momentos. Unas raras pesadillas repentinas la atormentaban desde hacía cierto tiempo, y en aquel momento algo de ello estaba sucediendo. Dormía por instantes y se despertaba también por instantes y de vez en cuando, sentía un leve dolor de cabeza que le hacía difícil conciliar un sueño suave y agradable. Ante la novedad de su viaje, el encuentro con tanta sencillez, y con el sentir de gente alegre y diferente a ella, sintió latir sus heridas, punzantes, lacerantes, dejadas por la vida en el pecho aún medianamente joven, se negaba a permanecer impasible y se desbordaba en ansias por dejar atrás un mundo irascible y temerario en el cual había vivido siempre y del cual de alguna manera se sentía esclava y llena de prejuicios.

Cuando despertaba por momentos allí estaba Charlootee, sin pizca de problemas, rejuvenecida ante ella, con su pelota de chicles en la boca y su horripilante sombrero, mirando por la ventanilla del autobús, o tarareando la música que tocaba uno de los muchachos que había subido al autobús.

María sintió las piernas pesadas, quizás por el tiempo del viaje, miró sobre su falda y observó la carpetota con sus recuerdos su diario, su querido diario, como siempre lo llamó. Él era lo único que la unía a su pasado del que siempre trató de huir, y que en vez de pasado se hacía presente cada instante y cada momento, y no la dejaba pensar con claridad, estaba presa en él, no sabía si lo había superado, sí había logrado los objetivos de su vida, y sí realmente había vivido. Muchas veces se preguntó, si la vida tenía un objetivo, o ella se resumía en vivir. ¿Pero qué era vivir?..

Se preguntaba, si en ese vivir, había alcanzado sus deseos, y lo que ella siempre llamó alcanzar la felicidad. Ella había planificado su vida, ¿qué había logrado?, ¿Qué tenía en este momento? ¿Qué había hecho con eso que llamaba su vida?

En esos momentos recordó un poema de Tagore
Señor: que yo nunca recé para ser preservado de los
Peligros, sino para alzarme ante ellos y mirarlos
Cara a cara.
Que no pida la extensión de mi dolor, sino el coraje
que me falta para sobreponerme a él.

Siempre se preguntó si la gente no quería escapar de su miseria, de su rutina de vida, de su cotidianidad. Ahora a sus sesenta años, no estaba conforme con su vida, ¿qué la entristecía?. Sintió unos inmensos deseos de cortar para siempre con todo su mundo. Un mundo que parecía afanado en asirla y en atraparla con sus elásticas, a pesar de que se pudiera atrever, a levantar los ojos por encima de la rendija de la ventana que había permanecido todo el tiempo a lo largo de su existencia tentándola a traspasarla.

Cornieles Díaz

Esta era su oportunidad de romper con todo, y no la desaprovechó. Así que tomó el carpetón que llevaba consigo, y sin mediar nada lo tiró por la ventanilla del autobús, junto a todo lo que tenía en su cartera, sólo guardó el dinero y el pasaporte. El carpetón, ese libracó que contenía su existencia, sería desde ahora un paréntesis cerrado, habitación de sus secretos, donde el amor habita a pesar de sus entuertos. Sintió que la voz de otros tiempos se apagaba al conjuro de la brisa, sin dolor sin amarguras. Apreció como en la pugna con su vida se sentía vencedora de su destino mil veces extraviado.

Un largo suspiro brotó de su interior y una risa leve y una breve lágrima transformaron su voz en un verso oportuno de Rubén Darío.

Juventud divino tesoro
 ¡Ya te vas para no volver
 ¿Cuándo quiero llorar no lloro...
 Y a veces lloro sin querer.

Miró a Charlotte quien la observaba, como quien observa a un niño, y comenzaron a reírse casi sin parar. Ambas celebraron la decisión, aunque para la americana sólo era librarse de un librón, para María era redimirse de una parte de su existencia, de su pasado, de todo aquello que de alguna manera la hizo ser humano, mujer, en suma lo que era, o lo que creía ser.

Charlootee, se había percatado de todo, así que sacó de su bolsito otra pelotita de chicle y se la dio. María sintió deseos de masticarlo, de hacer bombas, de reírse, mientras el chofer del autobús dejaba que aquel aparato se deslizara en zigzag por el polvoriento camino. María sacó los pies de sus zapatos y comenzó a abrir y cerrar los dedos como si fuese una escolar. Tiró la bufanda que llevaba en su cuello por la ventana y comenzó a reírse, dejando ver una hilera de dientes blancos y bien formados a pesar de su edad, creyó oír una melodía, más allá del olvido, una armonía suave y sobria, solamente detectada por su oído

-! Qué largo el tiempo transcurrido ¡-

Una canción de los Beatles, "Across the Universe", comenzaba a oírse desde el fondo del autobús, entonada por los jóvenes.

Las palabras surgen a raudales como una lluvia infinita en un vaso de papel

Se deslizan al pasar

Desaparecen a través del universo

Charcos de tristeza, olas de alegría flotan en mi mente abierta

Poseyéndome y acariciándome

Jai Gurú De Va Om

Nada cambiará mi mundo

Nada cambiará mi mundo

Imágenes de luz encima bañando ante mí como un millón de ojos

Que me llaman y me llaman a través del universo

Pensamientos serpenteando como un viento inquieto en un buzón

Tambaleándose ciegamente en su camino a través del universo

Jai Gurú De Va Om

Nada cambiará mi mundo

Nada cambiará mi mundo

Sonidos de risas y sombras de tierra resuman en mi vista abierta

Incitándome e invitándome

Un amor imperecedero y sin límites brilla a mí alrededor como un millón de soles

Llamándome y llamándome a través del universo

Jai Gurú De Va Om

Nada cambiará mi mundo

Nada cambiará mi mundo

Charlotte se levantó de su asiento y comenzó a acompañar con una voz asopranada a los muchachos que habían subido con ellas a aquel autobús. Le pidió al guitarrista del grupo la guitarra y la rasgó con suavidad pero con firmeza. Unos muchachos la acompañaron en el canto, así que mientras unos cantaban y seguían la música con toques de una imaginada percusión, los otros hablaban de lo que deseaban hacer cada día.

Cornieles Díaz

Al final celebraron con un fuerte aplauso la intervención de Charlotte. Charlotte volvió a su asiento y a su regreso trató de hablar sobre el futuro inmediato de su viaje. María la oyó, y ella misma se sorprendió de su decisión: pasar unos días viajando con su nueva amiga, si a ella no le molestaba. Al ver que Charlotte aceptó su propuesta, le pidió al chofer detenerse en cualquier lugar donde hubiese posibilidad de enviar un mensaje o telefonar al sitio donde era su destino de viaje. Sólo pudo mandar un mensaje con unos transeúntes, que seguro lo harían, ella le dio algo de dinero y ellos se comprometieron a llevar el mensaje hasta su destino.

El autobusetete se deslizaba por aquellos caminos hacia el interior de El Congo. Son caminos polvorientos, con sus riadas de gente que camina decenas de kilómetros todos los días, cargando pesados bultos sobre sus espaldas o sus bicicletas, buscando dónde obtener algunos francos por ellos. Desde las 5 de la madrugada, las calles están llenas de personas en búsqueda de la vida., al día a día. Mañana, se repetirá. Sin embargo, caminan con orgullo, con altivez, con amor a su tierra. Las mujeres, hermosas, calmadas y elegantes, llevan sus tinajas sobre la cabeza con el porte de quien se dirige a una gran fiesta. Ellos sonríen cuando les miras, te observan con curiosidad unos segundos y con timidez saludan, acogiendo al extraño.

María sentía como si había recobrado su camino, vencedora del destino, se repetía una y otra vez, unos versos de Amado Nervo:

¡Nada quiero, ya nada quiero, ni salud ni dinero,
 Ni alegría, ni gloria, ni esperanza, ni luz.
 ¡Que me olviden los hombres , y en cualquier agujero
 Se deshaga mi carne sin estela ni cruz!
 Y completaba.....
 Sólo pido una cosa:
 Que me libres. ¡Oh! Arcano del horror de pensar.

Mientras tanto, sobre la calle donde unos instantes antes pasaba el autobusetete dos niños se pelean un carpetón.

-Déjame lo Namur. Yo lo encontré primero, yo lo vi primero.

Habían recogido una carpeta marrón llena de polvo y un poco mojada que se había caído del autobusetete.

- La voy a abrir, decía Namur.-
- ¡Oh! Mira que muchacha más linda. –
- Mira ésta, si son lindas y elegantes. –
- Lástima que está escrito en otro idioma.-

Namur y Said, discutían sobre el carpetón que se había caído del autobús. Había fotos de una casa hermosa y de lindas muchachas y de gente que parecía muy fina .. Namur, había corrido detrás del autobús, pero el chofer no le hizo caso, aquello era común entre la muchachada correr detrás de un autobús lleno de turistas.

-Seguro,-

Decía Namur,

-_que si se la llevamos a Sor Teresa, nos da una recompensa, y si alguien la necesita la encuentra allí en el convento. -

Sor Teresa era la madre directora del Convento y a ella acostumbraban los niños del pueblo entregarle cualquier cosa que se pensara era de algún turista, de tal manera que cualquiera que hubiera podido perder algo con confianza podía irlo a buscar al convento. Ambos muchachos corriendo, más que caminando llegaron a la alta puerta del Convento de la Santísima Virgen, tocaron con suavidad, y al rato una de las postulantes les abrió y les miró con cariño, no era la primera vez que aquellos chicos venían a traer alguna cosa al convento, de las que se encontraban dejadas por los turistas. La postulante, no era de habla hispana,

así que sabiendo que Sor Teresa hablaba un perfecto español le entregó aquel carpetón.

Sor Teresa tomó el libracó, pasó una y otra hoja, miró a los chicos y puso sobre sus manos una pequeña cantidad de dinero, unas tortitas y unas frutillas de la estación. Los vio alejarse corriendo alzando una pierna y dejando caer la otra.

Sor Teresa, tomó el carpetón, diciendo para sus adentros ¿a quién se le habría perdido tamaño libracó? Se prometió leer algunas de sus páginas, por si acaso hacía referencia a su dueño para mandar a entregárselo. Para ello debía hojearlo y, ojearlo cuando pudiera o estuviera libre. Lo dejó sobre su escritorio, posiblemente a alguien le interesaría y vendría a buscarlo luego. Como era sábado y estaba un poco cansada se alejó hacia a sus habitaciones con paso firme y sereno. Meditó por un tiempo y descansó otro. Unas horas después, entró a su pequeño despacho y el libracó le llamó la atención.

¿Quién podrá viajar con una carpeta tan gruesa? Lo abrió y unas fotografías amarillentas le llamaron la atención.

Dio una rápida ojeada y le gustaron las primeras ideas que vio.

Quiero que me oigas sin juzgarme

Quiero que opines sin aconsejarme

Quiero que confíes en mí sin exigirme

Quiero que me ayudes sin intentar decidir por mí

Quiero que cuides sin anularme

Quiero que me mires sin proyectar tus cosas en mí

Quiero que me abracés sin asfixiarme

Quiero que me animes sin empujarme

Quiero que me sostengas sin hacerte cargo de mí

Quiero que me protejas sin mentiras

Quiero que te acerques sin invadirme. Quiero.....Jorge Bucay

Le gustó lo que estaba escrito, la caligrafía, la sencillez y calidez de estas palabras. Así que se prometió leerlo. El libraco, por las primeras líneas que leyó Sor Teresa, estaba escrito sin grandes dotes literarios por parte de su autor, podía apreciarse su falta de técnica, que a veces hacía medio incomprensible su lectura, pero se dejaba leer. Podría decirse que parecía una narración anecdótica. Le agradaron las primeras oraciones y por ello se prometió leerlo hasta el final.

Al día siguiente todo era un barullo en el Convento, Sor Teresa debía asistir a un Congreso en Paris y debía dejar una cantidad de cosas ordenadas.

_Dentro de pocos días partiré a Paris-, le dijo Sor Teresa a Sor Ifigenia, la segunda al cargo del Convento.

_Recuerde que se celebra un Congreso Internacional sobre niñez y cultura y debo pronunciar un discurso sobre nuestras ideas y sobre nuestro trabajo. Así que venga y ayúdeme que embalaré mi pequeña valija para el viaje. –continuó.

Al caer la tarde, fue hacia su escritorio en busca de su discurso, allí sobre aquel pequeño pero cómodo mesón estaba el libraco, con sus hojas llenas de polvo, invitándola a leerlo.

Lo tomó y lo abrió por segunda vez.

Había una fecha 1 de diciembre de 19...

Pero las otras dos cifras con la caída del libraco sobre un pozo de agua se mancharon y se borraron los números finales. Sor Teresa dio vuelta a la hoja y comenzó a ojearlo. Estaba escrito en pluma fuente y con letra cursiva, agradable y bonita. Pero se notaba que a

medida que avanzaba en la lectura, la letra mejoraba, también la ortografía y la redacción, e inclusive la madurez de quien lo había escrito. Era un diario, que por las características había sido escrito desde la adolescencia por una joven. Ella también de adolescente tuvo esos deseos, pero nunca los cristalizó.

Querido diario. Leyó.

Ella sintió angustia al iniciar la lectura _ ¿con que permiso podía inmiscuirse en la vida de otra persona?, sin embargo, algo más fuerte que ella la dejó llevarse por la lectura, simple y diáfana, que se iniciaba así:

_Recuerdo que con algo que logré reunir me compré tus primeras páginas. He colocado este escrito al inicio, pero lo hago hoy cuando tengo 25 años.

Pues me pareció que al haberte dejado durante tanto tiempo, alguna razón debía tener para volverte a abrir, y preferí escribir estas primeras letras para disculparme contigo. _Sabes que el suave canto de los pájaros que visitan este jardín y que tengo ante mis ojos, y ese suave sol del mediodía de hoy, me llevan a una mañana del mes de octubre, a mi barrio, barrio de hombres bravíos y mujeres hermosas, como decía una de las canciones que aprendí de niña. No sé si al cerrar mis ojos, ello me hace presa de los recuerdos. Mi querido diario, hoy me he levantado más temprano de lo que acostumbro, pues es una mañana de sol, que parece prometer un buen día, pero la brisa no es tan fresca y caliente, sino fría como aquel día, donde aquella frialdad llegaba hasta mis huesos. Recordé como en aquel momento todo comenzó a tornarse helado, pronosticando lluvias, viento y tempestad.

Recordé ese día inolvidable para muchos, como el aire frío se sentía pesado. Una densa nube gris comenzó a trepar sobre las colinas, que en fracciones de segundo inundó el valle. En aquel instante de aquel traumático día, un escalofrío recorrió mi delgado cuerpo casi de niña, casi de adolescente. Siempre me ocurría esto, desde niña, cuando sentía miedo, y enseguida me entraban unas ganas inmensas de orinar. Ese aire tal vez por

contraste, me llevó a esa mañana, recordé que en cuestión de segundos todo se tornó gris, lluvioso, oscuro y lleno de tristeza.

Durante una semana las nubes se volvieron negras y no vimos ni el sol ni el verdor de los cerros por mucho tiempo. Llovió mucho y torrencialmente y la lluvia se llevó a su paso todo lo que encontró, destruyó barrios completos y dejó una hilera de muertos a lo largo de su camino, no importando si eran hombres, mujeres, niños o animales. Por mucho tiempo estuvieron buscando desaparecidos, y por mucho tiempo la gente vio aflorar cadáveres sobre la superficie del Río Cambur y de las quebradas que surten dicho río. Una vaguada, una inundación, como dicen los expertos que acabó con un barrio entero y entristeció a millares de gente. Furia de la naturaleza a quien nadie hacía caso.

Durante mucho tiempo después de ocurrida aquella torrencial lluvia, se podían mirar las colinas desvestidas, muchas zonas permanecieron claras y desprovistas de vegetación durante muchos años después. También podían observarse, como si una gran mano hubiese arrancado todo, dejando olor a muerte y a sequedad. Zonas del cerro peladas, sin flores, sin verdor. Muesca negra del horrible deslave como se le llamó.

Mucho tiempo después, la propia naturaleza comenzó a reverdecir, y pequeñas florecillas silvestres empezaron a nacer, la pequeña cascada que se deslizaba entre los cerros, y que otrora se había convertido en un río desbordado, dejaba deslizar la frescura de su agua que nutría al río el Cambur, de donde Cambural, mi barrio, tomó su nombre. Cambural era mi barriada, estaba conformada por un grupo de vecinos que habíamos perdido nuestra vivienda por derrumbes, por lluvia o casi por cualquier cosa, y me atrevo a decir que también nuestra esperanza, como producto de aquel terrible deslave y de las frecuentes lluvias que arrasaban todo a su paso, y

que nos dejó sin hogar y casi sin vida. Familias enteras que veníamos de diferentes barriadas nos asentamos allí .

Allí llegamos como abandonados de Dios y de los hombres y allí nos quedamos. Un barrio donde la gente viene de cualquier parte, de cualquier lugar, de cualquier sombra. Bajo la promesa de las autoridades de turno de darnos vivienda propia nos asentamos allí, pero también aprovechadores de todo tipo se cobijaron en él. Durante los primeros días hambre y miseria nos acompañó. Cargamos con algunos enseres, con lo que la naturaleza nos permitió. No había nada propio y todo era común. Situación que luego se hizo regla, y que todo el mundo practicó, aún después de tener su vivienda propia o su rancho para hacerle honor a la verdad. Aquello fue más que un terremoto, el agua arrasó con todo: fábricas, casas, ranchos, fincas, carros y todo lo que encontró a su paso. A veces entre los escombros se observaba, un chupón de bebé, una fotografía familiar, o cualquier cosa para algunos insignificantes, para otros dolorosa.

Sabes mi querido diario, los que pudieron irse se fueron y a los que nada nos quedó, nos dejamos vencer primero por la promesa del gobierno de un futuro mejor, después por la indiferencia, la rutina, la costumbre, y la promesas de ese futuro mejor, futuro que nunca llegó.

Estaba Sor Teresa embebida en su lectura que casi no se percató de la presencia de Nathaniel, una de las jóvenes que compartía las responsabilidades del aseo del convento.

_Buenas tardes Sor Teresa __ dijo ella pausadamente, aquí están dos señores que desean hablarle.-

Ella nunca se negaba cuando alguien la solicitaba, cerró el carpetón y salió al encuentro de una mujer y un hombre nativos de El Congo.

Dios los bendiga dijo Sor Teresa, con aquella amabilidad que siempre la distinguía,

— ¿Qué se les ofrece?—

La pareja dio un pequeño sobre a Sor Teresa.

Ella lo abrió y leyó su contenido, una vaga sonrisa cruzó sus labios, y sus ojos dejaron ver una llamita que siempre se encendía cuando estaba contenta, les agradeció la información y los hizo pasar. En un pequeño morral que traían les colocó frutas cultivadas en el convento y pan que se hacía con regularidad para los niños. Les dio una pequeña merienda y conversaron por un rato, sobre la nueva carretera asfaltada que se construía cerca del convento. La pareja le agradeció su bondad y al cabo de unos minutos se alejaron del convento, no sin dejar de comentar la belleza natural de Sor Teresa.

Cuando quedó sola con Sor Ifigenia, le recordó que en una semana iría a Paris,

Sor Ifigenia, sonrió y le dijo claro que lo recuerdo y pido a Dios que todo le salga bien.

—¿Recuerdas, Madre Voy al Congreso del cual le hablé?—

Me gustaría dejar todo ordenado para evitarnos cualquier problema durante mi ausencia. Sor Ifigenia asintió con la cabeza y le repitió, pierda cuidado, usted es tan previsiva, que podría ausentarse meses y al regresar todo estaría marchando a la perfección.

Ambas celebraron lo que dijo Sor Ifigenia, y cada una tomó una dirección distinta dentro del Convento. Sor Teresa se llevó a su habitación el libraco, así que retomó su lectura y fue deslizándose sus ojos por las ahora sucias hojas, las cuales se habían empolvado por la caída desde el autobusetete.

Poco a poco se iba subsumiendo en la lectura, y en lo profundo del texto. Aquellas cosas la ayudaban a comprender el género humano, cosa que era parte de su amor por la vida, de sus inquietudes más íntimas.

Diciembre 2.

Estaba fechado pero no tenía el año, tal vez fue un olvido de la escritora.

Querido diario, vivo con mis padres y hermanos en Cambural, llegamos aquí, no tenemos gran cosa en bienes materiales, pero por lo menos tenemos nuestro rancho de tablas, lo hemos ido mejorando poco a poco. Cada vez más compramos ladrillos rojos, láminas de zinc, y entre pitos y medianoche la casita va para arriba, como dice papá. Nosotros somos seis, entre mis hermanos y mis padres: tres mujeres y un hombre, mamá y papá. Yo soy la mayor, he nacido bajo el signo de acuario y todos dicen que según mi horóscopo, ese es el signo de la libertad, de la creatividad, del intelecto. Cosa que me tomo muy en serio, y siempre estoy leyendo el horóscopo a ver que me trae de nuevo. Bueno te dejo aquí, pues debo ayudar a mamá con su costura. Mañana te veo de nuevo. ¡Ojala! Tenga cosas bonitas para escribirlas sobre tus hojas.

Diciembre 31

Mi adorado diario, te cuento que es el primer 31 de diciembre, que pasamos en Cambural, a pesar de la indiferencia de las autoridades del municipio, de nuestra pobreza muy real y muy material como dice papá, todo era fiesta, ruido y luces para celebrar la llegada del año nuevo, pero de pronto, eso quedó interrumpido pues repentinamente oímos un grito desgarrador, era María Dolores, la vecina más cercana a nuestro rancho, había encontrado a su hijo Ludovico, totalmente mutilado, con los ojos fuera de la órbita, las manos destrozadas y la lengua afuera.

La gente siempre decía que ese iba ser su fin, robaba, asaltaba, consumía drogas, exigía el pago de peajes, violaba a quien le daba la

gana, pero María Dolores, la pobre María Dolores en su dolor, repetía una y otra vez: _ Yo reconozco todo eso, pero él, no merecía esa muerte, ningún ser humano merece ser tratado así, para eso están las leyes, para que lo juzguen.

La verdad que en mi interior no sé qué pensar. Ludovico había enterrado a más de uno, había hecho de las suyas a pesar de tener unos veinte años, sin embargo, la pobre María Dolores, pensaba que él no merecía morir así. Yo me preguntaba, ¿Quién juzga como debemos morir?

Nunca se supo quien lo mató, quien lo mutiló. Para enterrarlo tuvieron que juntar piernas, brazos, orejas y pare de contar. Estas cosas suceden a menudo, pareciera que existiera un escuadrón de la muerte que se encarga de hacer estas cosas, y ello me aterra.

A veces pienso, ¿si alguien desea acabar a otro por cualquier motivo por banal que sea, tiene la potestad de hacerlo, donde están las leyes, la seguridad, la justicia? Eso no se conoce en mi Cambural.

Hoy, cinco años después he recordado a Ludovico, su horrible muerte, por llamarlo de alguna manera, lo que me temía sucedió. No era que en ese lapso no hubiese ocurrido nada. Simplemente es que este nuevo muerto era mi amigo, mi compañero de infancia. Vi otra mujer gritar desesperada, era la madre de John Edward, pidiendo auxilio. John Edward había sido asesinado de un tiro en el cuello y su esposa Marieldelmar, había resultado herida.

Los vecinos dejaron a John Edward y salieron a prestarle auxilio a la esposa, pero lamentablemente murió en el traslado al hospital más cercano al barrio. De todos modos dijo el médico, si hubiera llegado viva no se hubiera salvado, aquí no hay ni alcohol para una inyección. Nada era raro, cada vez había más problemas y más muertos. Cualquier mala mirada era

razón para liquidar a alguien o dejarlo mocho o ciego o muerto en el peor de los casos.

Cualquier vendetta entre bandas, a cualquier hora y en cualquier momento. Hasta la policía le tenía miedo a las bandas de Cambural. La gente decía que esta pareja había sido interceptada al salir de una fiesta por un vecino con quien habían mantenido una discusión, que al parecer había sido novio de Mariadelmar y ella lo había abandonado por John Edward. Él era mi vecino, mi compañero de clases de travesuras, y ahora, yacía boca abajo con varios tiros en el cuerpo.

Había dejado un niño huérfano, y su asesino se había escapado. A pesar de estar casado, John Edward, no superaba los diez y ocho años. Por supuesto, estoy triste, y tengo rabia.

1 de enero

Sabes diario, siento pena, en cualquier momento de cualquier día, no se sabe exactamente si estamos festejando el año nuevo, la semana santa o un carnaval, o si estamos enterrando un deudo. En verdad aquí se celebra todo, desde el día de Corpus Cristi, hasta el día del lavaplatos. Cualquier cosa es motivo para una cervezada, un desfile, o cualquier vaina, como dice papá.

Hoy 1 de enero, los borrachos, los somnolientos, la gente que se ríe, la gente que llora, hacen de Cambural un sitio inigualable. Total eso no es raro. A veces en una noche tenemos tres o cuatro muertos, por cualquier causa. Los vecinos nos recogemos temprano, y Chela la enfermera de al lado de nuestro rancho, siempre dice que los sábados y los domingos, los médicos del hospital del pueblo decían: prepárense, que lo que viene es bueno. Las cifras de muertos, heridos, tiroteados, cada día es mayor. Este barrio cada día se torna invisible.

A Cambural sólo llegan los carros que los muchachos se piran, algunos autobusetes y los de la gente que viene para la casa de Daniela,” la bruja de Cambural”, como le dicen, con esa gente nadie se mete, pues le tenemos miedo a Daniela. Ella dice que si alguien les hace daño a sus clientes le pone una brujería bien fuerte. Y eso es verdad, yo me acuerdo cuando mataron a Marcos el que vendía perro caliente en la esquina de la plaza.

Él era el concubino de Daniela. En una balacera que se prendió en la Plaza él no tuvo tiempo de rodar su carrito y una bala le atravesó el pecho, reventándole todos los collares de protección y murió. Daniela le metió el nombre del “Pirao” bajo la lengua a Marcos, que según dicen las malas lenguas de Cambural, fue quien lo mató. Ella dice que si se hace esto, enseguida muere quien asesinó al otro.

La verdad que a mí me da un poco de miedo, pero si eso es así, deben haber muchos muertos con papelitos en la boca.

- Bueno,-

Marcos a los días asaltó un banco en la capital y el policía de guardia dio la alerta y enseguida rodearon al banco, muriendo Marcos igualito, con un tiro en el pecho y Daniela decía, que eso era para que respetaran. Esto lo diría para los que quedábamos vivos, por que Marcos, ya había guindado sus zapatos.

_Te diré-

Que también llegan los carros que se piran los chamos como decimos jocosamente, pero estos carros o sirven para camuflajear a otros carros, o sólo pueden transitar por Cambural. Aunque no falta quien se arriesgue y se vaya de rumba, como muchas veces también lo he hecho a escondidas de mamá.

Pero a veces los que se arriesgan no vuelven jamás, y no sabemos si están presos, o si los han matado, o si se han ido de rumba. Casi todos los vecinos tienen un familiar en la cárcel, y casi todos los de la cárcel tienen un familiar en

Cornieles Díaz

Cambural. Así que siempre organizamos un viajecito para irlos a ver, y nos sale un poco más barato. Más de una mujer tenía hijos de los presos, y más de una mujer tenía un hijo preso. Numerosos estaban en la cárcel desde hace meses o años esperando una sentencia que nunca aparecía.

Lo único bueno, resultaba cuando caía otro de los muchachos presos, pues siempre encontraba a alguien de Cambural y éste lo aconsejaba o lo protegía de otros presos. Allí, estaba, Ardilla, Copete de Piedra, Zamurito, Muelito, Uñas de Oro, El Cholo, a quien le decían la Chola, y por el cual sentimos una profunda lástima, pues lo han convertido en la puta del penal.

Muchos trabajan en el propio pueblo, pero la mayoría tiene que salir a la capital. El municipio de Soapire no tiene tantas fuentes de trabajo. Unos trabajaban vendiendo agua en la carretera, papitas, helados o refrescos en la calle, otros en los pocos talleres mecánicos, en las bombas de gasolina, en el correo o llevando carritos del supermercado, o simplemente trabajan robando a los demás. Bueno a excepción de la Dalila, ella vive de fumarles tabaco a las mujeres ricas y pobres y también a los hombres. Mi mamá dice “será que vive de embaucar a los más pendejos”. De todos modos, yo le tengo miedo y prefiero tenerla como amiga.

Dalila tiene como 30 años y ya tiene los dientes amarillos, bueno los que le quedan, de tanto fumar tabaco ya ni se sabe si tiene dientes o granos de maíz. Se le hacen unas colas inmensas de gente que viene a recetarse con ella. La gente del barrio no se mete con ella, pues hasta los de los jeeps se benefician. Pues te diré que era tanta la gente que venía, que tres amigos pusieron sus jeeps al servicio de esa gente. Por supuesto que les cobran, y dicen que les va rete bien.

No creas mi diario que no he sentido la tentación de ir, pero Mama es medio irreverente, como dice ella misma. Pues me dice cuando ve esas largas colas que le hacen a Dalila,

-que lo que Dios no puede, no lo puede nadie y que Dalila goza embaucando a la gente y mandándole mergurges que ella misma prepara.-

Dalila nunca se ha metido con mamá, y mamá dice, “que mapurite sabe a quién pea”. Además, me dijo que una vez Dalila le confesó, que, la mayoría de las mujeres cuando vienen a verla, lo que quieren es, o que le consigan un novio, o que le quiten una amante que tiene el marido.

Pero si son los hombres, me dijo, lo que buscan es trabajo, y riéndose me decía que jamás había recetado a un hombre interesado en retener mujer alguna. Sabes que le ha propuesto a mamá montar una venta de montes y de hierbas, pero mamá no quiere, ella dice que no va a vivir de embaucar a la gente.

-Tengo que decirte-

_ que mi pobre Mamá trabaja en fábricas de ropas, o en cualquier casa acomodada como servicio, y yo por ser la mayor me voy con ella y la ayudo. En cualquier cosa le meto la mano. Para tomar el transporte tengo que atravesar todo Cambural. Eso no me gusta mucho.

Cuando mamá tiene que quedarse en esas casas, que es la mayoría de las veces, me regreso en el autobusetete que me deja en la única plaza de Soapire.

Enero 18

Querido diario,

Tenía tiempo sin escribir, porque no he tenido la oportunidad, realmente estoy trabajando mucho. Estoy en los finales de mis catorce años. Por el mes de enero, Mamá trabajará en una casa de familia acomodada, como le decimos a la gente rica y lo más probable es que deba acompañarla. Te confieso que me gustaría hacerlo, sueño con ver cómo vive esa gente, como habla, como se visten.

_Sabes mi querido diario, a veces me canso de tanto caminar, pues el autobús que sale de la plaza principal de Soapire nos deja en el Terminal frente a la

Cornieles Díaz

iglesia y de allí a patitas limpias para Cambural. Cuando se trata de salir de Cambural, vamos a pies hasta el Terminal. Hasta ayer y por momentos trabajé limpiando tuercas en un taller, donde Mario José, el mecánico de Cambural me había recomendado después de haber estado trabajando en una ferretería limpiando llaves y preparando pinturas. Estoy emocionada de saber que iré con Mamá a esa casota. Mamá se quedará y yo me regresaré para cuidar a mis hermanos, esa parte es la que no me agrada.

_Bueno mi diario _ cuando llego al Terminal y tomo el autobusetete rumbo a Cambural la larga carretera y quizás el cansancio del trabajo de todo el día, me obliga, así como a los demás pasajeros a dormirme. Esto se ha hecho costumbre, el chofer, ya casi sabe donde se queda cada pasajero, así que, cuando uno llegaba a su destino lo llama.

-¡Epa amigo, ya llegó!-

_Hoy, viernes en la tarde cuando me vine hacia Cambural, subí a un autobús nuevo, y nuevo era también el chofer. Me quedé dormida, así que cuando abrí los ojos, estaba nuevamente de regreso a la parada donde había subido al autobús. Recuerdo que sentí unos ojos clavados en mí, los ojos más bellos que yo haya visto jamás. Ojos color de alborada en una viril y hermosa cara (así lo leí en una novela). Es un hombrón de piel tostada. Son los ojos del chofer del autobús, y creo que en ese momento se percató de mi presencia. Me miró de nuevo y sonrió, así, que debía levantarme y retroceder, pero no podía hacerlo, no tenía pasaje, había agotado hasta mi última puya, pero además, de solo verlo me temblaban las piernas. Devolverme caminando Cambural era exponerme, pues en el barrio en cualquier momento se iniciaba una balacera bien entre policías y muchachos, o bien entre los muchachos de las bandas contrarias.

Generalmente, todas las semanas salía o un herido o un muerto, o varios muertos y heridos. Pero como cosa curiosa casi nunca eran los bandoleros o policías, por lo general era la gente humilde que venía de su trabajo. Al día siguiente salía en

la prensa, la policía ultimó a muchachos en un encuentro entre bandas. A veces me preguntaba como a Dalila la visitaban de tantas partes. La gente como que no siente miedo. Aquí hasta mujeres de militares me visitan decía Dalila, cuando uno le preguntaba. Todo el mundo estaba consciente de este problema, y yo no soy la excepción, así que me levanté del asiento, me acerqué al chofer y con toda la cara de estúpida de mis quince años, lo miré de frente y le dije, lo mejor es bajarme aquí, y caminar de regreso a casa. Él pareció percatarse de mi angustia, y me sonrió a la vez que decía, no se preocupe, si quiere la dejo de regreso, así me echa una acompañadita, yo vivo por esos mismos lados de usted. Se lo agradecí, al fin no tendría que entrar al barrio, sola y como una forma de mostrar mi gentileza me dejé caer en el primer asiento. No tenía nada de qué hablar, así que dejé que iniciara el chofer cualquier conversación. La misma rutina me decía, cuando no choca un motorizado, choca un camión, o alguien cruza imprudentemente la vía. El hombre comenzó a hablar de su rutina y yo en vez de contestarle asentía con la cabeza. La mía también era una rutina.

Un día cuando venía con este chofer se detuvo un momento para que cruzaran la calle un grupo de liceístas, les dijo algo que me sonó a piropo y las muchachas sonrieron. En ese momento me fijé más en él, era italiano o portugués, de buen porte, de ojos como el mar y el cabello como la miel.

Me agradó, y desde aquel instante cuando tenía que regresar a mi Cambural, esperaba cualquier cantidad de tiempo, con tal de regresarme en su autobús y sentarme en el primer puesto y conversar aunque fuese tonterías. Yo lo miraba de reajo a través del espejo retrovisor, pero lo disimulaba muy bien, no quería que él se diera cuenta de mi interés.

Me agradaba, era un hombre buenmozo, y su espalda se veía firme y su torso me pareció hermoso. Me agradó, y desde ese momento lo esperaba para venirme con él. En el silencio de mi alma, me hacía ilusiones de que era mi príncipe azul, y el autobusetete el brioso caballo sobre el que juntos viajábamos. Me empezó a

Cornieles Díaz

agradar y creo que casi lo amé en silencio, soñaba por las noches con él, y en mi sueño el autobús también era un lujoso carro. Cuando hacía cualquier tipo de trabajo a veces me quedaba como embobada, y en mi imaginación aparecían los más bellos ojos de hombre que yo haya visto jamás. Él ponía canciones a través del altavoz del autobús, y recuerdo una bella canción, que después supe que la cantaba Alfredo Sadel un tenor venezolano, que decía:

No comprendo me dices, como puedes

Amarme con tanta vehemencia a mí

Con todas las fuerzas de un ser,

Porque tengo, un pasado.

No es que quiera decir, que tú has sido el único amor para mí

Y que el beso que aún siento ardiendo ha sido el primero

....Y así seguía....

No era para mí la canción, el chofer ni siquiera me miraba pero yo me la tomaba para mí durante mis sueños, aunque después una lucha insaciable se apoderaba de mí, en mis momentos de pensar y repensar las cosas. Odiaba estos recuerdos. Yo no quería enamorarme de un chofer de autobús, o de un muchacho del barrio. Yo quería subir, yo quería vivir bien, yo soñaba con estar rodeada de lujos. Yo quería ver una puertilla por donde poder escapar, una rendija aunque sea..

Tú sabes diario, que hace como cinco años terminé mi sexto grado y tenía la ilusión de ir al liceo y ponerme mi uniforme azul con blusa blanca, me parecían tan bellas las muchachas cuando salían del liceo, y yo sentía tantas ganas de ser como ellas. Tenía unas inmensas ganas de superar mi vida cotidiana, aspiraba a vivir mejor y en la escuela cifraba mi esperanza.

CAPITULO II

Sor Teresa estaba un poco agotada, todo el día lo había pasado dando órdenes para poder ausentarse a Paris, así que detuvo su lectura. El día 24 de agosto de aquel año, estaba fijado para volar a Paris. Así que Sor Teresa de la Cruz, debía partir. No estaba nerviosa, sino inquieta. Había dedicado horas a pensar su discurso y a trabajar para dejar todo ordenado.

El Convento estaba todo revuelto, Sor Teresa iría a Paris. Ella defendía la infancia abandonada, ese era su objetivo siempre y se había dedicado a ello con mucha entereza desde que se hizo monja.

En esos momentos llamó su atención Nathaniel una de las muchachas que hacía vida en el convento.

- Sor Teresa, aquí tiene su valija, es tan pequeña-

Sor Teresa le dio un golpecito en el hombro y le dijo con una voz dulce y afectiva.

-Llevo más vestimenta de la que llevó Nuestro Señor cuando entró a Jerusalén.-

-Ja, ja, ja, -rieron las dos con muchas ganas, pero las lágrimas salieron de los ojitos de Nathaniel y cubrieron su morena cara.

Nathaniel y las madres la acompañaron, y ella cargó su pequeña valija, se introdujo en el pequeño jeep y el chofer del convento la saludó con afecto, y luego la llevó al aeropuerto de Maya-Maya (Congo-Brazzaville), de donde partiría a Europa. Miraba las angostas calles, y en sus adentros pensaba: como

Cornieles Díaz

ella siendo occidental, gente de asfalto, ruido, humo y prisas, se había enamorado de un país del África profunda como éste, donde después de poner los pies en él, con selvas casi imponderables, amplias llanuras que se pierden en el horizonte, animales sólo vistos en los zoológicos, como los leones y los rinocerontes, o el ruido propio de la naturaleza, el aire transparente, limpio de olor y un ambiente cargado de costumbres y creencias milenarias y ancestrales, cualquier persona en su sano juicio, tomaría de nuevo el camino de regreso.

Embebida en ello, apenas si se dio cuenta que estaba dentro del aeropuerto a la espera de su vuelo. Como tardaba el embarque, tomó el libraco el cual había dispuesto en el interior de su pequeña valija, quitó el marca libros y continuó su lectura. Después de todo aquello le servía para que las horas de espera no la agobiaran.

Alcanzó a oír cuando por el altoparlante se anunciaba:

Buenas tardes, señores pasajeros con destino a Nueva Delhi favor abordar por la boîte 9.

Atención, atención, pasajeros con destino al Cairo, abordar por la boîte 6.

—¡Oh!, ese es mi vuelo expresó Sor Teresa para sus adentros. Y con esa rapidez de movimientos que la caracterizaba salió casi corriendo.

Sor Teresa abordó el avión cargado de pasajeros, se sentó cerca de la ventanilla y retomó su lectura, por interés y por miedo, a pesar de que siempre había viajado, no dejaba de sentirse nerviosa cuando abordaba un avión.

Mientras ella leyera, no se daría cuenta del viaje, ni de los saltitos del avión, ni de las varias escalas que harían. Estuvo tan embebida en la lectura del libraco, como lo había estado llamando desde que lo tomó en sus manos, que no se dio cuenta que tenían como quince minutos y el vuelo no salía.

Apenas lo apreció cuando la azafata habló por el parlante:

- Señores pasajeros, La aerolínea les pide disculpas, pero una ráfaga de viento y una lluvia muy baja nos impiden por los momentos despegar. Cuando se normalice las condiciones atmosféricas despegaremos. Buenas tardes.

Cuando las condiciones mejoraron, el avión comenzó su viaje.

Sor Teresa retomó su lectura, después de un vaso de jugo que le ofreció la azafata, lo cual agradeció con una sonrisa, que dejaba ver sus muy bellos y cuidados dientes.

-Gracias, gracias.- dijo con amabilidad, y la azafata, le ofreció unas galletitas adicionales.

El cielo se veía medio nublado y de vez en cuando el avión parecía dar saltitos, por ello Sor Teresa se embebió en la lectura, era una forma de escapar del miedo que le producía un viaje tan largo y las amenazas de lluvia.

Cuando Sor Teresa estaba más entretenida con la lectura una suave y melodiosa voz la interrumpió. La aeromoza anunciaba la llegada al aeropuerto de El Cairo.

-Atención, atención, señores pasajeros, dentro de pocos minutos estaremos aterrizando en el aeropuerto Internacional del El Cairo. Favor abrocharse sus cinturones y prepararse para el aterrizaje. Los pasajeros en tránsito, podrán pasar a la sala de espera para tomar su próximo vuelo. Por favor no olviden su equipaje de manos. Gracias por preferirnos, y que tengan una feliz estadía-.

Sor Teresa, era un pasajero en tránsito. El próximo avión con destino a Paris saldría en tres horas, así que debía permanecer en el aeropuerto, igual número de horas. No era muy amante a estar sentada, así que agradeció a Dios haberle presentado aquel libraco. Pensó en las casi tres horas que debía estar en el aeropuerto. Habían pasado dos horas allí, y aun no se anunciaba su vuelo.

Cornieles Díaz

Recorría la sala de espera. A veces caminaba sin detenerse a mirar a su alrededor. Pasó por las oficinas de chequeo de pasajeros, se dirigió a la barra del café-restaurante, pidió un café y tomó un sorbo profundo. El café era uno de los hábitos que había conservado desde siempre.

Pasó por el puesto de revista, miró el diario del momento pero no se detuvo.

Uno de los hábitos que tenía desde muy pequeña era el de observar a la gente. ¡Cuánta gente en un aeropuerto! Millares de gente caminando de un lado a otro, cargando pesadas maletas. Le parecía gracioso como una madre llevaba de un lado la niña y del otro la muñeca de la niña. Unos leían, otros se detenían a mirar hacia el cielo, otros corrían por las pasarelas como si estuvieran corriendo maratones. Cada quien iba en lo suyo. A veces una pareja de jóvenes enamorados, o de viejecitos que aún se conservaba cariñosos. Otros hurgando entre sus papeles como buscando algo perdido. ¡Qué difícil debería ser para un extraterrestre entender este mundo?, pensó.

A su lado una niña lloraba, mientras el hombre le acariciaba el cabello, posiblemente su padre. Ella la miró, sacó de su bolsillo una chupeta y se la dio a la niña. No, no gritaba, yo quiero a mi mamá. Mamá no está decía el hombre. Sor Teresa le miraba, pero no le preguntó nada, pero él dejó caer con una vaga sonrisa murmurando: Dios debe apiadarse de mí.

Sor Teresa le miró, y le dijo

_ Los niños son una bendición y así debemos aceptarlos. Son la consagración de la vida y la continuidad del ser humano.-

-Son una bendición cuando todo es una bendición, dijo el hombre, lleno de angustia.-

- Me acabo de divorciar, mi ex mujer es una artista, ella no deseaba salir embarazada, y yo creí, que esto cambiaría con el nacimiento de Natalia, pero no, fue peor.

No la amamantó para no perder la operación de los senos, no quiso que nadie supiera que nos habíamos casado para no perder su fans. Total cinco años de matrimonio, cinco películas, fama, dinero, joyas y un pendejo que trata de sobrevivir.

-Sabe, usted-,

le dijo ella con suavidad, en este momento voy a un Congreso sobre la infancia abandonada. Al parecer, no sólo se abandona el hijo por no tener con qué criarlo, sino también, porque puede resultar un estorbo en nuestra vida.

El hombre se veía infeliz, su cara era la cara del perfecto desconcierto. Aquello era el cada día el cada momento .La miró con un semiabiurrimiento y le dijo:

_voy a Roma. Dios quiera que mi madre, entienda la situación y me ayude a resolverla. Vine a este país en un viaje de negocios, y me voy con un negocio bien distinto al que me trajo aquí.-

Cuando anunciaron el vuelo a Roma, el hombre tomó a la niña por la mano, y mientras esta pataleaba el avanzaba casi arrastrando su impermeable.

Sor Teresa, le pareció una escena cruel e irónica.

Sentada en la sala de espera estiró un rato los pies, y luego se volvió a embeber en su lectura. Al leer las primeras líneas, frunció el entrecejo, cosa que hacía de manera muy graciosa, aunque sin proponérselo, y que la hacía lucir la belleza de su rostro cuando algo la interesaba o la sorprendía, pero continuó leyendo.

Sor Teresa detuvo por un momento su lectura, como pasajera en tránsito esperaba su nuevo vuelo en aquella larga y nutrida sala de gente de todos los lugares del mundo. Se sintió sedienta, detuvo por un momento su lectura, como pasajera en tránsito debía esperar su nuevo vuelo. Se levantó de la silla donde estaba y caminó hacia uno de los cafés cercanos, pidió una soda y la tomó como

Cornieles Díaz

si estuviese deshidratada. Así sería la forma de tomarla, que no se había percatado que unos niños estaban delante de ella, con los ojitos más abiertos que vendedor de prendas. Les sonrió con amabilidad y les dio unas palmaditas en la espalda, sacó un par de chupetas de su bolsillo y se las dio. Buscó de nuevo donde sentarse, aún le quedaban más de dos horas en aquel aeropuerto, así que retomó su lectura.

Febrero 18

Estoy de nuevo contigo mi adorado diario.

En las noches de plenilunio (te confieso que, esta palabra la aprendí en una novela de Corín Tellado) miro la luna y le pido a Dios que ella sea mi guía, pues, estoy sintiendo que la belleza varonil de aquel chofer me cautiva, tu sabes, el chofer del autobús, pero no es eso lo que yo deseo para mí. Podría pensar en tener su amistad, su cariño, pero nunca lo vería como esposo. No, eso no me agrada. Sería capaz de sacrificar cualquier cosa, con tal de lograr mis deseos, y no es precisamente casándome con un chofer como lo voy a lograr.

Yo quiero crecer, yo quiero tener una Profesión, casarme con un doctor, vivir en una casa bonita, como la de los ricos, donde mamá trabaja en ocasiones, quiero tener hijos que vayan a la universidad. No quiero seguir siendo pobre, quiero estudiar. Abandonar a Cambural es mi objetivo más importante así que juro y rejuro que lo voy a lograr. Cada vez que voy o paso por una iglesia, eso es lo que le pido a Dios.

Pero te digo, la cosa que siento por el chofer me devora. A veces cuando tomo el autobús y siento que los ojos del chofer me llegan al alma, me pregunto, ¿qué tipo de vida me esperaría con un chofer de autobús? Y en un instante saco de mis pensamientos a aquellos hermosos ojos. Pero me gusta el chofer y me sigo viniendo con él. Al extremo que hemos hecho una gran amistad, y él suele

brindarme un helado o un raspado cada vez que nos venimos juntos. El nunca me preguntó el nombre, ni yo el de él.

Como soy la última pasajera, detiene el autobús delante del heladero y me compra una tremenda barquilla o un tremendo raspado.

_Dilecto diario, _esa palabra la aprendí de repente_ hay personas que piensan que yo tengo algo con ese muchacho, piensan que es mi novio. Te diré que he empezado a odiar a esa gente que piensa que yo soy la novia del chofer, así que cualquier cosa hago para dejar claro que aquello no es cierto. Me debato entre mis deseos más hondos y lo que la vida cotidiana me da. Me siento a veces sola, pero no es la presencia del chofer lo que llena mi vacío. Tengo que olvidarlo, esto se está convirtiendo en el veneno que no quiero tomar.

Querido diario, _quisiera cambiar esta palabra, te diré amado diario_no sé cómo te abandono durante tanto tiempo. Hoy recordé que casi siempre cuando regreso a Cambural las muchachas salen del liceo, mientras las veo pasar yo me veo con mis tobilleras blancas y mis mocasines negros en mi imaginación. Ese es uno de mis más grandes deseos. A pesar de lo difícil que se hace para mí ir al liceo, en el fondo de mi alma conservo la esperanza. No siento envidia, sólo siento deseos de salir de Cambural y vivir una vida mejor. Pero bastaba oír a la gente de Cambural para sentirme impotente, y el deseo de ser mejor. La gente se conforma con su mundo, con su rancho, con esta vida tan chiquita. _yo no.

Te puedo decir, que recuerdo y recuerdo el día en que culminé mi sexto grado y como estaba de feliz, ¡pues al fin iría al liceo! me repetía una y otra vez. . Mi madre tenía una amplia sonrisa y mi padre también. Ese día, cayó otro fuerte chaparrón, la segunda vaguada en tres años, tuvimos que sacar el agua en latas, ya que se metió hasta en nuestras camas, me asusté mucho, sabía que aquello era el inicio de algo que no se me antojaba nada bueno. Oímos fuertes gritos en la calle, y al cabo de unos segundos un torrencial aguacero estaba arrasando con

Cornieles Díaz

todo lo que se le antojaba. Una mujer pedía a gritos que salvaran a su hijita que se la llevaba la corriente, mi padre se lanzó al agua corriente, pero la barahúnda de agua, de tobos, cocinas, pocetas, árboles, rocas, y todo lo que la corriente arrastraba se lo llevó por delante. No hubo entierro y desde entonces, mi madre va siempre cerca del río, con la esperanza de ver pasar su cuerpo.

Papá era un hombre alto, fuerte, de buen carácter, le gustaba leer y lo hacía siempre, sacando tiempo de donde no tenía, tal vez, eso hizo que yo sintiera amor por la lectura. Trabajaba para los camiones del aseo urbano. Nos crió a costilla de la basura, y la basura se lo llevó. Nadie pudo dar noticias sobre él, o sobre la niña, y sobre otros tantos que la corriente se había llevado cada vez que llovía, y los cuales no le dolían sino a sus parientes. No vimos a ninguna autoridad local buscar nuestros muertos, ni atender nuestra hambre. Sabíamos que el gobierno daba dinero a otros países, construía casas en ellos, pagaba sus deudas, buscaba a los ricos que se perdían, pero nunca recibimos nada que no fuese producto de nuestro trabajo. Ese célebre aguacero se llevó también mi boleta de sexto grado, así es que no podía probar que había finalizado mis estudios de primaria, porque también los archivos de la escuela se los llevó la corriente. Mi madre siempre me ofrecía ir al Ministerio de Educación, allí deberían estar los reportes, pero no se terminaba de concretar esa visita.

Cambural es mí día a día, desde la primera vaguada, todos nos conocemos, pero a pesar de ello, siento miedo de llegar a obscuras, porque cualquier cosa puede pasar. Cualquier cosa puede ocurrir. Siempre se encuentra un enfrentamiento entre bandas, o entre mujeres por causa de sus hombres, y siempre paga el más pendejo como dice mamá. Cuando hay un muerto todo el mundo está allí, si hay una fiesta todo el mundo está allí. Si hay un bautizo todo el mundo está allí. Si se casa alguien todo el mundo está allí. Si alguien se enferma todos ayudamos, si se necesita un vaso, una taza, una vasenilla, allí estamos. La policía nunca se lleva a nadie por que hubiese un sapo, o alguien que lo delate. ¡No señor! Nuestra fuerza está allí, en la unión. Si alguien se pira un poco de tablas, las

reparte. Por eso sentimos mucho cuando nos dijeron que habían matado al pibe. El pibe había asaltado un banco, y nos dio a todos un poquito, él era muy bueno, él le puso un pequeño negocio a su mamá por el mercado Santander. Después de esa se perdió de Cambural, pero nosotros estamos seguros, que no está muerto. : Cualquiera día aparece _ decía Don Faustino el que atendía en la bomba de gasolina. Dios es bondadoso con la gente buena.

La vida del barrio, sino fuera por los tiroteos de cada rato sería bonita, aunque en el fondo creo que detesto que la gente fuese tan confianzuda, y que todo el producto de su trabajo se la lleve en cerveza, o caña, como decía Don Evaristo, el vigilante de la arepera del Terminal frente a la iglesia. Aquí la fiesta comienza el viernes y termina el lunes de madrugada. Durante un tiempo participé de ellas, pero a medida que pasa el tiempo, no siento deseos de asistir a estas fiestas. La gente habla lo mismo, los hombres comienzan a hablar de sus conquistas y las mujeres de tantas tonterías que yo me fastidio, pues ni siquiera novio tengo. Aquí en el barrio, el problema de uno, es el de todo el barrio. Nos prestamos los utensilios de cocina, los zapatos, la ropa. Tenemos mucha camarería, pero sin embargo, no termina de agradarme, que la gente piense que lo mío también es de ello. Yo quisiera poner un freno, y gritar que a algo tenía derecho y que algo no debía ser colectivo, pero no, todo es colectivo, desde los momentos de alegría a los momentos de infelicidad. Nadie se invita a nada, todos se consideran invitados. Eso sí, todo el mundo pone su granito de arena: cerveza, carne, yuca, ensalada, lo que haga falta. Pero yo en el fondo odio eso, que todos acepten sin discutir lo que todos imponen, como eso de que todo es colectivo, y que todos tienen derecho sobre las cosas de los demás, sin embargo el barrio es una gran familia, pero las familias también se respetan.

En cada casa tenemos un pito. Si alguien ve algo anormal suena su pito, y así al cabo de un segundo todos los pitos están sonando. En las esquinas del barrio, por decir esquinas siempre se encontraba un grupo, fumando hierbas, inhalando perico, o cualquier vaina de esa que tiene que ver con drogas, como decía mamá.

Cornieles Díaz

De la misma manera, a veces aparecían con unos carrazos, que no se si eran de vender drogas o que los habían robado, lo más importante era que los muchachos siempre aparecían con algo nuevo, y que Dios librara al que se le ocurriera denunciarlos. Nosotros somos muy solidarios en eso.

_Fíjate que Evaristo vende sus drogas y nadie lo delata, el es excelente, muy de la gente, pues él no acepta que la consuman en nuestro barrio, pues hay muchos niños. Así que él le dice al que se las compra, que se vaya a su barrio a consumirla. Pero hasta a los muchachos más sanos terminaban allí, en la esquina, fumando, bebiendo, consumiendo o apostando caballos. -

Tengo que confesarte, que antes de conocer al chofer, me gustaba en silencio un chamo de mi edad, llamado Omar, algo por dentro me obligaba a no pensar en ello.

En el fondo de mi alma, creo que me repugna la vida del barrio, no me agrada que todo sea tan común, tan ordinario, tan simple, y no veo la santa hora de abandonarlo, pero siempre termino pidiéndole perdón a Dios, pero le suplico que me saque de aquí.

El otro día acompañé a la Señora Lucrecia al Dr. Shell, para que le quitaran unos callos que no la dejaban caminar. Mientras la esperaba me puse a leer una revistas que le dan a los clientes. Allí había una revista llamada Hola. Me entretuve por largo tiempo viéndola, y me sentía así como embobada. Por cierto le arranqué una hoja donde estaba la princesa Carolina de Mónaco con un vestido rosado bellissimo, y me dije para mis adentros, algún día me mando a coser uno así.

No quiero salir sola de este barrio, yo quiero salir con mamá y con mis hermanos. Pero no estoy tan segura que ellos lo quieran también. O que yo pueda lograrlo. Pero no pierdo la esperanza. De noche me imagino que estoy en una casa grande, bella y cuando me doy cuenta son las dos o tres de la madrugada

y no he dormido nada. Te confieso, que hasta que tuve doce años no me percaté realmente de mi miseria, de mi pobreza, aunque la presentía y la sentía. El mundo giraba en torno a mis amigas del barrio. En torno a los muchachos del barrio. Si teníamos que salir para alguna fiesta nos prestábamos la ropa, los zapatos, el maquillaje. Siempre sentí algo, que me decía, que aquello no me gustaba, pero aquel era mi barrio. Ahora con mi edad, a finales de mis catorce años ya casi todas tienen hijos, o algún arrabiate por marido.

Cuando llegue a mis quince años, todo el mundo me dirá que me voy a quedar solterona, que ya no hay santo que vestir, o que yo, si soy rara. Claro que me gustan los muchachos, pero yo no quiero casarme o arrejuntarme con ellos. Yo no deseo que mi marido sea uno de Cambural, yo no quiero vivir en concubinato con nadie. Yo quiero vivir en otro sitio, tener joyas, vestidos, carros. Si me caso con uno de ellos pierdo la esperanza. Porque aún los que decían que tenían dinero, no salían de allí.

Y era verdad, tenían dinero, pues los zapatos, la ropa, las joyas que se ponían eran bellas y de marca. Sabes diario, que por las noches sueño que me caso con un muchacho rico como en las novelas de la televisión. Y cada vez que una amiga “mete la pata”, yo siento un miedo inmenso, pensando que en cualquier momento eso me puede pasar a mí, y juro que eso no me ocurrirá a mí. Por eso le huía a Joaquín. Joaquín es muy amigo de mi hermano Timoteo. Se viste muy bien, siempre anda muy limpio, pero su ideal es ser comisario de policía, pero no precisamente estudiando. Desde muy niño trabajó en la General Motor, y ahora es un obrero sindicalista. Gana muy bien y todos los sábados y domingos nos visita. Además siempre vamos a fiesta y bailamos, pero nunca pensé en otra cosa que no fuera su amistad. El es de una familia no tan humilde como la mía, vive en una urbanización cercana a mi casa. El es de gente trabajadora y no tan pobre como las de Cambural, pero no era eso lo que yo deseaba. Mi vida, siempre me digo está en otro lado. En otra parte. Cambural sólo era el camino para llegar más alto.

Cornieles Díaz

No te he dicho que Joaquín tiene una hermana, ella se ha graduado de Ingeniero electricista, pero estaba enamorada de un muchacho del barrio que trabajaba con un carro de alquiler, con el cual se casó. Al graduarse empezó a trabajar en una compañía de electricidad y enseguida pidió un préstamo y le compró un carro nuevo a su marido, y se mudaron para una zona residencial no tan cercana a Cambural. Ellos se veían radiantes, pero en el fondo de mi alma me parecía que Elizabeth Yamilé, había perdido mucho. Por eso mamá decía, tanto nadar para ahogarse en la orilla. A los pocos meses de casada tenía ya una niña. Bella rojiza y entre todas las muchachas de Cambural le pusimos el nombre, se llamaría Viexa.

Bueno mi amante “Diario” ha pasado unos meses y no te he contado lo que me ha ocurrido. El día que cumplí los quince años, mamá me hizo una pequeña reunión, y al idiota de Joaquín, que tendrá como unos veinticinco, se le ocurrió declararme su amor. Esto ocurrió hace unos meses. Aquello me produjo rabia, y mi respuesta casi ofendió a Joaquín a quien nunca más volví a ver. Luego supe que se había casado. No era Joaquín el hombre que yo deseaba, podía ser un ángel, pero no era lo que yo deseaba para mí, yo no quería hacer lo que hizo su hermana. Lamenté mucho que Joaquín ya no viniera, pero me parecía que era lo mejor. Yo no quería ser como mamá, vivir en un barrio como aquél, y cargarme de muchachos.

_Yo amaba mucho a mamá, pero no quería esa vida. Pasar de rancho en rancho, de miseria en miseria no sería mi destino. Pero después que papá desapareció, tenía que ayudar a mi madre con los cuatro hermanos menores, así que ella buscaba trabajo y yo los cuidaba, pero después que fueron a la escuela yo me iba con ella.

Ella igual que papá, le gustaba leer, y desde su pobreza leían todo lo que les caía en las manos. Cuando trabajaba en casas de familia la acompañaba. Mientras

ella planchaba yo doblaba la ropa. Si ella limpiaba el piso yo la ayudaba exprimiendo la coleta. Si ella cosía para las fábricas yo la ayudaba acomodando las telas. Sus mejores trabajos antes de entrar al palacete de Portobello, fueron en una fábrica de chocolates y en una pastelería. Por lo general nos traía recortitos de dulces o chocolates.

_Te escribiré sobre algo que nos ocurrió hace unos días.

_Un día mientras Mamá limpiaba en la fábrica de chocolates, uno de los jefes se le acercó y le pidió que si quería hacer una suplencia en su casa, que una de su servicio estaba muy enferma. Mamá dijo que sí, y desde ese instante, se instaló en ese palacete llamado Portobello.-

_ Sabes diario querido, ahora estoy en la casa de los Terwer: el llamado Palacete de Portobello. Es un palacio del siglo XVII, no sólo dicen que es una joya arquitectónica, sino que tienen en su interior una riqueza cultural maravillosa, representada en pinturas del renacimiento, esculturas, cristalería y un viejo reloj de cuando Cristóbal Colón descubrió a la América. Yo sólo repito como un loro, ni siquiera sé que es eso de renacimiento. No sé si tiene que ver con espiritismo. Esta casa es preciosa, sus dueños son Doña Camila y Don Fidel Terwer, quienes son descendiente de alemanes, árabes, israelíes o españoles, no sé muy bien.

Don Fidel es una mezcla extraña, de inteligencia y ternura definirlo para mí es sumamente difícil. Es genial. Sabe de todo y lo dice tan bonito. Cuando lo escucho parece que estuviera en el cielo, así que más de una vez, mamá me ha dicho:

_ Muchacha el carajo, tu como que estás enamorada.-

_Yo lo oigo hablar sobre leyes, pues es abogado y economista, y muchas veces fue cónsul o representante del país en algún país extranjero. Sabe de agricultura,

Cornieles Díaz

medicina, y algo que mucho después supe que se llamaba economía, electrónica, recursos energéticos, y muchas cosas más.- Muchas veces lo oí hablar hasta en árabe. Una vez, lo vi con un libro cuyo autor se llamaba Paulo Freire, y cuando me vio frente a él, muy suavemente me dijo guiñando un ojo: así como si yo supiera mucho: Teología de la Liberación.

Yo no sé a qué se refiere eso, o como dice la Zula, mi amiga de infancia, con qué se come eso. Pero si lo dice Don Fidel, debe ser interesante.

_Te digo querido y cotidiano diario, como alguien que ha convivido con él, pues tengo ya algunos meses aquí, que puedo decir que es un hombre fascinante, ocurrente, y siempre me hace reír, aún en mis momentos de mayor tristeza. Sin embargo, a veces lo veo triste e inalcanzable, como también oí decir a algún sirviente de Portobello, que era un grandísimo "hijo de puta". Estas son las palabras que más he odiado en mi vida. Son palabras horribles y no sé porque las dicen. Yo que he visto las mujeres que llaman "puta" en Cambural, estoy segura, que eso ofende. La Trina, por ejemplo, no tiene marido fijo, los muchachos la llaman el autobús. Cada quien le ha dejado un hijo, tiene como 6 muchachos y ella misma no sabe quién es el padre ni de uno ni de otro. El otro día la oí reírse mucho, pues cuando fue a inscribir a Andresito en la escuela, ella dice que la maestra le preguntó el nombre del padre, y ella muerta de risa le contestó, "ay maestra, no me ponga en apuros, eso sucedió en carnaval".

_Tengo que decirte, mi dilecto diario –

Don Fidel y Doña Camila, son los dueños del palacete, la casa es hermosísima, le dicen el Terwer's Palacete. Es una bellísima casa llamada Portobello. Tuvieron varios hijos que vienen a verlos de vez en cuando, pero nunca se quedan más allá de un tiempo que podía durar cinco o seis días. Los viejos, como comencé a llamarlos a espalda de mamá, pues siempre me dice ¿te cuesta

mucho decir Doña Camila y Don Fidel? No ve que ellos no son iguales a nosotros.

_ Eso no lo entiendo, pues tienen las propias características de todas las gentes que yo he visto en mi vida. Claro hay una diferencia, su dinero, su casa, lo que comen lo que beben y la forma despectiva de tratar a los demás, pero yo me veo como una persona igualita a ellos, eso sí, me he propuesto aprender de ellos. A estos dos los llamo Don Fidel y Doña Camila, aunque para mis adentros, son la vieja y el viejo, cosa que cambié mucho después, por el Don y la Doña, aunque Camila y Fidel, no eran nombres difíciles, más difíciles son los de mi barrio; por ejemplo recuerdo el día en que Marilú, fue a presentar a su bebé, Yanuixy Delayxy, de la cual yo soy su madrina. El jefe civil nos hizo deletrear el nombre. Siempre ocurría lo mismo, yo recuerdo el caso de Mineyvisin Hoyantanie; Malaniegriffindelawaer; Aymarietanel, Rosyba leth; Kynissandrés, Alexyamarieht. Eran nombres muy bellos y nadie los tenía. Eso sí, cuando alguien se compraba un carrito o un autobusetete, le ponía con orgullo el nombre de sus hijas en el vidrio. Nosotras sentíamos orgullo de inventar nombres que nadie tuviera. Apenas una muchacha de Cambural estaba embarazada, que era casi a cada rato, todas comenzábamos a inventar un nombre nuevo.

_Bueno te voy a dejar, por ahora no tengo otra cosa que decirte.

Sor Teresa, por ratos dejaba la lectura, sus ojos parecían irse lejos de allí, ¿cómo puede entenderse el mundo?, se repetía una y otra vez. Allí sentada en aquel aeropuerto, viendo desfilar ante ella, negros, blancos, rojos, amarillos, gente alegre, festiva, brava, contenta, odiosa, avinagrada. ¿Quién podía entender al mundo?. Parecía una película que mostraba al ser humano con toda su desnudez.

-¿Qué significaría el amor para aquellas gentes?-

No la cansaba tanto la lectura, la cansaba la lentitud de las horas, la posibilidad de que el sueño la agobiara, el oír lloros y risas infantiles, unos llenos de tristezas y alegrías trucas, y otros dejados al soplo de la tarde. Retomó su lectura, al menos hay cosas que unidas en el tiempo, ya no existen pero la memoria evoca, y se halla en torno de sus ecos, algunas luces que al oscilar se mueren. Tomó el diario una vez Más.

Marzo 31

Perdona, diario, que no haya vuelto antes, pero estaba muy ocupada. Siento que ha pasado un largo tiempo. Debo escribir sobre ti para decirte que: Fidel y Camila, son nombres que golpean en mi memoria, y quizás en mis pensamientos menos nobles. Desde siempre me han parecido nombres horribles. ¿Sabes?, más horribles me parecían cuando, los criados de la familia murmuraban que la fortuna de ambos, venía de la colonia. También se habla mucho de sus antepasados, por ejemplo los empleados de más edad y aquellos que tienen muchos años sirviéndoles, dicen que sus abuelos eran traficantes de esclavos, cosa que los mismos dueños de esta casa, no sólo no desmienten, sino que más bien parecieran sentir un gran orgullo, cuando hablan sobre este tema.

_ A veces se dice también, que ellos tienen unos cuantos muertos encima, y que además influyen notoriamente en las decisiones políticas del país. Que habían luchado contra la dictadura que azotó el país durante trece años y que habían ayudado con su dinero y sus influencias a derrocarla. Cuando yo le hacía referencia a mamá, de lo que murmuraban sus empleados, ella me decía:

_ ¡Eso ocurrió hace mucho tiempo!, -Usted se calla y si los has visto no te acuerdas-.Eso no es tú problema.

_Sabes, adorado diario, no me importaba lo que decía mamá, sobre el respeto y la consideración a aquella familia y menos aún, cuando los hijos hablaban delante de mí sin ningún tapujo, yo era un objeto para ellos. Podían hablar casi de cualquier cosa, seguros de que mi presencia no era nada importante. Era un mueble más. Así lo hacían delante de cualquier miembro del

servicio. Me molestaba que mamá no coincidiera conmigo. Yo veía como se bañaban en alcohol cuando venían de sus fincas, por aquello del asco que sentían por los peones, no tanto Don Fidel, como Doña Camilla y sus hijas, pues sus hijos hasta con las muchachas de la finca se acostaban. Para ellos, uno no era nadie, no significaba nada. Éramos igual a la mesa, a la silla, a un plato: simples objetos. A pesar de todo llegué a querer a Don Fidel, pues si bien es cierto que para el resto de su familia éramos muebles toda la servidumbre, él para mí, fue el padre que la vaguada me arrancó. Me corregía cuando pronunciaba una palabra mal, cuando hablaba moviendo las manos para todos lados, o cuando me veía hablar con las demás personas del servicio y usar su lenguaje.

Recuerdo una vez, que lo vi leyendo un libro llamado “Cien años de soledad” me quedé frente a él y le dije.

-_on Fidel, ese libro como que lo escribió un mentiroso.-

-¿Cómo puede pasar una persona cien años solito? ¿O es que ni su mamá lo quería?-

_Vi a Don Fidel reír a carcajadas y me dijo, es uno de los mejores escritores que haya dado América del Sur. Es del Gran Gabo. Y... tiene otra llamada Memorias de mis putas tristes.

_¡Peor!, le dije. En Cambural siempre dicen que las putas son las muchachas que más gozan ¿Cómo así que es tan triste?

_Ve, ve, que yo tengo razón.

_Bueno entonces te diré otro:-

-El coronel no tiene quien le escriba-

- Más Peor- Le dije abriendo los ojotes, como todos me dicen..

Cornieles Díaz

—¿Cómo que no va a tener quien le escriba el Coronel?, Con tantas necesidades que tenemos en Cambural, allí nos las pasamos escribiéndole, lo que pasa que él no nos contesta. -

Siempre se reía cuando yo le hablaba, y me decía: Emperatriz, Eres un diamante sin tallar, pero debes leer las obras del gran García Márquez, ello te dará luz sobre tus ideas y pensamientos y te ayudará a mejorar tu vocabulario.

— Eso de la luz, me llamaba mucho la atención. Esas palabras sólo las había oído en los novenarios de los muertos de Cambural. El era un hombre con mucha claridad mental, según decía su amigo el Doctor Alvarenga. Un hombre culto, amplio conocedor de la sociedad contemporánea, de sus crisis y tendencias, como le decían.

—Yo no entendía, lo que querían decir, yo me limitaba a oír y a veces a repetir como un loro. Además todo lo escribía, dejaba líneas sobre el diario por si acaso se me olvidaba escribir algo.

Don Joao , el jardinero de Portobello, me decía, que desde que conocía a Don Fidel, que no era menos de treinta años, daba muestra de un carácter domador de su propia voluntad, la dirigía exclusivamente al cumplimiento de la idea fija que lo habitó desde siempre: su realización personal en el horizonte del poder. Tenía influencias en el gobierno, en la economía del país, en la banca, en el turismo y en las corporaciones más importantes, no en vano, su riqueza le permitía tener más de 100 000 empleados en todas sus industrias, distribuidos tanto en el interior como en el exterior del país.

—Don Fidel, —oí decir una vez al Doctor Alvarenga, ha manejado su fortuna y la de su esposa siempre para su beneficio y el de sus más cercanos aliados, que son bastante pocos, por aquello, de no confiar en todo el mundo. La suerte de la gente la supeditaba a la suya, El doctor decía que: para Don Fidel, los seres

humanos son figurantes necesarios, son como carne de cañón, o son palmas para al aplauso.

Cada vez que publicaba como profesor de una de las universidades más elitistas, sentía necesidad de reconocimiento. Mirando al hijo le decía, poderoso señor es don dinero, verdad papá, y entre los dos celebraban las habladas del hijo.

_Te tengo que decir hoy, que los hijos y los nietos de Don Fidel y Doña Camila son adúlantes y mentirosos, tanto ellos como sus esposas o esposos. Delante de los viejos hacían todo tipo de carantoña, los besaban e igualmente hacían los nietos, los cuales muchas veces los vi salir corriendo para lavarse el sitio donde los viejos le habían besado. Si la vieja Camilla decía A, todo el mundo lo celebraba. Sus chistes jamás me gustaron, y mucho menos la forma como la vieja y su hermana se burlaban de todo el mundo. Casi todos los esposos de las hijas eran adúlantes y mentirosos, a penas se le desataba un cordón del zapato, cual primero quería atarlo, y los viejos abusaban de ellos, pues a veces don Fidel lo hacía a propósito. En más de una oportunidad lo vi hacerlo, delante de mí, me picaba el ojo, y yo veía, como, cualquiera de sus nueras salían como borrego a atarle el cordón de los zapatos. Teniendo muchachas de servicio, a veces le decían a los nueros, ¿puedes traerme café?, y en su rostro, al que de tanto ver llegué a conocer más que a sus hijos, se notaba la arrogancia, y si hubiese sido conmigo, me hubiese sentido muy mal, pero los idiotas salían como unos perritos a buscarle el café, y lo peor venían sonriente. Lo que supe más tarde es que todos ellos eran protegidos económicamente por don Fidel, pues sin ningún tapujo, Don Fidel me hacía esos comentarios.

A veces, me identificaba con lo que Don Fidel decía de sus nietos. Solía comentar conmigo, la desgracia que le había tocado por hijo, (creo que se refería a uno llamado Cayfid) decía que no tenía hidalguía, don de mando, capacidad de lucha, posibilidad de discusión. _En cambio tú, chiquitina, que nada tienes, que puedes perder todo, si te saco de esta casa, bajo el pretexto de que te llevas mis

Cornieles Díaz

libros, que me son tan preciados, te enfrentas a mí, me discutes, me das casi órdenes. ¡Como quisiera que uno solo de mis hijos o mis nietos fueran como tú!

Estos desgraciados, me decía:

Adulan, llorisquean, buscan la vida fácil me repetía Don Fidel. La vida, tiene sus premios y sus castigos. Hay de toda clase de gente, pedantes, adulantes, rastrosos y otros de ramas altas, me decía, y yo casi sin entender, pero siempre buscaba una excusa para hablar con él y que me explicara. Así a lo largo de mi vida, mi querido diario, me encuentro parecida a él, en su carácter.

_Sabes, mi diario,

Lo que no puedo negarte es que los viejos Terwer son espléndidos con aquellos nietos. Muchas veces pude observar los regalos que siempre tienen para ellos, así como sumas de dinero entregadas con cheques, que nunca supe ni por casualidad cuánto dinero representaban, y por supuesto, menos en que lo gastaban. Pero los viejos eran soeces, atrevidos, mandones, como si ellos dominaran al mundo, y como si todo el mundo tenía que obedecerles. Así que la entrega de dinero, venía apareada con la adulancia de los otros. Hasta cuando el viejo de Don Fidel se enfermaba, pues entonces si no podía hablar les escribía. Bueno al decir verdad, más fuerte lo era Doña Camilla. Como yo era un objeto para ellos podía oírlos, y mucho más, ver como planeaban matrimonios entre ellos. Por ejemplo, a una llamada Alejandra Valeria le trajeron el novio de su país de origen. _La Toya era hija de una hermana de Doña Camilla y un hombre de origen libanés. La Toya como le decían, parecía no importarle nada. Había sido casada, pero parece según las conversaciones, que le había ido muy mal con el primer marido. Éste, se las había arreglado para darse vida y olvidarse de la Toya.

_ ¡Claro que lo pagó! _

Le oí decir a Doña Camilla, que la divorciaron pero que el tipo no se llevó ni un centavo y medio.

Sor Teresa cerró el libraco, se sentía cansada, ese cansancio que produce la espera y el estar sentada, aún cuando se estuviese entreteniéndose.

A eso de las 5.p.m estaba abordando su nuevo avión, decidió tomar la cena ligera que le ofreció la azafata y dormir un poco.

El sueño en el avión es pesado, es angustiante, casi no se duerme, la tensión es mucha, así que Sor Teresa realmente no dormía, cerraba sus ojos y se aislaba, o se trataba de aislar. Meditaba como siempre lo había hecho, o repasaba en su interior el discurso que debía pronunciar. Ella era partidaria de no llevar muchas cosas escritas, sino lo esencial, para que el discurso saliera del corazón. No podía dormirse, estaba inquieta, así que una vez más agradeció al Señor, por darle aquel libraco. A pesar de su cansancio, era preferible mantener la tensión concentrada en él. Había viajado mucho en su joven vida, pero siempre sentía recelos de los viajes en avión. Para colmo vestida como religiosa, la gente piensa que lo único que podía hablar era de bondad, de Dios, y muy difícilmente le planteaban otros temas sobre los que ella pudiese interesarse. No era que no quisiese hablar de Dios y de su obra magna.

Pero Dios no necesita tanto que hablen de él, como que practiquemos lo que Él nos enseñó. Precisamente eso era lo más difícil.

CAPITULO III

Abril 30

A veces mi querido diario, he sentido la necesidad de entender la manera de hablar de Don Fidel y su amigo Salinas, un señor que creo que fue embajador y ha escrito muchos libros. Recuerdo que una vez hablaban de un Señor llamado Wittgenstein. A mí me gustó el nombre, por eso cuando ellos discutían sobre este señor y dejaban los materiales sobre los cuales estaban discutiendo, yo me acercaba con cuidadito y me copiaba como se escribía ese nombre tan complicado, para ponérselo a uno de los niños del barrio._ Así el hijo de Xenixarybu, se llama Wittgenstem Pérez. El apellido no lo puedo cambiar.

Un día lunes, oí que el Doctor Salinas decía:

El significado de las palabras hay que entenderlo dentro de su propio contexto, ellas a veces no tienen referentes directos por lo tanto uno se ve obligado a entenderlas dentro de dicho contexto. Un nombre, una cosa una idea, no puede estar en lugar de una cosa, y otro en lugar de otro. A los que nos referimos es que la palabra que usamos, está determinado por el modo en que usamos el término.

_Te confieso no entendí nada. Pero me fascinaba repetir lo que oía, así no supiera lo que significaba. Una vez oí, a Doña Camilla, decir, _No entendí niente, je ne conais Pas. Y yo me copiaba y repetía lo mismo y me sentía importante. Querido diario, No nos vemos desde hace un tiempo. Eso me preocupa, pues cuando te cuento, todo ya ha pasado, y se me olvidan algunas cosa, y si son conversaciones, por muy buena que se que es mi memoria, no lo puedo ordenar en mi cerebro.

Quiero hablarte de Doña Leticia, la hermana menor de Doña Camila. Es una mujer bonita, elegante, bien vestida, olorosa al mejor perfume francés, como solía decir ella misma. Pero ambiciosa, asertiva, confiada en sí misma y fuerte, había aprendido a luchar para conseguir lo que necesitaba y deseaba, según sus

palabras. Su actitud era hacia la acción, hacia el poder hacerlo, siempre estaba motivada. Desafiaba a su mundo, como decía su hermana, y con facilidad inventaba proyectos; tomaba cualquier iniciativa y hacía que las cosas ocurrieran como ella quería. Pero era autoritaria y dominante. Según Doña Camilla, gozaba de gran prestigio en Norteamérica como diseñadora de modas. Pero de igual manera, decía su hermana, para disfrutar de los bienes de la familia era capaz de dominarse a través de auto doblegarse ante la autoridad de los Terwer, pues así gozaba de todos los privilegios de la familia y participaba de todas las decisiones familiares e inclusive de la fortuna y del prestigio.

Recuerdo que cuando le tocó hablar en el segundo matrimonio de la Toya, el cual era concertado (pues según, le iban a buscar un marido al Líbano, creo que este es un país, que debe quedar rete lejos) ella decía:

_Pero Toya, si tú puedes escoger el hombre que quieras, pobre, rico, miserable. Al fin, tus padres, tienen suficiente real para comprarlo. La Toya era hija de una hermana de Doña Camilla, como ya te lo dije.

Así un buen día, dijeron que la Toya se fue de viaje, con su abuela y su abuelo, y en menos de tres meses estaban celebrando la boda más rimbombante que yo haya visto jamás, _según la doña_ aunque lógicamente esto lo digo por decirlo. Nunca había visto más que las que se celebraban en mi barrio. Cuando lo hacían. Imagínate, eso no era muy común en Cambural. Eso fue la semana pasada. La hicieron en los jardines de aquel palacete, y se casó en la ermita del mismo. Supe que se fue de luna de miel por toda Europa.

En los días que precedieron la boda, pude ver al nuevo esposo de la Toya, era como 10 años menor que ella, bello, de espaldas muy amplias, de ojos grises y cabello rubio. Por una conversación de Cayfid y su esposa Noel, me enteré que este hombre en su país era jornalero, recogedor de nueces, o de uvas, pimentones o de cualquier cosa. Pero al ser elegido como marido por la Toya y

Cornieles Díaz

por esta rica familia, donde hacer este tipo de enlace era común, el muchacho cuyo nombre era Dasan, se convertía en un privilegiado, aunque en ello se le fuera cualquier otro deseo de vida. Este matrimonio según El Indio, el único hijo de Cayfid, representaba un salto cuántico para Dasan. Yo no entendí mucho, pero para mí era saltar desde mi Cambural a la luna. Este tipo de arreglos como que era común entre esa gente. Yo para mis adentros pensaba, si yo algún día podía lograr un matrimonio, no importa si arreglado, pero que fuera con un hombre que me sacara de Cambural. A veces me arrepentía, al fin, debe ser horrible casarse así. Te diré que, tanto la fiesta de compromiso de la Toya y Dasan, como la de la boda, decía Doña Leticia, que podía compararse a las fiestas de las princesas de Inglaterra. Los regalos les eran enviados desde fuera del país, y los que recibía del país, eran tan hermosos, que Doña Camilla, cada vez que abría uno, comentaba lo interesante, lo importante que era aquel regalo y lo que costaría. Todos los jardines estuvieron iluminados y los adornos eran de rosas color melón y blancas. Los más finos pasapalos fueron encargados a una empresa y se bebió, comió y bailó hasta el amanecer. De sólo ver los vestidos, la forma de hablar y la manera de comportarse aquella gente yo me sentía en otro mundo, y a pesar de que estaba vestida con un uniforme azul para ayudar a servir, me sentí importante, me sentí como vestida igual que aquella gente.

Tocó un pianista durante parte de la noche. Estaba vestido con una ropa que llama “smoking”, como dijo Doña Leticia. Te confieso, entre nosotros dos, que se me parecía más a un zamuro, o a un pingüino que a cualquier otra cosa. Trajeron además una orquesta y que de música “bailable” la cual animó la fiesta. La verdad, que aquella música más parecía para dormir que para bailar. Toda la noche la pasó Doña Leticia diciéndoles a unos periodistas, quien diseñó el traje de la Toya, quienes eran las damas de honor, quienes eran los niños que llevaban la cola. Por cierto, descubrí, que la Toya se cambió de religión para volverse a casar por la iglesia. Lucía hermosísima y llena de todo el encanto del mundo, a pesar que tiene diez años más que el esposo. Doña Leticia decía, así estirada hacia atrás y elevando las cejas:

El vestido es de Ariel, uno de los modistos más finos de Francia. La joya son de no sé quien, los zapatos de quien otro, total, entre tantos nombres yo me perdía.

Los esposos se fueron como a las diez de la noche. La casa de los nuevos esposos, estaba situada en uno de los mejores sitios de la ciudad y como decía ella, el más selecto. La casa fue el regalo de su abuelo, Don Fidel. La decoración estaba encargada a dos italianos a dos franceses y a un español y debía estar lista para la llegada de los esposos después de su luna de miel. Igual para la casa que comprarían en Norteamérica y en Mónaco. La Toya regresó como a los seis meses de casada, se le veía feliz. Al mes su marido viajó sólo a visitar a su familia y a ayudarlos como producto de su enlace matrimonial. Se le veía más bella y radiante que nunca. Todos decían que el matrimonio le estaba sentando. Después de 8 meses de casada se fue a Europa y nunca más regresó a Portobello, o, al menos nunca más la vi

—Te voy a decir también que uno de los nietos preferidos de Don Fidel, era el hijo de Cayfid, a quien llamaban El Indio, por el color de su piel y su abundante pelo, que no era ni tan lacio, pero sí negro, y el cual se dejaba crecer como una maraña, cuando se reía dejaba ver una hilera de dientes blanquísimos y grandísimos. Más que indio parecía un orangután, un gorila, un mono grande. Este era el peor de todos. No sólo era petulante, sino adulante, jalamecate, o “jala bolas” como decían los sirvientes en voz bajita. Siempre estaba de mal humor, pero bastaba que el abuelo o la abuela lo llamaran para pasar del peor humor al estado de mayor alegría que yo pudiera ver en cualquier ser humano. No le importaba hundir a cualquiera con tal que eso sirviera para adularle al viejo Fidel, quien siempre celebró sus salidas.

En la hacienda, se comportaba como un reyezuelo mandón. En una oportunidad oí decir a Doña Leticia, que El Indio, desde chiquito siempre había

Cornieles Díaz

admitido su culpa sobre algún desafuero, que no le temía a nada y que carecía de sentimientos de humildad. Se sentía omnipotente, invencible e invulnerable. Cada vez era más temerario y destruía con crueldad a todo aquel que no acatará su voluntad. Era vengativo, salvaje, con tendencias asesinas y amigo de humillar a los demás.

Apenas si había ido a la universidad a cursar unos semestres, pero igual cuando llegaban los amigos de Don Fidel, se aprendía tres o cuatro frases en francés, inglés, alemán o italiano, y las repetía como si supiese mucho. Eso se lo celebraban los adulantes, pues por lo general, esos amigos siempre iban a pedirle favores a Don Fidel. Recuerdo que una vez, don Fidel, cuando vinieron sus amigos, me dijo_, Emperatriz, como te he visto hurgando entre mis libros, te voy a prestar “El Padrino”, y entre todos celebraron la salida de Don Fidel, sobre todo el desgraciado del Indio. Ese si era un verdadero “hijo de puta” y yo sentí mucha pena y me alejé con la cara roja como un tomate de allí.

El indio es como te lo describo, pues lo vi darle un puntapié a un pobre perro porque se le colgó del pantalón, y vi al perro aullar y arrastrarse por el piso. De la misma manera gozaba haciendo sufrir a un caballo hasta dejarlo muerto de cansancio, o golpear a cualquiera de las muchachas de la finca, si le traían un jugo y no le gustaba. Margarita era su preferida en la finca, así cuando venía, la buscaba y pasaba casi todo el tiempo con ella. La gente decía que Margarita no tenía hijos a causa de un puntapié que le dio El Indio estando embarazada, pero nadie hablaba sobre ello y Margarita menos.

El indio se chistaba con los abuelos, les traía pequeños dulces y siempre estaba pendiente de cargar la pipa del abuelo, a la que le decía la pipa de la paz. Así que bajo sus carantoñas ejercía un gran dominio sobre el viejo Fidel., o no se si era el viejo Fidel sobre él. El Indio, nieto amado de Don Fidel, tapaba también las vagabunderías de Don Fidel, o lo que él llamaba canitas al aire. La voz de El Indio me era chocante, parecía un malandro de los que yo conocía en

Cambural. El Indio, gracias a su astucia, llegó a ocupar un sitio muy importante en los negocios del viejo, según siempre dice Doña Leticia. Yo no creo que sería por su inteligencia, sino por ser adulante, o por algo que más tardé descubrí. E inclusive decían que iba a heredar una gran parte de la fortuna del viejo.

El Indio parecía haber condensado todo lo negativo de la familia, pendenciero, cizañero, hablador de pendejadas, ignorante, no sé si inteligente, pero como decía Don Joao, “hablaba más pendejada que un borracho a media noche”, y apenas se tomaba un traguito, empezaba a repartir su cuerpo, por no decir algo más fuerte. Poco le importaba acostarse con las muchachas de la finca de Don Fidel y dejarlas embarazadas, luego se olvidaba de ellas, y si te he visto no me acuerdo.

Era egocéntrico, ególatra, insatisfecho, intolerante, siempre se le veía ansioso, inquieto, agresivo e indisciplinado. _Bueno, eso decía Doña Camilla_ a mí que me registren, yo no sé niente , que significa eso, Parecía la parte más negativa de aquella familia. El único ante el cual se le veía doblegar era ante Don Fidel. Yo no entendía, como era hijo de Cayfid, al que me parecía bueno para nada, y de su esposa, la cual era dócil y tranquila, casi idiota. No entendía como de ellos pudo haber nacido semejante alimaña. Pero el tiempo me iba enseñando muchas cosas, de esta familia.

Don Fidel tenía haciendas de cacao que servían para la fábrica de chocolates y El Indio las visitaba casi todos los meses. Pero lo que más frecuentaba eran los viñedos. Si don Fidel era un buen catador de vinos, mejor lo era El Indio, muchas veces lo oí hablar del vino con solo olerlo o catarlo, como decía él. En verdad, tenía muchas cosas de Don Fidel, pero no el color de su piel, El Indio era muy moreno, en cambio, Don Fidel era blanco, y debió haber sido muy buen mozo, así que la gente siempre dudaba que aquel bicho tan feo fuese su nieto. A calladitas le decían Ora, que significaba realmente orangután.

Hoy es viernes, estoy esperando a mamá para irnos, mientras te escribo_

Este indio le sacaba al abuelo lo que quería. Tenía varios carros deportivos. El más bello era un carro rojo, un deportivo, y que llevaba a exhibir a la universidad. Universidad a la que asistía desde hace como veinte años y no había pasado del tercer semestre. El Indio era la exacta figura de lo que yo imaginé ser un hijo de puta, como decía papá. Según él, las chicas se volvían locas cuando lo veían, así que muchas veces lo vi acompañados de chicas muy lindas y casi siempre diferentes. Un día llegó El Indio, más temprano que de costumbre a visitar al abuelo, (el Indio con su padre Cayfid y su madre Noel, vivían en las afueras de la ciudad, en otra mansión) pero el viejo dormía la siesta, se tiró sobre un gran diván de una de aquellas hermosas salas y estiró los pies tratando de colocarlos sobre una mesa sobre la cual estaba colocado un hermoso Romeo y Julieta que era el orgullo de la abuela Doña Camila. Cuando vi que la hermosa pieza venía en el aire corrí con tanta precisión que la pieza cayó sobre mis manos y sólo por el impacto se le quebró un dedo a Julieta, y ello me causó una herida y adormeció mi mano. Desde entonces llevo en el dorso de la muñeca una cicatriz como de diez puntos.

—¿Qué te parece, mi adorado diario?—

El desgraciado no me lo agradeció, simplemente se paró del diván y comenzó a observarme como quien observa una novilla. Mientras lo hacía, un escalofrío me subió desde los pies, y las ganas de orinar se apoderaron de mí. Tomé el dedito de Julieta y lo coloqué cerca pero no me atreví ni siquiera a decirle lo que había pasado. Aquel desgraciado ni siquiera se dio por enterado. Así que tampoco yo lo haría.

Yo llevaba una larga cola de caballos y un flequillo que caía sobre mis ojos, el muy desgraciado, tomó mi cola y la alzó como si mirase algo que desea comprar, se dio media vuelta y con su aliento hediondo a aguardiente, me quitó el flequillo de los ojos. Sentí repugnancia, deseos de correr o de gritar pero no hice nada, el desgraciado apuró su mano y la pasó por mis senos. Casi sin

detenerme alcé la mano para golpearlo, pero sus manoplas me lo impidieron me hizo girar en redondo y golpeó mis nalgas. Salí de allí corriendo mientras el desgraciado se reía a carcajadas.

_Se lo dije a Mamá, pero ella dijo,

_a lo mejor le provocaste, trata de no ir por los lados donde él esté.
¡Necesito mi trabajo.¡- no quiero peos.

_Pero mamá.... Le repetía yo, y mamá, con sus dedos largos puesto sobre su boca decía ¡Chito, carajo! no quiero hablar más sobre eso. Dale gracias a Dios, que el tipo no se dio cuenta que se le quebró el dedo a la muñeca, porque hubiese sido bien fácil culparte.

Seguí a mamá, no valía la pena discutir, fuimos hacia la sala, donde Mamá limpiaría las lámparas. Unas lámparas altísimas y como de un millón de pelotitas llamadas cristal de sharosky. Había que bajarlas una a una, meterlas en agua con champú, y luego secarlas y colocar pelotita por pelotita alrededor de un aro que formaba el esqueleto donde iban dichas pelotitas. Mientras mamá y yo nos montábamos en unas escaleras para ayudar a bajar aquel pelotero, Doña Camila, se situaba frente al piano.

El piano estaba en una pequeña sala, la sala estaba destinada a reunirse con sus amigas más íntimas, y tan encopetadas como ella. Estaba éste, frente a un amplio ventanal que daba al jardín. Doña Camilla cuando entraba una nueva persona a aquel sitio siempre daba las características del piano, tanto que me la aprendí de memoria.

El piano es un instrumento de cuerdas percutidas por martillos activados por teclas. La producción del sonido tiene lugar por medio del martillo que el mecanismo del teclado lanza contra las cuerdas.

Mientras tocaba (lo que según entendí, de su conversación) nocturnos de Mozart, de Chopin, de Ravel, y no sé de cuantos más, yo repetía lo que les oía decir, pues nunca en mi vida había oído hablar de estos señores. En este instante me pareció muy raro, un bolero que ella decía que era de Ravel. Para mi sonaba bonito, pero no sé porque le llamaban bolero. En mi pequeño Cambural los boleros eran otra cosa y yo los conocía muy bien. Por ejemplo, oí boleros de los Panchos, que eran los favoritos de Mamá, Débora Sajas, Julio Jaramillo, Lucho Gatica, preferido de mamá, esos si eran boleros. Te los puedo enumerar: mi juramento, amor perdido, amor de la calle, reloj, o los que grabó Felipe Pirela, con la orquesta del maestro Billo Frómata o, los boleros que cantaban los Melódicos Aunque los vallenatos eran mis preferidos, así como la bachata. Pero éste bolero, solamente lo conocían en esa casa. Me imagino que esa gente rica, ni siquiera sabe lo que es un bolero, y a cualquier cosa le ponen ese nombre. Cuando se lo conté a Zula nos reímos de la ignorancia de esa gente.

Yo pensé en llevar varios Cds, con boleros, para enseñarlos, pero desistí, estoy segura que esa gente no me lo agradecería, por eso renuncié a mis deseos.

Hoy es lunes, plena, mañana _ he visto a la Doña Camilla. Figúrate diario querido, que por largo rato Doña Camila toca y lee poesías, canta viejas canciones que a pesar de no ser para mis gustos, no me resultaban desagradables, pero yo no pensaría gastar mi dinero en CDS, con esas canciones. Otra cosa, recuerdo que una vez, cuando recién llegamos a esta casa, cuando cantaba Doña Camila procuraba que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas, para evitar que nadie las copiara, eso al menos, era lo que ella decía. No les importaba que yo las oyera, pues yo era un mueble más, pero por nada lo hacían, no me gustaban sus ridículas canciones. Y que importadas, yo no sé qué es eso, pero son importadas.

_Por otra parte, y de vez en cuando el viejo colocaba CDS de tangos, o de lo que después descubrí que eran operas y zarzuelas. Esto último fue gracias a su discusión con un hermano de Doña Camila; Don Antonio, el cual era un

ferviente apasionado de esas canciones. Yo sólo oía unos gritos agudos en las mujeres y gritos en los hombres, pero fui descubriendo poco a poco que aquello era un género musical, porque eso lo decían en sus discusiones. Muy pocas personas apreciaban este tipo de canciones, repetían.

_Para mis adentros, me repetía: _¿A quién le va a gustar esa chirriadera?-

En verdad, en mi pequeño Cambural, se oían rumbas, rock hard, bachata, rancheras, cumbias, pero de esta música, nunca jamás he oído. Y no creo que la oigamos, porque al cabo de un ratico a mi me fastidiaba esa música y me retiraba del sitio. Fue allí donde por primera vez las oí, y en verdad, no me alegraba oír las. Yo me decía para mis adentros, gran cosota están ocultando.

Cuando don Fidel no tenía con quien hablar, pues de alguna manera su mujer y sus hijos siempre estaban de viaje, y me tenía cerca, pues yo siempre recogía los libros que él leía, me hablaba sobre música, y me describía lo que significaba cada estilo de la misma. Yo creo que él sabía mucho. El me veía tan atenta y pelando los ojos cada vez que aprendía algo, que yo creo que eso lo animaba a enseñarme más. Así que fui acumulando una cultura, como decía Don Fidel, superior a la de sus hijos, o por lo menos superior a la de Cayfid. Y poco a poco me avergonzaba de muchas cosas que dije por ignorancia.

Cuando él y Doña Camilla hablaban, yo me retardaba limpiando. Ellos hablaban y yo hacía que limpiaba, pero en realidad lo que me importaba era oírlos, eso me fascinaba, así como copiarme los ademanes de Doña Camilla. Yo tenía una buena memoria, y todo eso lo recordaba cuando me acostaba, para después irme a lucir a Cambural con mis amigas. Ellas lo tomaban a broma, pero yo me imaginaba como una gran dama, leída, culta, como decían de Doña Camilla, refinada y con grandes amistades. Me dormía pensando en que yo era una especie de Doña Camila, pero joven y bonita. Y trataba de imaginarme como ella. Me veía en Cambural hablando fino y toda la gente viéndome. Te confieso que, lo único que no me gustaba mucho, de esta familia era eso de

Cornieles Díaz

escogerle el novio a las mujeres e inclusive a los hombres sus novias. Por lo demás, deseaba con toda mi alma, ser como ellos. No podía sentirme bien en Cambural, quería salir de allí, ver otras cosas, viajar, vestirme bien. Casarme con un doctor.

Sabes a medida que pasa el tiempo veo como Don Fidel se hace más flaco y su figura se hace más enjuta, al menos para mí. Don Fidel siempre tiene un aire no sé si de tristeza, o de melancolía, siempre está como ausente cuando no está leyendo. En ocasiones viaja con la esposa o con los hijos, pero por lo general, sus ojos parecen tan tristes. Fíjate diario que Doña Camila en cambio, cada vez que viene al país, recibe unas inyecciones en la cara que hacen que sus arrugas se disipen bastante, por tanto siempre exhibía una cara más juvenil. Después oí, que se puso unos alambres en la cara y que esto la estiraba. Así que cuando cualquiera de las criadas de la casa sirve el té, o el café de la tarde, me voy con ellas y trato de ver los alambres de Doña Camila, pero nunca se los he visto, me imagino que debe tenerlos debajo del pelo.

Ella es muy elegante, usa un medio tacón y te confieso que jamás la he visto despeinada, mal vestida o sin su maquillaje. Siempre se ve hermosa, elegante y muy fina. No es particularmente amable conmigo, pero tampoco me molesta. Sólo me molestó una vez que mamá le dijo: Doña Camilla;

_Emperatriz María, no está bautizada, yo quisiera que usted y Don Fidel fueran sus padrinos, si usted, me quisiera hacer ese favor. –

_Yo no sé qué le contestó Doña Camila, pero mi madrina, no fue ella, sino su hermana mayor Doña Ondina, señora esta que nunca llegué a ver después del bautizo. Años después me enteré, por una conversación, que Doña Camilla había dicho, que ella no era como Ondina, que le encantaba compadrazgo con gente de cerros y barrios, que después le sacaban regalos para sus ahijados. Desde ese día, sentí mayor repulsión, pero también y no sé por qué? Admiración por Doña

Camilla. Ella parecía inmutable, nada le molestaba. Ni siquiera las carantoñas que su hermana menor Doña Leticia tenía con Don Fidel.

En muchas ocasiones vi muy juntos a Don Fidel y a Doña Leticia, rozando sus cuerpos, mientras él le leía poesías, pues esta era una de las debilidades de Don Fidel, y lo que quizás, me hizo tenerle un gran cariño, después muchos años visitando su casa. Pero también creo haberlos visto mucho más cerca, sobre todo cuando Doña Camila se iba de visita a la Argentina donde vivían unos viejos familiares de ella. Yo muy tarde entendí porque Doña Camilla casi nunca estaba en su casa. Por lo general Don Fidel argumentaba que el clima argentino no le hacía bien y prefería quedarse. Así que Doña Leticia le prometía cuidarlo. Ese cuidado para mí era bien raro, pues pasaban largo rato en sus habitaciones, y apenas si se oía algún murmullo.

Cuando Doña Camila iba de viaje a su finca con alguno de sus hijos, por aquello de respirar aire puro para sus pulmones, Doña Leticia no salía de las habitaciones de Don Fidel, sólo así se le veía rozagante, ello daba pie a murmuraciones entre los sirvientes, que decían que estos se las traían, pero en realidad no sabía exactamente lo que querían decir. Pero los sirvientes allí, eran eso, sirvientes, sin voz ni voto.

_Bueno, diario, debo dejarte, ahora voy a lavar los platos con mamá, si de aquí al anochecer tengo algo importante y tengo tiempo te escribiré. Sabes, debo regresar a Cambural, así que por si me acuerdo de algo importante me llevaré un poco de hojas blancas. Ciao. Así dice Doña Leticia cuando se despide, pero también la he oído decir buona notte.

A Sor Teresa le parecía graciosa la escritura del diario. Sabía que esa es una vieja práctica de las niñas desde casi toda la vida.

La azafata pasó muy cerca de ella y bajó la puertecilla para colocar la mesa de la comida. Había codorniz, papas al vapor, una ensalada ligera, un ponquecillo y jugo de frutas.

Cornieles Díaz

Ella pidió además un vino, le agradaba tomar vino. Mientras tomaba su vino su compañero de asientos pidió un blood the Mary. El joven sonrió cuando ella le dijo,

- _usted toma la sangre de Mary y yo la de Cristo. -

Ella era así, directa, sencilla y agradable. Los pasajeros de la fila se rieron celebrando su salida. Al cabo de un rato retomó su libraco. - Mi adorado diario, Continuó Sor Tera leyendo, entretenida en la lectura sencilla pero que se dejaba llevar.

Te diré que recuerdo una vez que Doña Camila tuvo que viajar a Massachussets, Estados Unidos, para hacerle compañía a una de sus nietas, pues la niña llamada Alejandra Valeria, estaba haciendo diligencias para entrar a una universidad norteamericana pero no quería viajar sola. Doña Camila le insistió a Don Fidel que viajara con ellas, pero don Fidel argumentó que él no era muy dado a este tipo de viajes, donde todo se iba en llenar papeles. Doña Camila se quedaría con su nieta hasta ubicarla en la universidad y luego iría New Yérsey a reunirse con una de sus hijas, quien vivía allí desde hace algún tiempo, además se daría una vueltita por los casinos. Esos días fueron maravillosos para mí, nos dieron vacaciones a casi todo el servicio. Quedamos solamente Mamá, la cocinera, el chofer, el jardinero y yo. La cocinera no salía de la cocina, Mamá se dedicaba a tener la casa en orden, supliendo al ama de llaves. El chofer prácticamente se dedicaba a dormir, esperando órdenes, así que yo me dedicaba a visitar la biblioteca, y el jardinero Don Joao a los jardines. La biblioteca ejercía un extraño influjo sobre mí. Yo deseaba ser escritora de novelas, de poemas, de todo aquello que se llamaba literatura, como supe por boca de Don Fidel. La biblioteca era grande, como de 20 metros cuadrados y repleta de libros. Aunque había un solo estante, bastante grande para todo tipo de novelas. Sus estantes de caoba pulida albergaban muchos libros con forros casi todos iguales.

Siempre amé leer, así que aquella era mi oportunidad, para hacerme de varios libros. Había un bellissimo escritorio de caoba marrón, con unas bellas botellitas llamadas tinteros, un bello tapete vino tinto sobre el escritorio, y una figura de ébano que situaba a una mujer con el torso desnudo. El sillón de Don Fidel era cómodo, alto, de caoba y vino tinto, suave al tacto y con unas bellas figuras caladas en las patas y posaderas de manos. Era para mí, el sitio más placentero de aquella casa. Al abrir las ventanas todo el aire perfumado por el jazmín y las otras flores entraba, y la brisa movía suavemente las inmensas cortinas. Las cortinas eran blancas caladas y a los extremos tenían una tela como el terciopelo de color vino tinto que hacía juego con los muebles. Del techo pendía la cenefa del mismo color. Si se abrían las cortinas la luz natural del sol entraba radiante, fresca, limpia y uno podía ver hasta el final del jardín. Todo preciosamente diseñado, con flores y plantas que hacían contrastes. En el jardín había un lago hermoso y en una de las esquinas una bellissima figura de un hombre desnudo que llamaban David.

Sabes, lo más curiosos de todo esto, es que Don Fidel decía, que había una de estas estatuas en Roma, y que lo llamaban el David de Miguel Ángel y que era inmenso.

_Yo me reía, pues me imaginaba si era inmenso, como sería suuuu tuu sabes..... Cuando se lo decía a Zula, me decía, ¿cómo será eso? _Y nos moríamos de risa.

Ese jardín era bellissimo, tenía lugares sombríos, con algo de sol por las mañanas, tras un muro de piedra estaban las Azaleas, los rododendros, las camelias, las hortensia, los brezos y una palmera. También había plantitas muy delicadas al frío, éstas estaban cerca del muro, aunque éste estaba orientado al Norte, para que se encuentren menos expuestas al frío, ya que el muro acumulaba calor durante el día y lo cedía por la noche.

Recuerdo una vez que Doña Camila dijo, que estas plantas habían sido agrupadas de acuerdo a su demanda de agua, media o poca necesidad. Por ejemplo, en los bordes del césped planta las que necesiten más agua. Si plantas un rododendro junto a un laurel, al no tener las mismas necesidades de agua el riego no será lo más correcto; el laurel recibirá un exceso de agua que no necesita. Hay que evitar, decía Doña Camilla las plantas tóxicas por ingestión de sus hojas, flores y/o frutos en zonas de los juegos de sus nietos. En una fachada blanca o de colores claros, esas notas de color resaltaban bastante. Los bancos del jardín, estaban rodeados de vegetación. Había unas plantitas muy suaves al tacto de textura agradable y que Don Joao llamaba, Salvia argétea, pero también había Verbasco, Helechos, Artemisa, Amaranto y Cresta de gallo.

En el porche cultivaba arbustos de hoja perenne para que siempre estuvieran vivas. Por ejemplo: Laurel, Durillo, rosas etc. Sobre las blancas paredes de la biblioteca había varios retratos de la familia, bisabuelos, abuelos, hijos, nietos y cada fotografía tenía un rectángulo pequeño donde se ponía el nombre y la fecha de nacimiento o de muerte del fotografiado. Allí me enteré que don Fidel y doña Camila eran primos. Pues eran hijos de dos hermanos, Don Herman y Don Charles. Por la parte paterna Don Fidel procedía de españoles catalanes y por la parte materna de alemanes.

Yo no entendía entonces el color de El Indio. A lo mejor era un recogido de la familia. Y yo me repetía en mis adentros, este tipo si tuvo suerte.

Bueno mi amable diario, te dejo, hoy voy a la casa de los ricachones, voy a ayudar a mamá. Ya sacaré tiempo otro día. Lo malo es que cuando escribo tengo que recordar todo lo que me pasó y por eso me tardo tanto, pues a veces escribo y borro, cuando veo que no era eso lo que quería decirte.

_SOR Tre3sa a tomaba a sorbo su vino mientras leía y a veces sonreía.

2 de julio

Querido diario.

Cada vez que puedo me escapo para escribir en ti, hoy es Julio 2, tengo varios meses sin escribir. Pero te diré que:

Cada vez que puedo me escapo hacia la biblioteca, siento una inmensa atracción por aquel sitio. Un día, mientras leía plácidamente en uno de los sillones de la biblioteca, oí que abrieron la puerta, el miedo se dibujó en mi cara al oír la risa de Doña Leticia, así que como pude me deslicé debajo del escritorio y me quedé calladita. Si me descubrían aquella mujer allí, lo más seguro era que me sacara por los cabellos. Doña Leticia, cerró la puerta y le pasó suavemente la cerradura. Sentí pánico, estaba encerrada, y sin que mi madre supiera el sitio dentro de aquella inmensa casa, donde me encontraba. Comencé a sentir miedo, y mi vejiga se repletaba de orine. Necesitaba pensar y pronto, pensé, que Mamá sabiendo mi debilidad por las novelas seguro me iría a buscar a la biblioteca. Traté de incorporarme pero oí un ruido y apenas pude inclinarme. Allí estaba Doña Leticia y don Fidel, ella se abrazaba de su cintura. El viejo permanecía con los ojos cerrados en un largo sofá y ella estaba de espaldas a mí.

Así que ninguno de los dos podía verme. El viejo la apretaba contra sus muslos. No sé cuánto tiempo estuvieron en esa posición, pues yo me metí debajo del escritorio hasta que se fueron. A partir de aquel momento comencé a sentir miedo de los dos y lástima por Doña Camila. Doña Leticia era piel canela, no tan blanca como Doña Camila, pero si muy hermosa y más joven. Era alta, elegante, de cabellos lacios y finos, y muy bien hablada, como decía Don Fidel. Su piel parecía cuidada por los propios ángeles y vestía impecable. Siempre se le veía hermosa y radiante.

Aquella casa era para mí como el cielo prometido, trataba de leer todo lo que se me ponía al paso, pero lo que siempre me ha gustado leer son las novelas. Aprendía que se clasificaban y aquellas bibliotecas estaban clasificadas. Al

Cornieles Díaz

principio me gustaban las novelas policíacas. Cuando hablaba con don Fidel me decía: por lo general la novela policíaca, es un tipo de relato en el que se narra la historia de un crimen, y cuyo autor se desconoce y en el que, a través de un proceso racional, y de la indagación y la observación llevada a cabo, por un detective, se logra descubrir al culpable o culpables. Al menos, esto era lo que se leía en las primeras páginas de esas novelas. Me fascinaba la figura de Hércules Poirot. Cuando veía a estos dos acariciándose, me acordaba de las novelas policiales, y me imaginaba a estos dos tramando matar a Doña Camila. Se me ocurrió comentárselo a mamá, y por poco me saca los dientes de adelante. De ello me quedó una pequeña fractura en el diente incisivo que de vez en cuando me hace pasar la lengua por allí, y quedarme como el sujeto del diente roto.

Mamá me repetía, ¡ve, oye y te callas!. Claro que veía, y veía bastante. Yo alimentaba mis ideas con las películas detectives. Tenía una colección de novelas de Ágata Christie, y por supuesto, toda la rabia de mamá, al verme gastar el dinero que ganaba en novelas, sobre todo las de Corín Tellado, que eran de amor, cada vez que podía, me leía una novela de estas, al fin siempre le quitaba el nombre a la protagonista y le ponía el mío.

Septiembre 18

Querido diario, no te pongas bravo conmigo por abandonarte durante tanto tiempo, pero solo tengo unos instantes. Hoy debo decirte que me agrada hablar con Don Fidel, él nunca me prohíbe tomar sus libros, y mucho menos me cuestiona lo que yo le digo de las novelas, que leo. Varias veces le oí decir a sus amigos mientras aquellos lo visitaban que yo era una esponja, y que le gustaba platicar conmigo. Suele pasarme la mano por la cabeza y suspira.

Don Fidel usa en su casa guayaberas blancas impecables, por lo fresca que ellas son. Siempre ha lucido una larga barba, que me hizo pensar al principio que era un sacerdote. No es tan bajito, pero tampoco tan alto. Tendría unos cincuenta años, creo yo, cuando lo conocí, su andar es elegante,

pero a veces se balancea al caminar. Dicen los sirvientes que tiene una pierna un poquito más larga que la otra. Sus ojos son inmensamente negros y a ambos lados de las sienes surgen unas canas que siempre se ven en su sitio. Yo creo que pudo haber sido muy buen mozo, pues aún se ve bien, debió haber tenido buen físico, y haber vestido con muy buen gusto. Doña Camila, luce alta, esbelta, y aún es muy bonita. Sus ojos son verdosos y luce una bella cabellera negra. Baila muy bien, pues cuando sus hijos y nietos vienen a visitarlos ellos la hacen bailar.

Tienen cuatro hijos. Cada vez que yo los veía juntos, recordaba unas palabrotas que decía mi padre, cuando quería referirse a una persona, "hijo e puta". Ambos ejercían un gran dominio sobre toda la familia. Cayfid, es el hijo mayor. Es tranquilo, sereno, yo no sé si calculador, y después viene Camilla Green. Cayfid mide a como 1.90 cm. de alto, y es de pelo ensortijado. Sus hermanas son tan altas como él, pero muy blancas. Cayfid no parece hijos de aquellos viejos, que a mi modo de ver, no debían haber engendrado hijo tan feo. O tal vez porque era muy moreno me parecía feo, no por lo moreno, sino porque era el polo opuesto de sus padres. A veces me parecía hipersensible, introvertido, tímido, ensimismado y malhumorado, incapaz de ser espontáneos o de "salirse de sí mismo."

Se mantenía al margen de las discusiones familiares y con ello cuando tenía que decir algo, ya lo había pensado bastante. Yo nunca lo vi como veía a sus hermanas, a mi me parecía que no servía para nada. Nunca lo vi, bailar o cantar, y siempre se auto compadecía de sí mismo. Me parecía envidioso, y siempre lo oía decirle cosas a Don Joao, sobre sus sueños, ilusiones y expectativas acerca de cómo debería manejarse la finca y los viñedos de Don Fidel.

Don Joao, el jardinero cuando lo oía mecía la cabeza y decía _-eso es poco realista-. Durante el tiempo que Don Fidel vivió, el tal Cayfid me parecía ineficiente, por eso le decía bueno para nada. De nada se ponía a la defensiva, y

Cornieles Díaz

era de poco hablar, y creo que hasta tímido, a pesar de ser el hijo predilecto de Don Fidel y el que supervisaba la finca y los viñedos, y el que más daño hacía a las mujeres que servían en la finca por haber engendrado al desgraciado del Indio.

Cayfid, era el padre del que apoyaban cariñosamente “El Indio”. , Cayfid hablaba haciendo unas muecas, que yo no sé si eran fingidas o si era para expresar su desprecio por la gente. Cuando hablaba hacía un ligero movimiento con los labios, y un suspiro, que si lo hubiera visto alguien en Cambural, la gente hubiera dicho que fumaba drogas. Su cara era regordeta y abotagada, sus labios gruesos y su cabello ensortijado, que muchas veces cortaba al rape. Todo lo contrario del Indio que dejaba caer su cabello liso pero fuerte sobre todo su rostro.

Cayetano el chofer, me decía a veces, cuando El Indio me mandaba a hacer algo, _ ese “coño e` madre “parece medio marico. A veces se enamora de cualquier vaina, sea hombre o mujer y le da hasta el rabo. Debía Cayetano tener mucha confianza en mí, pero de cualquier forma yo era como una tumba, no decía, ni repetía nada. Me repetía una y otra vez, que en boca cerrada no entraban las moscas. Cayfid, el padre de El Indio, debía su nombre al producto de la unión de los nombres de Camila y Fidel. En mi Cambural hacíamos competencias para poner los nombres más complicados que pudiéramos, al extremo de que era bastante difícil su pronunciación. Mis amigas casi todas tenían nombres combinados, y se burlaban del mío, diciendo que mamá era anticuada. Emperatriz, era un nombre demasiado anticuado, decían.

Octubre 28

Sabes mi diario, la semana pasada supe que Doña Camila tenía además tres hijas: Camila, las que llamaban Camilita, y las otras dos restantes eran Sara María y Verónica de Jesús. Sara María, era blanca de ojos grises, alta elegante y muy bonita, con una nariz respingada que siempre estaba perpendicular al suelo.

Verónica de Jesús parecía gringa, su pelo era muy rubio y sus ojos intensamente azules. Se habían casado en Norteamérica y se habían residenciado allí. Esas ni olían ni hedían. Casi nunca venían a Portobello, por lo general sus padres las visitaban en Norteamérica. Camilita, sí, venía con frecuencia, era alta, bonita, de pelo rubio y ojos verdes. Elegantísima, finísima como Doña Camilla, y ésta se desvivía por ella. Todo el mundo la encontraba parecida a su madre. El único que salió diferente fue Cayfid, que en nada se parecía a sus hermanas, ni siquiera en el trato, pero Don Fidel se desvive por él. Tal vez, porque su madre, Doña Camilla, era más el tiempo que pasaba en sus propiedades de Norteamérica que en el país, e igualmente sus tres hijas hembras, las cuales se casaron con gringos y muy pocas veces venían al nuestro como ya te dije. Don Fidel iba a visitarlas de vez en cuando, pero por lo general Don Fidel siempre tenía una excusa para no ir.

Al casarse Camilita se fue también a los Estados Unidos. Visitaba con frecuencia a Don Fidel, aunque ella no deseaba estas visitas, por la forma de comportarse cuando venía. Todo le hedía. Camilita estaba casada con un hombre norteamericano, altísimo, de ojos inmensamente azules, y tenían dos niños. Ellos Vivían en Norteamérica y cuando venían yo solía preguntarles los nombres de las cosas en inglés a los niños. -¿Cómo se dice silla, cómo se dice mesa, cómo se pregunta el nombre?-

Los muchachitos siempre parecían de mal humor. Camila amaba todo lo gringo y Cayfid lo odiaba, así que si queríamos ver un torneo de discusión, bastaba verlos juntos. Así solamente Cayfid hablaba.

Camilita y su hermano mayor cuando se encontraban vivían de punta, como decía Doña Camila, cada uno peleándose por el mejor sistema de gobierno. Camilita, tenía como apodo Green, por sus ojos verdes. Desde que se casó adoptó la nacionalidad estadounidense y sus hijos al cumplir los dieciocho años lo harían también, según decía ella. Es que no aguanto este país de mierda, decía a cada rato, y peor si leía la prensa.

Cornieles Díaz

_Aquí todo problema tiene su asiento, repetía.

No he venido nunca que no haya una cosa nueva que sirva de soporte a mis deseos de quedarme. Cuando no es la naturaleza echando broma, es el gobierno echando vaina, o los ladrones, o los corruptos. Ya no hay por donde caminar, que no te tropieces con buhoneros, asaltantes o cuanta porquería se da en estos países subdesarrollados. A cada grito de Camilita, le sucedía uno de Cayfid, si no te gusta el país vete. ¡Go home!

Esto se lo reía don Fidel.

Doña Camila vivía intercediendo entre los hermanos. Cada uno se acusaba de apátrida y de enamorarse de las cosas ajenas. Cada palabra que utilizaban me obligaba constantemente a buscar en el diccionario, pues mi pobre español aprendido entre la casa y la escuela, me impedían ir más lejos. Camilita Green, se vanagloriaba de conocer el mundo, de haber salido de la circunferencia de su hogar y de su tierra. A veces todos sus ejemplos eran de otros países que había visitado, y nunca de algo que yo pudiera haber conocido aunque hubiese sido en el mapa. Sin embargo, yo comenzaba a darme cuenta de que poco a poco iba incorporando nuevas palabras a mi vocabulario, y casi podía repetir lo que decían de otros países.

_Si yo lo contaba igualito y la gente a quien yo le hacía referencia sobre ello, pensaba que yo había visitado esos países.

Noviembre 20

-Hola mi diario querido.-

Te veo un poco desordenado, así que trataré de arreglar tus hojas. Voy a decirte que al acompañar a mamá a planchar o a limpiar en aquel caserón, veía y oía, mientras hacía cualquier actividad como doblar la ropa que mamá planchaba, o

exprimía el colete, o pasaba la pulidora o desempolvaba la alfombra. A veces, un empujón de mamá me sacaba de mis pensamientos.

_Muchacha del carajo, viniste a ayudarme o a estar viendo para el cielo.

La verdad que me entretenía viendo como Don Fidel y Doña Camila se colocaban frente a frente en una mesa que decían era de mármol tramontano, aunque no recuerdo bien, si decían tramontano o tramontino. Ellos colocaban un gran globo terráqueo y lo hacían girar, donde colocaban el dedo, comenzaba la discusión, sobre escritores y novelas de esos países, o recordaban sus vacaciones en esos lugares. Nunca los vi pelearse, pero tampoco eran amorosos más allá de lo normal. Mamá decía, así son los ricos, se tratan sin mucha carantoña. De tanto decírmelo llegué a desarrollar el mismo sentimiento. Yo quería parecerme a ellos. Así que no debía mostrar mis sentimientos. Si algún día llegara a ser como ellos, debía ser fría, distante, racional, lógica, como cada vez más oí decir a Doña Camilla a sus hijas.

Cuando se juntaban y hablaban de sus viajes me agradaba pues así me fui enterando poco a poco, no sólo de cómo se llamaban los lugares, sino también de sus escritores, de sus historiadores, de novelas famosas y de los principales sitios que se podían visitar en esas regiones. Cuando hablaba a mis amigos, cualquiera diría que había visitado esos sitios.

Cuando yo repetía eso en Cambural, las muchachas decían

-¡CARAJOS! tú sí sabes. -

Estas gentes por lo general hacían una siesta de 2 a 5 p.m... La llamaban siesta, para mí, _ era irse a dormir, pero dejaban el libro que estaban leyendo en un sofá. Este sofá era sabroso, estaba conectado a un enchufe, lo encendían y recibían masaje en todo el cuerpo. Muchas veces me aprovechaba de este sofá, sobre todo, durante la hora de la siesta yo me balanceaba en el sofá y me

Cornieles Díaz

aprovechaba del libro que estaban leyendo, así que usaba ese tiempo y me bebía el libro, como por ejemplo, leí, “Memorias de una Geisha”, “El Código de Davinci”; “La casa verde”, “El palanquín de la lágrimas”, Crónicas de un mundo enfermo, así que cuando cumplí los 19 años podía hacer una gran síntesis de todo lo que había leído en aquel sofá a escondidas de Doña Camila y de Don Fidel.

Pude aprender como este tipo de lectura se le llamaba género narrativo y como ello había diversos relatos que se pueden desarrollar en el presente, en el pasado o en el futuro, así como temas de aventuras, romances, aspectos de la vida humana entre otros. Ello me permitió entender como clasificar estas novelas: bucólica, satírica, psicológica, sentimental, policíaca, ciencia ficción etc. De estas últimas leía todas las que podía. No sé si Don Fidel llegó a darse cuenta que me leía las novelas que él dejaba sobre el sofá, pero nunca me las escondió, al contrario, se hizo mi cómplice, dejando siempre una novela nueva en el sitio donde podía fácilmente tomarla.

Don Fidel decía muy a menudo, que la palabra "novela" en el castellano del siglo del oro mantuvo su acepción original de relato breve, y agregaba además, que en este sentido la utilizaba Cervantes. Para aquel momento yo desconocía a Cervantes, y no lo asociaba con ningún visitante de la casa y las novelas que conocía eran las de la radio y después las de la televisión.

_Recuerdo que una vez me dijo Don Fidel:

_Emperatriz, como te gusta tanto el género de la novela, te voy a regalar una muy bella, llamada Doña Bárbara. –

Yo me imaginaba a la tal “Doña Bárbara”, como Doña Camila. Pero esa imagen desapareció un poco, cuando vi que esa novela la estaban pasando en el cine, con una artista muy bella, llamada María Félix, y después la pasaron por la

TV, con una artista llamada Marina Baura. Con el tiempo supe que esta era una de las novelas más famosas de un escritor venezolano llamado Don Rómulo Gallegos. Leí una nueva novela de él llamada La Trepadora”, y si me había identificado con Marisela, ahora también con Victoria Guanipa, porque yo me convertía cada día en una aspirante a trepar cada vez más alto. De Gallegos, así como si fuese mi panadería burda, como me acostumbré por Don Fidel, solo pude leer estos libros después de cinco años en aquella casa, pero igual me pasó con un tal Cervantes. Imagínate, cuando limpiando la biblioteca de Don Fidel encontré a “Don Quijote”, y por fin supe quien era, pues Don Fidel lo nombraba mucho. Me reí mucho al pensar que yo había creído, que uno de aquellos huele fritos que visitaba a Don Fidel fuese Cervantes. Don Fidel me habló de él y de Sancho, y los quise a los dos. Amé esta novela y quería tener un ejemplar para mí.

Un día, mientras estaba embobada leyéndolo, Doña Leticia, entró a la biblioteca y me vio arrellanada en el diván. Yo tenía sobre mis piernas lo que ella llamó la edición de lujo del Quijote. Me puse blanca, pues la mujer abrió los ojos como una vendedora de prendas, y casi me lo arranca de las manos. Yo simulé que lo estaba limpiando, y con una voz gruesa y chillona a la vez, me hizo jurar que no volvería a tomar aquel libro, ni volvería a sentarme en aquel sillón. Me repetía una y otra vez, que yo no sabía lo que estaba limpiando y lo podía destruir. Sus gritos fueron tan fuertes que mi madre que se encontraba limpiando los vidrios de los amplios ventanales corrió hacia la biblioteca. Allí estaba yo, de pies, temblando y sin pronunciar palabra, y con unas ganas inmensas de orinar. La mujer puso el libro de nuevo en su sitio, y le dijo a mi madre que tuviera más cuidado conmigo, que si destruía aquella obra, su cuñado se pondría furioso. _Ese ejemplar fue un regalo que le fue dado a mi cuñado repetía con una voz chillona, por un embajador español al cual tuvo la oportunidad de conocer en una fiesta en la embajada de Chile.

Cuando la mujer salió de la biblioteca los ojos de mi madre se clavaron en mí, sentí que me agujereaba la piel, me tomó por una oreja y me sacó a

Cornieles Díaz

empujones de allí. Lamenté mucho no poder terminar de leer el libro, pero estaba segura que si algún día podía tomarlo de nuevo, lo tomaría, yo no era muy respetuosa de los juramentos, pues aún no había hecho ni siquiera la primera comunión. A medida que leía, sentía mayor curiosidad por ser una persona culta, como decía Don Fidel, y hacia ese sitio fijé mi objetivo de vida, y en ese ovillo giraba mi existencia .

Diciembre 22

Te estoy escribiendo con retardo, pues muchas veces el tiempo se me va, pero debo decirte que la oportunidad de volver a tomar “El Quijote” , la tuve para las pascuas, Don Fidel y Doña Camila se habían ido de viaje para New Yérsey , donde vivía la terrible de Camilita Green. Cayfid quedó encargado de la casa. Como no sabían cuanto tiempo tendrían en esa ciudad, Cayfid quedó encargado de recoger todo hasta la vuelta de los viejos. Así que mi mamá se las arregló para demorarse una semana, no para que yo leyera, sino porque eso le aseguraba una mejor paga, pues le pagaban por día. Además, podíamos comer durante una semana sin gastar su sueldo.

Mi curiosidad me llevó a tomar de nuevo la edición de lujo de “El Quijote”. Este es un libro bastante grueso, y pesa, lo metí en una mochila que tenía por cartera, el libro por supuesto, sobresalía, y mi madre me descubrió y casi se muere de un infarto. Devolví el libro a su puesto, pero sentí mucha nostalgia. Aquella biblioteca era grande, había novelas sobre viajes fabulosos, novelas amorosas, novelas satíricas y novelas bizantinas o de reencuentro. Todo ello lo he ido aprendiendo con el tiempo. Cuando digo esta clasificación no era porque la supiera, sino porque así estaban clasificadas en los estantes. Al menos eso era lo que se leía en la primera hoja. Yo me traje un grupo de ellas a escondidas de mi madre, sobre todo las más delgaditas como “El Sombrero de tres picos” Estoy segura que si se hubiese enterado me hubiera matado.

Te digo querido diario, que un día “el bueno para nada” de Cayfid, habló de irse a su finca, cosa que oí entre la gente del servicio, pensé que era lo mejor que me podía ocurrir.

Me alegré mucho cuando Cayfid dijo a Mamá,

-¡Ay Guga! – Como le decían todos cariñosamente. Los viejos se van a quedar un tiempo más en el norte. No sé qué pasó por la mente de mi madre, pero para mí que se quedaran todo el tiempo que quisieran mientras nos permitieran venir a la casa. Enterada de esta decisión, empecé a registrar la biblioteca a mis anchas. Me fui a las novelas, descubrí una que decía la Ilíada. Eso me sonó a hilo, y creí que era una novela de tejidos. Y como allí hablaban de tejidos españoles yo quise leerla. Y la otra era Odisea y ambas tenían el mismo autor: Homero, y a medida que las leí, pude darme cuenta de su origen, eran novelas griegas. Y supe de inmediato que se referían a novelas escritas en las islas griegas que tanto mencionaba Don Fidel, como cuna de la humanidad. Aunque para ese momento ni siquiera podía catalogar lo que significaba “de la humanidad”. En mi pobre cabeza, la idea de una cuna inmensa para tanta gente, no cabía.

Cuando me encontraba en la amplia biblioteca, ponía mi dedo índice en un lugar del estante y lo iba pasando en línea recta sobre el borde del mismo. A medida que recorría el estante con la punta del dedo, pude ver que las obras seguían como una misma dirección, la aventura. A medida que las leí descubrí que son novelas griegas, y por lo general en muchas de ellas encontraba la historia de una pareja de jóvenes (enamoramiento, boda, fuga), separación (en un viaje arriesgado a causa de naufragios y piratas), reencuentro de los enamorados (que han sido fieles a pesar de las dificultades) y siempre tenían un final feliz. Por supuesto, casi me tenía que sentar en el suelo, pues “el bueno para nada de Cayfid”, recogía todo cada vez que la familia se iba de viaje, de tal manera que ni la silla del escritorio del viejo se salvaba.

Cornieles Díaz

Las alfombras fueron recogidas y sobre los cuadros hicieron que mamá pusiera sábanas, lo mismo que sobre los estantes de la biblioteca. Toda la casa quedaba como cerrada, no me importaba el resto de la casa, pero sí, la biblioteca. Dentro de mí pensaba que eso lo hacía Cayfid, para que nadie del servicio usara la casa. Así que mientras mamá se las arreglaba para pasar más tiempo en la casa, yo me las arreglaba para pasar más tiempo en la biblioteca. Sabes, a veces pienso, que uno debería tener una vida larguísima para poder leer todo lo que los autores de libros publican, pero sobre todo novelas, ellas me encantan.

Uno de estos estantes dice, narrativa medieval, novelas caballerescas y otras sentimentales. A mis diez y seis años soy una experta en novelas. Nunca he ido al bachillerato, pero estoy segura que se más de novelas que cualquier bachiller. Recuerdo que una vez Don Fidel me habló sobre la novela del Siglo de Oro, de la novela pastoril y de la novela picaresca. De éstas, había un ejemplar en la biblioteca llamado el “Asno de Oro,” y Junto a ella estaba otra que se llamaba Garantúa y Pantagruel de Rebeláis. Trato por todo los medios de memorizar como se escriben esos nombres. Siempre pongo una marquita en los libros para darme cuenta por donde he revisado, así que durante esta semana me he dado cuenta que hay una novela que la llaman morisca, como la Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa.

Cualquiera me tomaría como una experta, pero realmente de lo único que puedo hablar es sobre novelas y gracias a que Doña Camila se quedará dos años en los Estados Unidos, y Don Fidel se fue a recorrer Moscú, mi madre fue contratada para venir todas las semanas a limpiar el polvo de esta casa, así, puedo recrearme en una biblioteca que se me antoja para mi sola. Además te diré, Doña Leticia se fue de viaje no se para que sitio, así que de aquella aburrida mujer también me he librado. Ese tiempo ha sido muy valioso, pues me he dedicado a mantener a raya la biblioteca. Retomé al Quijote, por esta obra he llevado muchos regaños, y haladas de crinejas, porque comencé a leerla y ya no quiero parar, y eso le resta ayuda a mi madre. Con esta novela me río, pero

lloro también. Me he tardado mucho en leerla porque es una novela muy gruesa. Por las noches sueño con el Quijote, hasta que un día vi la película donde lo representaban como un hombre huesudo, horrible y medio tostado. Hasta allí dejé de representarlo en mi mente como mi salvador.

Te diré que estamos en navidad. Esta gente a la cuales le servimos ama otros países, recuerdan siempre las navidades españolas, holandesas, alemanas, y siempre procuran pasar en un país distinto sus navidades. Así que los años que mi madre ha servido a esta familia y los viajes que estos hacen me sirven para instruirme con las novelas, o para imaginarme visitando a esos países. Casi que puedo hablar de cualquier cosa que de alguna manera se reflejara en las novelas, no importa si son las que pasan en la TV o las que leo en la casa de Portobello.

Reconozco en todas las gentes los personajes sobre los cuales he leído, y puedo hablar de ellos, o identificar a una persona y decir que se parece a tal o cual personaje de una novela que ya he leído. Así que cuando en una oportunidad me tocó llamar sádico al indio, lo hice sabiendo lo que decía, y me pude dar cuenta, que existían novelas donde los personajes tenían determinadas características, y según Don Fidel las llamaba psicológicas. Leí sobre alguien que llamaban Marques de Sade. ¡Ese era loco!.

Empecé a amar a Don Fidel, o tal vez a admirarlo, _ ¡sabía tanto!, pero no para que fuese mi esposo, no, no, es que me parecía que sabía tanto, y como siempre le hacía tantas preguntas y él siempre estaba presto a contestarme, lo estimaba mucho. Cuando salían de viaje, me entristecía, pues era difícil encontrar con quien hablar en aquel caserón. Siempre la gente ocupada, los criados de un lado para otro, y mi madre o Don Joaquín,” no tenían tiempo para oír pendejadas”, como decían ellos, cuando yo trataba de hablarles. En Cambural las muchachas de mi edad, estaban casadas o arrejuntadas y con un poco de muchachos, me oían un ratico, pero después me decían: tengo que lavar, cocinar, hacerle comida al marido, total, no tenía con quien conversar sobre estas cosas.

Cornieles Díaz

Me encantó un día, cuando Don Fidel me dijo: Emper, te voy a prestar el Cándido de Voltaire y los Viajes de Gulliver, y si te gusta también te seleccioné el de Robinson, Crusoe de Daniel Defoe. Así que tendrás material de lectura mientras viajo con Doña Camila. Acepté feliz, pero al salir de la amplia biblioteca, lo oí decir a Doña Camila, que así se aseguraba de que sus libros permanecieran en orden y que yo no los desordenara. Eso me entristeció.

_Me parece, bien dijo la Doña, pero es que has exagerado la confianza en esa niña. Ella viene a ayudar a la madre, no a culturizarse.

Era la primera vez que oía aquella palabra, y estuve registrando cuanto diccionario había para saber que había dicho aquella mujer. Don Fidel, la miró, y unas arruguitas se le hicieron en el borde de los ojos al tiempo que dijo:

_Si todos los niños fuesen como Emperatriz, este país fuese otra cosa. La admiro en el fondo de mi alma. Eso prueba que dinero no da materia gris, le dijo Don Fidel a su esposa y le recalcó.

_Lo que Natura no provee, Salamanca non da.

Te digo querido diario, si la palabra cultura me impactó, ese dicho fue peor. Estas palabras estuvieron girando en mi cabeza a lo largo de todo el día. Pasamos casi dos meses cuidando la casa y casi dos meses de alegría para mí. Terminé el Quijote, pero te juro que algún día lo vuelvo a leer.

Febrero 4

Hoy 4 de febrero me enteré del regreso de los Terwer. Me hubiera gustado que Doña Camila y Don Fidel no hubieran vuelto jamás, y que nos hubieran declarado cuidadores de por vida de aquella casa, ya que a pesar de que Cayfid, hablaba tan mal de los norteamericanos y vivía soñando con una guerra contra el imperio, y decía que todo imperio tiene un nacimiento, un desarrollo y su muerte, precisamente por visitar los viejos el imperio, yo podía aprovecharme de leer mis novelas, podía disfrutar de sus libros sin temor a que

la horrorosa Doña Leticia me los quitara. Regresaron ayer, pero no se quedaron en casa, oí que se irían por una temporada a Alemania, a arreglar un problema de una herencia. Vinieron solo a buscar documentos y a legalizar otros. Por mí, que se vayan para siempre, bueno, bueno, me hace falta Don Fidel, porque es la única persona con quien se puede hablar en esta casa.

Marzo 19.

! Oh ¡Mí querido y adorado diario,-

Ha pasado un tiempo sin escribirte, pues estoy aprovechando de leer todo lo que pueda, mientras trato de ayudar a mamá también. No puede ser que no la ayude, aquí hay demasiado trabajo, y estos pichirres, con el cuento de que le tienen confianza a mamá no contratan a más nadie. Pero sabes, los dueños de nuevo no están en casa, y yo estoy me estoy beneficiando. Sólo dejo de aprovecharme cuando viene, el bueno para nada de Cayfid, que siempre está pasando revista, como si estuviéramos en un cuartel.

Hoy, me caí tratando de ver un cuadro muy hermoso que tienen sobre una de las paredes de la biblioteca, aunque hay muchos por el palacete. De éste dicen que es una copia de una pintura de un señor llamado Dalí, y que es su visión de una guerra que hubo en España, y la llaman “El Guernica”. No puedo describirlo muy bien. Pero voy a tratar de hacerlo. Fíjate que:

De derecha a izquierda hay una mujer como desesperada, gritando de dolor dentro de una casa que se está cayendo y ardiendo. A su izquierda dos mujeres más, la de la parte superior asoma por una ventana y lleva en su mano una lámpara. Una vez oí decir a Don Fidel, que eso simboliza la luz, que ilumina los desastres causó la guerra.

La otra mujer sale de la casa arrastrándose en su agonía. En el centro hay un caballo, retorcido sobre sí mismo y mostrándonos una espuela; su boca abierta

Cornieles Díaz

y su lengua-lanza parece que viera los acontecimientos. Hay un sol como opacado por los tiroteos. También hay un pájaro que aletea. Debajo del caballo hay un muerto.

Hay un toro también que mira la escena sorprendido y desconcertado y, a su lado una visión terrible: una madre abrumada por el dolor lleva en sus brazos el cuerpecito de su hijo muerto mientras mira al cielo adolorida. El cuadro es en blanco, negro y gris.

Aquí hay muchos cuadros, pero no tengo mucho tiempo de verlos todos. Revisé este por que Don Fidel lo he visto muy triste cuando lo observa.

Hoy recordé a Don Fidel, pues tratando de ver el cuadro me resbalé y caí, pero no pasó de un susto, así que ni se lo conté a mamá.

Recordé que en una ocasión, mientras Don Fidel se paseaba por el jardín me monté sobre uno de los sillones de la biblioteca para tratar de alcanzar una obra, como decía él, que decía Romanticismo: Siglo XIX. Al tratar de alcanzarla resbalé y caí al suelo golpeando fuertemente mi brazo. Sentí un dolor agudo que corrió todo mi cuerpo y unas manchitas de sangre en el suelo me decían que algo me había roto. Ante el ruido mi madre entró, una mezcla de angustia y miedo cayó sobre mí. No me haló de mis cabellos, porque de algún lado me salía la sangre.

_ Mamá me paró del suelo, mentaba la madre al compás que decía, _muchacha del carajo, yo no gano para susto, ¿qué carajo hacías que te caíste?

No me atrevía a hablarle, estaba blanca del susto, y con fuerte ganas de orinar, más me asustaría si llegaba a registrar mi mochila y encontraba allí una novela llamada “Papillon“ y otra llamada “El Siglo de las Luces”, pues era viernes y pensaba que entre sábado y domingo las leería.

Mamá me llevó al pequeño baño de la amplia biblioteca y me lavó la cara. Tenía un buen rasguño en el cachete derecho.

_Allí cabe un punto dijo mamá.

No sé qué demonios hacías encaramada allí, no sé hasta cuando voy a tener que soportarte la tentación de esos libros.

Allí tienes, una marca en la cara, ¡ojala! Se te cure bien, mira que las presas de la cárcel, son las que tienen rasguños en la cara.

_Me ericé, me dio miedo y quise llorar. Me veía con la cara rota y quizás nunca se borraría el rasguño. Pero bueno, con el tiempo, el rasguño se curó sólo, y la gente que me lo veía me decía que hasta me lucía bonito, pues allí se me hizo una especie de hoyito, que al reírme se pronunciaba más. A pesar del golpe, no dejé de entrar a la biblioteca.

Marzo 11

_Sabes diario, de Alemania don Fidel viajó con su esposa a New Jersey, pues Camilla Green había dado a luz mellizos y ellos estaban apoyándola, como decía doña Leticia. Dicen que se quedaran hasta navidad. Don Fidel dejó varios libros a mi alcance. Tomé el libro que había causado mi caída. Leí su carátula: “El Siglo de las Luces”, yo me imaginé que era una época de muchos bombillos prendidos por todas partes, hasta que leí la obra. Fue extraordinaria y por primera vez comencé a avergonzarme de mi ignorancia, y más me dolió cuando te debo confesar que dejé un grupo de novelas sin leer, pues estaban o en francés, inglés o italiano. Por ejemplo una que se llamaban La Divina Comedia de Dante.

Estaba casi saliendo de mi adolescencia, sentía que algo había entrado en mi cabeza y no quería salir. Luchaba contra lo que descubría y lo que yo había pensado que eran las cosas.

Cornieles Díaz

A medida que leía comencé a clasificar mis novelas, así al final de mis 16 años podía decir sin lugar a dudas que podía identificar las novelas y sus temas, y que había ganado muchas palabras en mi vocabulario, que dejaba atrás a cualquier muchacha de Cambural. Un día me encontré hablándoles a mis amigas de Cambural sobre la novela bucólica o pastoril. Ellas creían que cuando me iba con mi madre era para ir al liceo, y por supuesto nadie imaginó que en ese momento no había pasado del sexto grado. O mejor dicho sí, pues, me inscribí en el primer año de un liceo nocturno dos veces. Les decía a mis amigas que estas novelas idealizan a los personajes, y al ambiente y se describen amores muy tiernos y delicados, y al hablar de ellas también yo soñaba con casarme con un hombre que me quisiera, que me amara, que se volviera loco por mí., pero sobre todo que me sacara de Cambural. Generalmente reemplazaba la protagonista por mí, y siempre terminaba arreglando la novela para que me fuese favorable.

Con la ayuda de Don Fidel entré al liceo por primera vez, después de un cierto tiempo, conocí a uno de mis profesores, el profesor Diego. El dictaba el curso de Biología. No tan alto, elegante, buen mozo, inteligente y muy agradable. Sentí desde el principio una gran atracción por él, tanta o más fuerte que la que sentí por el chofer del autobús, él cual a pesar de ser un hermoso recuerdo, no pasaba de allí. Evocaba con cariño una vez, cuando estando concentrada en un trabajo que debía entregar sobre literatura, él se me acercó por detrás del pupitre y me dijo:

-_ Buenas noches señorita.-

Eso fue suficiente para enamorarme perdidamente de él. Salimos varias veces a comer helados. Me besó por primera vez, y la cual también fue mi primera vez, sentí que las penas me flaquearon, una saliva dulcísimo copó mi boca, no podía pronunciar palabra alguna, y sentía como que mil pajaritos revoloteaban en mi cabeza. La sensación más maravillosa que yo pude haber

sentido jamás, y ningún beso posterior pudo superar la magnitud de este beso. Fresco, limpio, virginal y ardiente. Diego fue decente, amoroso, respetuoso, jamás se sobrepasó conmigo, y yo lo amé, como sólo se ama una vez, como adolescente, como niña, como mujer. Aunque nunca me propuso nada irreverente. Yo empecé el primer año nocturno, en mi salón estudiaba Marínela, mi amiga del bachillerato que recién iniciábamos. Cuando yo le dije que me gustaba el profesor, ella me dijo:

_Él tiene su novia, no te hagas ilusiones, yo le he visto en el cafetín del liceo cuando ella lo viene a buscar en un mustang. Sé que es su novia por que los he visto besarse.

_No le di mucha importancia, al fin en Cambural había muchachos con tres y cuatro novias al mismo tiempo. Yo quería casarme bien, y esta era una oportunidad, un profesor, no se encontraba cada rato. Soñaba con él, me desvivía por ponerme bonita para él.

Recuerdo que una vez vi un poema de un poeta llamado Ochaita, y se lo escribí

Aquello puede acabarse
Del modo que te convenga
Yo te prometo colgarme
En el pescuezo una piedra
Y echarme de noche al río
Sin que tú mismo lo sepas-

Don Fidel me decía al verme maquillada, ¿para qué te adornas tanto Emperatriz?, si tu eres una niña bella, joven e inteligente. Entonces yo sacaba mi papelito y le leía el poema. Él me lo celebraba riéndose.

No pasó mucho tiempo en hacerme novia de mi profesor, o por lo menos eso fue lo que yo entendí. Lo soñaba, le hacía versos en silencio. Me compré una

Cornieles Díaz

libretita y allí copiaba los versos más bellos, de Nájera, de Pérez Bonalde, de Neruda, de Bécquer, todos dedicados a mi profesor.

Recuerdo uno que decía

¿Por qué al mirarme en tus ojos
Sueños tan bellos me forjaría?
Mira. ¡Mírame mil veces más!
Después de probar tus labios
Vivir sin ellos ya no podría;
Besa, ¡bésame a mi nada más!.

Su autora era María Greever.

Le pedí a mi profesor que fuese a mi casa, y él lo hizo, sólo que me visitaba veinte o treinta minutos los días domingos y se iba. Yo comencé a conformarme con ello. Siempre me decía que tenía que estudiar, porque aún no se había graduado en la universidad. Varias veces lo invité a fiestas en Cambural, iba, pero nunca bailaba conmigo, ni hizo nada para identificarse como mi novio. En oportunidades bailaba con las demás muchachas, pero jamás conmigo. Cuando eso llegó a oídos de mamá, me dijo, con una cara de no mucha aceptación:

_O ese carajo lo que busca es ponerte una barriga, o está casado, o tiene novia. _Yo no creo, que ese tipo, con carro, estudiante de la universidad, donde hay tantas mujeres, se va a ser novio tuyo. _Mucho cuidado, me repetía a cada instante.

Un día, sin querer, me enteré en el liceo, que estaba preparando todo para casarse. Quizás esto fue lo peor que me pudo pasar. Ese día sentí que todo el universo se me vino encima. Me sentí humillada, ultrajada. Disimulé delante de mamá, pero realmente no comía bien, y casi todos los rincones de

Portobello, fueron testigos de mis lágrimas. Aquello se notó rápido, adelgacé, me retiré del liceo, y ya no me sentía tan alegre. Dejé de ir a la biblioteca, y eso lo notó Don Fidel. No le pedí explicaciones a Diego ni él me las dio. _Yo sentía que mi objetivo se iba leeeeeeeeeeejos.

Agosto 30

Querido diario, tengo varios días que no te abro, pero me sentía demasiado triste para escribir. Pero siempre te limpio y te mantengo bajo llave. Me ha dolido mucho el alma durante este tiempo. No deseo escribir, ni hablar con nadie. El mismo Cayfid, se la pasa preguntándome sobre lo que me pasa. Pero nadie me puede ayudar. Hoy me he sentido mejor, me enteré que viene Don Fidel, y la casa es un barullo. Por eso he vuelto a ti. No quisiera poner la fecha más, para no sentir si te vuelvo a dejar que el tiempo que dejo sin hablar contigo me duele mucho. Sabes No he vuelto a ver a Diego personalmente, supe que se casó con su novia, una estudiante de psicología. Una vez lo vi por la televisión entre los estudiantes que salían a Europa a realizar postgrados en biología y botánica, al menos eso fue lo que dijo el noticiero. Me dolió el alma, me dolió la vida, el mundo se me puso al revés.

Recordé un poema de Pablo Neruda, que siempre estaba en el escritorio de Don Fidel.

Amor perdido y hallado
Y otra vez la vida trunca
¡Lo que siempre se ha buscado
No debiera hallarse nunca!
Uno se cansa de amar...
Uno vive y se ha de ir...
Soñar ¿para qué soñar?
Vivir... ¿Para qué vivir?

Cornieles Díaz

_Sentía la piel del fracasado, pero no estaba desanimada. Creía en mí, en mi tesón y nadie me iba a quitar el objetivo de mi vida. Cuando mi madre se enteró de lo que había hecho Diego fue al liceo, no sé si habló con Diego. Pero lo que sí se, es que fue mi mejor amiga en ese instante. No me reprochó, lloró en silencio conmigo. Y un día, mientras hacíamos unos pasapalos que nos habían encargado, me dijo:

! Adelante!,

_no todo está perdido.

_Olvida y avanza.

La vida se encargará de colocar a cada quien y a cada cual en su justo punto.

Y desde ese día comencé a recuperarme poco a poco, aunque el dolor del alma, me quede para siempre. Yo creo que es muy difícil que las heridas de amor se cierren. Casi ni quería ver a mis amigas de mi barrio, me sentía avergonzada. Al fin, yo pertenecía a aquel grupo, no era diferente a ellas. Estaba condenada a casarme con uno de mi arrabal, y me resistía. A veces pensaba que lo que me había pasado era castigo de Dios, por haber dejado a Joaquín. Mamá me decía,

-Hoy estuvieras casada, con tus hijos y feliz con Joaquín.

_Pero no quería a Joaquín, no quería ser un ama de casa, lavar y cocinar, quería ser profesional, quería estudiar, quería casarme bien. No quería ser como mis amigas. Me preguntaba por las noches si no tenía derecho a soñar, a estar bien, a vivir bien, a ser como Camillita Green.

Mientras más me recordaban a Joaquín, más rabia le tomaba y más sentía que ese no era mi destino. Mamá se empeñaba en decir que el destino existía y que todo estaba hecho ya. No podía soportar semejante cosa, quería hacer mi destino. Dios no puede querer un destino para los pobres y uno para los ricos. Jamás hablo de Cambural, no quiero ser identificada por él, no quiero sentirme

rebajada por él. Si hubiese querido un marido, hubiera intentado casarme con el portugués o italiano del autobús, pues él me gustaba, hasta el extremo de soñarlo y esperar su autobusetete en el Terminal, a riesgo de que me pasara algo.

Cuando don Fidel regresó, me mandó a llamar, me trajo de regalo un bellissimo diario, pero sus páginas eran tan bellas y perfumadas, que lo tomé para copiar poemas. El rápidamente se percató de mi tristeza, conversó largamente conmigo sobre ese problema. Desde ese momento fuimos cómplices. Los criados y sirvientes murmuraban y pensaba que era su amante, pues Doña Camila, más era lo que estaba viajando que en su casa, y Doña Leticia no cesaba de hablar pendejadas o de tirarme puntillas. Como don Fidel no le hacía caso, yo tampoco tenía por qué hacerlo.

Repetíam a cada instante, que era más el tiempo que pasaba con él, que haciendo otra cosa en la casa. Pero eso no era cierto, nuestra relación era de una estrecha comprensión y complicidad. Nunca lo hubiera traicionado con nada, aprendía de él a pesar de todo, y al viendo mi interés por los libros, me pagó un curso para saber clasificar las obras de una biblioteca. Así conocí el Método Dewey y el sistema de clasificación del Congreso de los Estados Unidos. Después me envió para que supiera manejar la computadora. Yo me imagino que Estados Unidos queda bien lejos y dicen que el agente sabe mucho allá. Me gustaría ir.

Te pude haber pasado mi querido diario a un CD. Pero me da mucha flojera reescribir, además, cuando yo escribo sobre tus hojas, dibujo las letras y unas caritas o cualquier dibujo, o pego una fotografía, todo de acuerdo a mi estado de ánimo, y eso aún no lo sé hacer con el computador.

Cada vez que te abro en cualquier página, no sé porque de nuevo me siento igual que el día en que he escrito alguna de esas hojas.

_ Te cuento que la semana pasada en uno de esos días que yo andaba así como la zarzamora, llora que llora por los rincones, como me decía Don Fidel cuando me veía triste, él me llamó:

_ Emperatriz, Emperatriz,
_ tu como que tienes una pena de amor. -

-No, no Don Fidel, _le dije.

-Ven hija, -

Me atrajo con cariño y acarició mi pelo lacio y suave. Cuando pude verle el rostro, mis ojos estaban impregnados en llanto.

_No es para tanto, me dijo suavemente, don Fidel.

_Me llevó hasta la pequeña sala de su biblioteca, y se sentó frente a mí. Habíamos hecho una gran amistad, por aquello de las lecturas. Le dije que había abandonado el liceo, y le conté con lágrimas mi problema.

No, Emperatriz, me dijo, eso no debe ser motivo para desgraciar tu vida. Entra de nuevo a tu liceo, puedo ayudarte con el Director del mismo. A esa edad debemos ser fuertes, sino queremos pagar por el resto de nuestras vidas. Aún eres una niña, no tienes compromisos, deja que se vayan tus penas y me dijo un poema de un poeta llamado Hidalgo y que nunca olvidaré

Yo quisiera morir cuando ya tenga
Mi sangre en otras sangres derramada
Y ya en mi corazón sea semilla
Que florezca su flor en otra rama.

Diego me había besado, él había salido varias veces conmigo después de asistir a clase, él me había hecho creer que me quería. O al menos en eso me hizo pensar_ le expliqué.

_ Los hombres crecemos con el fracaso, decía Don Fidel. Tu eres inteligente, sufres tu pena, pero que ello no sea de por vida. Trata de que pase rápido. No te pido que olvides en este momento, sólo te pido que racionalices el fracaso. Que entiendas las circunstancias, que a veces son más fuertes que nosotros mismos. No permitas que eso nuble tus ojos, o que se pierda el agua limpia que hay en ti. Es posible que algún día se rompa ese sufrimiento y vuelvas a sentirte como una rama al viento, y ese día será de regocijo.

Me quedé mirándolo, cómo podía decirme que pasara rápido. A mí, que vi en aquel hombre, mi vida, mi futuro, mi rendija para salir de aquel mundo, mis posibilidades de ser otra persona. En ese momento, creí haber encontrado la persona ideal que conjugaba mis aspiraciones con el amor. El fracaso fue rotundo. Seis meses y mi dolor estaba allí, y a lo mejor perduraría a través de toda mi vida. Nunca le perdonaré.

Miraba a Don Fidel ante el amplio ventanal, a veces lo veía triste. Solía tener entre sus manos una especie de rosario al que le daba mil vueltas. A medida que yo le hablaba, mis palabras salían de la misma manera que salían mis lágrimas.

_Cálmate-
_ me decía.

Pero ya la complicidad estaba hecha, así que le repetía.

_ Cómo puede pedirme calma, usted que lo tiene todo. Se casa con quien quiso, viaja como quiere, tiene lo que quiere.

Cornieles Díaz

_ ¿Cómo se puede calmar a quien todo se lo han arrebatado, a mi padre, a mi esperanza, a mi ilusión?, ¿Cómo pedir tranquilidad a quien de por vida ha vivido pensando en cómo será su mañana?

Don Fidel aspiró la pipa. Estaba de espalda a mí, viendo los hermosos jardines, el aroma del jazmín penetraba todo el amplio salón. Era alto, buen mozo aún y su voz era tan serena y lo mejor, me oía.

_Nunca había hablado con nadie, solía hablar conmigo misma, y allí estaba aquel hombre, rico, fino y educado oyéndome y para mi bien, aconsejándome.

Tal vez, su alma estaba tan acorralada como la mía. Se sentó frente a mí, tomó un sorbo de vino y comenzó a hablar, no sé, si para él mismo o para los dos. _Sabes hermosa Emperatriz, conocí a un muchacho como de tu edad, educado, culto, rico, lleno de esperanzas, vivo, feliz, estudiante de derecho. Un día llegó a la hacienda de su padre. En la hacienda había una muchacha hermosa, fina, bellísima, pero con dos graves defectos: negra y pobre, dos cosas que no se perdonan, en determinadas familias. El mayorazgo, la alcurnia, eso no se puede tirar a la basura. Esa niña, hablaba francés, porque su padre había huido de Haití con ella. Se enamoraron y la muchacha salió embarazada. Cuando los padres del muchacho se dieron cuenta, le hicieron imposible la vida a Giselle, como se llamaba ella. Si una mujer se casa en determinada familia, con un recoge latas, no importa, ella lo compra, pues así mismo puede tirarlo, y no ha pasado nada. Pero para el hombre, es más difícil, pues él debe preservar la familia, la estirpe, pero sobre todo los bienes. La criatura producto de aquella dispareja pareja nació, pero Giselle murió o desapareció, nunca se supo. Para esa misma época una prima de ese muchacho que estudiaba en Norteamérica quedó embarazada sin casarse. Pues el novio estaba casado. Entonces los padres de ambos, los cuales eran primos, convinieron en que si se casaban cada uno conservaría el niño, y la fortuna que les correspondía. Así, cada uno llevó un hijo al matrimonio, y posteriormente tuvieron hijos propios, que no eran tan propios, cosa que tampoco tuvo ninguna importancia. Cada uno ha vivido, cada

uno ha hecho lo posible por ser feliz, viviendo de lo que le permitieron hacer. Sin reproche y sin rencor.

Cuando terminó de hablar, mis ojos se salían de las órbitas. _¿Cómo era posible hacer aquello en pleno siglo XX?. La pregunta salió de mi boca casi como un escupitajo. Don Fidel mirándome dijo, _ ¿es que acaso no es eso lo que tú buscas con el profesor, seguridad, tranquilidad, vida? _ Lamentablemente esa es la vida, nadie quiere vivir sin sus comodidades, así que cediendo también se gana, me repitió don Fidel.

_Yo no me sentía bien, un halo de amargura y un aliento ácido me subió a la boca.

_La vida es una conveniencia, repetía Don Fidel, yo doy y tú recibes, pero yo debo tener alguna garantía. El profesor no tenía ninguna contigo, apostaba todo y perdía todo, me decía. El amor no basta hija, y lo aprendes con el tiempo. Si aquel muchacho se hubiera casado con aquella negrita, posiblemente estuviera viviendo de un sueldo, con el hijo pasando miseria, abandonado de la familia.

_ ¿Tú crees que eso es lo mejor? _

._ Uno se enamora la primera vez, pasan los años y ello queda en el pasado.

¿Qué hubiera sido de la vida de aquel joven abogado y de aquella joven mujer, cuando el amor hubiese pasado, cuando la pobreza y el hambre lo asediaran, y cuando la familia entonces le hubiera dado la espalda?-. La vida social está hecha de estratos y cada quien debe ubicarse en el suyo.

_ Pero don Fidel _le repliqué,

_ eso es negarme que yo pueda ascender.

_Yo no quiero seguir en el barrio,

_Yo no quiero ser pobre, yo aspiro a vivir bien, a tener mi casa, una profesión, un marido profesional. Don Fidel me miró y dijo ¿y.....?!

Cornieles Díaz

_ ¿Cómo piensas lograrlo, tú crees que la vida real no tiene barreras, tú crees que sólo basta desear?

_ Hay que hacer esfuerzos, y grandes esfuerzos.

Cuando regresaba a Cambural sentía nostalgia, una mezcla de cosas, entre lo que era mi barrio y lo que era el sitio de mis aspiraciones, después de todo allí había nacido, allí estaban mis amigos. Estaba también Omar, un muchacho que me había gustado desde niña. Y tal vez a pesar de lo que hubiese pasado, si él me hubiese hecho caso, tal vez lo hubiera aceptado. Era bueno, inteligente, pero demasiado pobre. Tal vez, Mucho más que yo. Era huérfano. Estudiaba muchísimo, pero sus padres adoptivos no deseaban sino que trabajara y los ayudara. Cada vez que salía para la escuela, la voz de Doña Rosa se oía en todo Cambural. Deja de ir a la escuela y ponte a trabajar. Yo se que Omar quería médico o ingeniero.

Recuerdo que una vez había una fiesta en la casa de Wilder Yamilé, pero yo no tenía zapatos para la fiesta, entonces mi tía Elena, que calzaba 40 me prestó unas zapatillitas blancas, pero yo calzaba 36. De todos modos me las puse y me fui para el baile. Ese día Omar me sacó a bailar, pero yo no podía mover los pies, porque los zapatos se me salían. Así que metía el pies y me enredaba, ese fue el primer y último baile, pues ni si quiera me volvió a mirar. Después supe que Omar se había hecho obrero de la electricidad y que se había casado con Nimia una muchacha de otro municipio lejos del nuestro.

Cuando Zulayubal, o Zula, como todos le decíamos, una de mis mejores amigas de Cambural me encontraba, me pedía que hablara de las novelas que había leído.

Yo no sé si era para burlarse de mí, o para soñar ella también. Sentía mucha lástima por ella, pues era bastante morena y su pelo de tanto llevar sol se le veía rojo. Cuando le conté lo que me dijo Don Fidel

_Me dijo

_ Yo ni de vaina me caso, no quiero hijos negros y que todo el mundo los desprecie.

Cuando Zulayubal tenía como diez ocho años comenzó a trabajar de peluquera. Tenía un cuerpo muy bello, y aprendió a dar masajes corporales, así que un buen día la vi en el autobús y parecía hasta más blanca que yo. Me dijo que trabajaba dando masajes corporales y que estaba de amores con el dueño del Spa, que me diera una vueltita para presentármelo a ver si lograba colocarme allí.

Un día me acerqué al Spa, como se llamaba aquel sitio. La verdad que era todo encantador, había saunas, masajistas, peluquera, bailo terapia, y un montón de gentes con batas y enguantadas que iban y venían. Entraban y salían mujeres y hombres, se veía finísimo, me sentía atribulada, y mal vestida, así que no quise entrar, pero mi amiga me descubrió y casi me arrastró hasta el interior del local. Me llevó hasta su pequeño consultorio y me hizo beber una lavativa que llamó flores de Bach. Cuando estuve más tranquila me dijo -vas a conocer a Mario-, cuando lo vi casi se me cayó la ropa interior, como decimos en Cambural, cuando vemos un muchacho bello. Un gigante de ébano, con unos dientes perfectamente alineados y blanquísimos. Su corte de pelo al rape y unos músculos que me hicieron recordar las novelas griegas.

Era un atleta bellísimo, me tomó las manos y les dio media vuelta, me subió el cabello y lo deslizó entre sus dedos, me hizo girar media vuelta y le dijo a mi amiga, me gusta, con un gesto de aprobación. Casi sin que yo aceptara me montaron en una cama, me desnudaron, me dieron masajes, me limpiaron la cara, y así en menos de una hora estaba viviendo una verdadera aventura. A mi cabeza vino el recuerdo de la novela bizantina, que se caracteriza por la acumulación de aventuras, episodios, viajes, naufragios, hallazgos y

Cornieles Díaz

desapariciones. Recordé una novela de Cervantes llamada “Perciles y Segismundo”.

Después de aquel chapuzón, mi piel estaba rosada, mi cara parecía de porcelana y nada que ver con la chica que había entrado una hora antes. No había tenido tiempo de abrir los ojos cuando el musculoso negro entró con mi amiga y me invitó a hablarle de la experiencia. Qué si me gustaba, que si me gustaría trabajar con ellos. Que si tenían una amplia clientela, que si mi amiga me había recomendado. Que si era bonita, que si tenía buen porte.

_¡Coño!, ¡carajo!
me repetía por dentro, en qué vaina me metió Zulayubal , si mamá se entera me mata.

El negro se asomó por una pequeña rendija de su despacho y me dijo, aquí todo es chévere, tenemos mucha clientela, debemos mimarlos. Hacía gestos que me parecían pocos varoniles. En ese momento lo llamaron por el celular y salió del despacho. Zulayubal, me miró fijamente, se sonrió dejando ver sus dientes tan blancos como los del negro. Le caíste bien, al tiempo que me hacía girar sobre mí misma. No entiendo Zula, no entiendo, le repetía y me repetía en mi cabeza.

_No seas pendeja amiga,- aquí tenemos clientes de sobra, tanto mujeres como hombres, lo importante es que se sientan complacidos.

-Tú ganarás un sueldo más las propinas que te den.

Aquí vienen artistas, abogados, militares, intelectuales, ricos, ricas y toda vaina.

-

_Zula, le repetía yo

_ ¿Qué coño es esto, un burdel? No seas tan drástica, es un Spa y muy elegante. Aquí lo que viene es calidad.

_¿Un Spa?, y qué carajo es un Spa? _Le escupí casi en la cara.

Ese día recordé las novelas satíricas, y a Petronio, el famoso arbitro de la elegancia, contemporáneo de Nerón, como decía el libro, quien describe en su novela Satiricón los más íntimos detalles de la corrompida sociedad romana. Y aquel Spa, me daba la sensación de eso.

Me sentí como en la sociedad romana. No atinaba a saber si allí habría corrupción o no, pero sentía, que aquel hombrón, parecía maricón. Cuando entró de nuevo a la oficina, llevándose los dedos a la boca los hacía volar. Realmente no había visto mucho ese día, apartando los mariquerismos del musculoso, lo demás me parecía normal. Mario me ofreció pagarme un salario mientras aprendía a dar masajes, y después trabajaría por comisión.

_Aquí viene mucha gente decía haciendo hincapié en la última palabra, yyyyyyyyyyyy, necesito gente de confianza me repetía, haciendo ademanes con los ojos y con las manos. Yo le prometí ir los días siguientes. No es necesario, muñeca, sólo los sábados y domingos, que es cuando viene más gente, me recalco.

Cuando salía de aquel sitio algo me parecía que no andaba bien, no había visto nada malo, las mujeres visitantes eran elegantísimas, los hombres también, pero algo no me terminaba de agrandar. Bueno, pero después de todo sólo iría sábados y domingos. Pero nunca regresé. Esa noche me fui a mi Cambural. El autobús me dejaba a 7 cuadras de la casa. Así que mientras caminaba podía ver la hilera de botellas de cerveza a lo largo del camino. Por allí no pasaba el aseo urbano y mucho menos la policía. Cada quien tenía su equipo de sonido y parecían hacerse competencia de cual sonaba más fuerte. Entre bachata,

Cornieles Díaz

merengues, reggae, y cumbias se hacía más corto el camino. A lo largo del barrio se veían los hombres y las muchachas tomando cerveza, o echando broma, pero también la hilera que venía de trabajar. Por ello no tenía miedo, pues no eran calles solas, al contrario atestada de gente, lo malo es que también habían mal vivientes, que siempre estaban en pugna con la policía, y cuando menos se esperaba se prendía una plomamentazón. Los carros eran desvalijados en plena vía. De repente las patrullas policiales entraban disparando y sálvese quien pueda. Ese día me retardé, pues mi chofer, no llegó como siempre a las seis, sino a las siete y lo esperé.

Mamá estaba hecha una fiera, me recriminó mi tardanza y peor cuando me vio las cejas, y el maquillaje que me habían hecho. _¡_Emperatriz ¡ me gritó _-yo no quiero putas en mi casa. Bastante he tenido que trabajar para tratar de sacarte de aquí, dónde coño te pusieron semejante vaina en la cara. –

_ ¡Ay Dios mío¡ si tu padre te viera

Como si mi padre el río lo iba a devolver, me repetía en mis adentros.

-No te quiero al lado de Zulayubal_ decía mamá, __ Esa coño de madre es puta, y dicen que anda de farra con un negro maricón.

_La gente dice que en ese gimnasio hasta droga hay. –

_¡Ay¡ mucho cuidado con una vaina.

Mamá repetía y repetía lo mismo cada instante.-

_Jamás mamá me miró interiormente, yo no quería ser como las muchachas de Cambural. Yo quería trepar alto, si me hubiera gustado Cambural, me hubiera casado con el chofer del autobús o con Joaquín.

_Esa Zula, es una corrompida- me repetía a cada rato, y cuidado si te quiere meter también a ti en su verguero. _¡Dios mío!, ¡Dios mío!, se repetía, una y otra vez.

La verdad que yo quería trepar alto, pero yo extrañaba la bulla de mi Cambural, los equipos de sonido, la rumba, los muchachos, la bachata y el reggae. La casa de Don Fidel era diferente, calladita, sino fuera por los libros me aburriría.

La palabra corrompida pronunciada por mamá, sonaba cada instante en mi mente y comencé a relacionarla con unas palabras que hacían mención a la sociedad romana como corrompida. Mientras mamá hablaba yo me preguntaba, ¿por qué se decía corrompida sociedad romana? Así que mientras ella me regañaba, yo me escapaba al mundo de mis novelas.

Una vez me dijo: _Muchacha coño, tú como que no me estás oyendo.-

Aquello me produjo una risa, que cuando lo recuerdo me vuelvo a reír.

Cuando durante la segunda semana del mes de julio de aquel año, que llamaron bisiesto, tuve la oportunidad de ir a la biblioteca de Don Fidel, busqué una larga escalera y comencé a buscar en la biblioteca algo sobre Roma. Allí, encontré una obra que me fascinó “Yo Claudio” pude enterarme de porque se decía que Roma era un imperio. Estas lecturas me agradaron y llegué con el tiempo a poder diferenciar los diversos períodos por los que había atravesado el imperio. Esta palabra, en plena adolescencia me confundió mucho, pues Cayfid cada momento hablaba del imperio, y dale con el imperio, y los robos y la corrupción del imperio. Yo no sabía exactamente a qué imperio se estaba refiriendo, así que supuse que era el imperio romano.

_No volví al Spa, y Zulayubal me reclamaba que habían gastado un poco de cremas en mí. A veces cuando hablaba con ella le decía que era un buen

Cornieles Díaz

trabajo, pero que no me gustaba mucho. Realmente no sabía exactamente qué era lo que no me agradaba. Pero yo seguía tratando a la Zula, era mi mejor amiga. Seguía leyendo, mi madre decía que dejara de perder el tiempo, que un día me iba a volver loca de tanto leer tanta vaina junta. Cuando lograba conversar conmigo misma, deseaba poder ir al liceo. Mi mamá en el fondo deseaba que eso lo lograra algún día. A veces cuando estaba relajada, me pasaba la mano por la cabeza y decía que me parecía a su padre, que yo era inteligente y que a lo mejor, Dios me reservaba un buen futuro.

Un día en un brote de sinceridad me dijo. _Hija, a mi me gustaría que fueses una profesional, que te fueras de aquí, que te casaras con un hombre que te quiera y te respete. No quisiera verte como yo, pasando trabajo, mirando todos los días las puyas para comprar la comida, lavando, planchando y haciendo toda vaina para sobrevivir. Yo sentía que mamá tenía razón, _ ¿Por qué mi vida no podía ser como las telenovelas? Un hombre rico y bello se enamora de la sirvienta de la casa y la pone a vivir como a una reina. Si yo encuentro ese hombre me repetía, no lo suelto, estudio, me visto bien, voy a los clubes, a las fiestas. En el fondo de mi alma no perdía la esperanza de casarme con un rico.

De repente extraviaba la mirada, y mamá me sacaba de mis sueños. Emperatriz, hay que hacer esto, Emperatriz recoge esto, Emperatriz haz aquello.

_Yo me preguntaba y

_¿Cuándo me tocará a mí? .

Lo más triste, es que veía como se iban yendo las muchachas de mi barrio. Unas se casaban, otras se iban con los hombres, algunas como Celia cayeron presas, otras como Lina, se volvieron medio tostadas por la droga. Pero

lo peor le sucedió a Reina, ella había sido violada por su padrastro a los 8 años, y a las 13 tuvo su primer hijo y a los 15 el segundo. A los 20 había perdido un par de morochos. Así que Reina de 20 años, había tenido como 10 hombres en su vida. Cada uno le había dejado una huella, como decía ella, y mamá le decía en son de broma, menos mal que fue una huella solamente. Reina era huérfana, así que mi madre cuando me aconsejaba a mí, lo hacía para ella también, pero ni modo; decía mamá, árbol que nace torcido, nunca sus ramas endereza. Reina logró emplearse en una casa de familia, dejaba los niños cuidando con Marielyelvira, y le pagaba algo, mientras ella trabajaba, sin embargo no sentaba cabeza, los sábados y domingos visitaba a sus hijos por un par de horas y después arrancaba a bailar en cualquier tasca con cualquier hombre.

En la medida que fui ganando años, mis amigas no deseaban conversar conmigo, no se entretenían con lo que llamaban mis cuentos. Algunas ya tenían novio y hablaban de lo que hacían con ellos a escondidas de su madre.

A veces cuando me preguntaban si yo ya había tenido relaciones y yo les decía que no, y me decían, “a otro gallo con ese cuento”, _ hoy no hay mujer señorita ni para un remedio. -

Mis amigas sabían tanto de cómo evitar los hijos, como yo de las novelas que leía. Mis senos no habían salido aún, o por lo menos eran tan chiquitos que nadie me tomaba como una muchacha en edad para casarse. Así que mientras los muchachos y muchachas del barrio se hacían novios, yo esperaba que alguno se fijara en mí, y que el romance fuera como el de las novelas. Aunque no me hubiera gustado que ninguno del barrio fuera mi novio de verdad. Yo ambicionaba una casa como la de Doña Camila. A fuerza de decir no a los muchachos me tenían como rara, y no me había dado cuenta, pero creo que ellos pensaban que a mí no me gustaban los hombres. Quería decirles, que me gustaba el chofer del autobús, que me gustaba un locutor precioso de la televisión, pero de uno no podía enamorarme y el otro solo podía verlo a través de la TV. Me negaba a seguir en Cambural, no quería llenarme de muchachos como mamá, y

Cornieles Díaz

mucho menos ser pobre. En el fondo de mi alma guardaba la esperanza de salir de allí. En las novelas siempre triunfaba la muchacha pobre y el muchacho rico, y la pobre se volvía rica. Para conservar esa esperanza, ¿cómo enamorarme de los muchachos de Cambural?

En Cambural todo el tiempo estaban persiguiendo a alguien, _ hasta el más pendejo como decía mamá, echaba vaina. Siempre se oía, que fulano lo habían hecho preso por ladrón, por aguantador, por consumir. Perencejo le dio cuatro tiros a Zutano. A Mengano lo cosieron a puñaladas. Pero en mi cabeza sólo daba vueltas la idea que me hacía recordar las novelas picarescas, basada en la vida de los truhanes, de los hampones, tahúres y de vagabundos. Allí no parecían tan malos y se les llamaba pícaros.

En esta novela de acuerdo a lo que había leído el pícaro, al narrar su propia vida, se venga de los poderosos que lo han maltratado y despreciado, contando sus defectos y sus debilidades. Cuando leía esto decía, y que tal si escribo mi autobiografía y me vengo allí de Camila Green. De ellas leí con muchas ganas el "Lazarillo de Tormes" sin autor reconocido; De Quevedo "La Vida del Buscón"; y de Mateo Alemán el "Guzmán de Alfarache".

Recuerdo, querido diario, de ese tiempo que tuve sin escribirte que una vez que estaba limpiando junto a mamá la biblioteca llegó Don Joao el jardinero. Nosotras le decíamos Don Joao, pero todos los demás le decían el portugués. Don Joao mantenía el jardín de la casa. Mientras lo podaba yo veía desde las ventanas de la biblioteca como caían las ramas de los arbolitos. Don Joao como le llamaba Mamá, decía que a los árboles había que podarlos siempre para que crezcan hermosos.

A veces me imaginaba que si se pudieran podar las personas, no hubiera tanta gente mala.

Era la primavera en Europa, según dijo doña Camilla, y Don Fidel se fue a Madrid con ella. El día siguiente de su partida mientras don Joao quitaba el monte del jardín, Cayfid entró como una tromba marina, era muy temprano, al vernos a los tres juntos dijo, necesito ir a la finca por unos días, llevo a unos amigos y deseo vender unas vaquillas, me gustaría disponer todo para que estos se sientan bien. Así que pago por adelantado y se van los tres conmigo. Sin preguntar si podíamos o no, disponía nuestra vida, así era, Cayfid, igual que sus abuelos.

Dispuso el viaje. Mi madre pensaba en mis hermanos, yo por supuesto, estaba feliz de ir, aunque me daba rabia que Cayfid dispusiera de mi vida como si yo fuera un títere. Lo que no advertí fue que El Indio también iría, y eso si me hacía sentir incomoda, pues este desgraciado no tenía piedad de nadie. Mamá dejó a los muchachos con Tía Petra y a los dos días estábamos en la finca “Paso de Vencedores”, como se llamaba.

En verdad, nunca había visto una finca, la casona principal era bellísima, los techos altísimos y las salas muy amplias cuyos muebles era de cuero y madera. Había retrato de los dueños hasta en los portones, y de todas las formas y posiciones posibles. La verdad que allí cualquiera se perdería. Había caballos de todo tipo. Cayfid sabía mucho de ello y uno lo podía oír discutir con los compradores. Vi caballos negros como el azabache, y también los llamaban prietos. Los que tenían la piel algo rojiza o café rojiza le decían los alazanes. Pinto, al que tenía grandes manchas blancas y negras.

Los que tenían variaciones de esos colores y con distintas alzadas le decían caballos ruano, bayo, colorado, palomino, overo, shire, frisio, purasangre, árabe, americano, percherón, criollo, galés, islandés, shetland, sumba, hocado, pony y otros. A medida que Cayfid hablaba y yo los veía pasar me imaginaba cabalgando sobre ellos. Habían unos que sólo los montaba la familia. El de Doña Camilla era blanco, de ojos rojizos y lo llamaban Vellochino. El tiempo que duró

Cornieles Díaz

el viaje a la finca me pareció interminable. En la camioneta donde fuimos era de Cayfid y él mismo la manejaba.

Durante todo el viaje los ojos de El Indio, al que todos le decían sabandija para sus adentros, los tenía clavados en mí. Me incomodaba, trataba de mirar hacia otro lado, pero siempre por el espejito retrovisor podía ver al propio demonio viéndome. El mismo escalofrío llegó hasta mi rodilla, y me producía ganas de orinar. Cuando llegamos a la finca la habitación que me dieron era bien separada de mamá, pero me las arreglé para quedarme con ella hasta bien tarde, y después de un incidente con El Indio, no me separé de ella mientras duró mi estadía en esa finca. Presentía que si me iba a mi habitación algo me iba a pasar. A la mañana siguiente mientras servíamos el desayuno los ojos de Cayfid y los de El Indio parecían hablarse. Tenía la sensación de que algo me iba a ocurrir.

Mi padre solía decir que yo tenía el olfato como el de los perros, olía algo, me daba el escalofrío de las piernas, y después no sabía cómo, pero estaba metida en “sendo peo”, como decía él. Allí estaba yo, con una bandeja en las manos y con el frío atravesándome los huesos de las piernas. Si mi madre me hubiera hecho caso, sobre estos escalofríos, más de un “peo” como decía papá nos hubiéramos evitado.

_Pero no, todo estaba en mi cabeza, decía ella. Aquella tarde la finca fue visitada por un grupo de hombres que comenzaron a poner precio a unos caballos y a unas vaquillas, y cada vez que compraban una a buen precio Cayfid celebraba con una espumante cerveza que hacía chocar con la botella de El Indio. Sentí una especie de repulsión por aquellos borrachos que en nada se diferenciaban a los borrachos de Cambural.

A medida que bebían se ponían más asquerosos, se rascaban sin ningún decoro sus genitales y se estiraban las braguetas como si estas le estuvieran

estropeando los genitales. Cayfid estaba al lado de otro hombre además de su hijo, tomaba de su botella y se la acercaba al otro hombre. Lo abrazaba cada vez que negociaban una vaquilla. A veces estaban tan cerca que llegué a pensar que casi juntaban sus caras o sus labios. Con razón don Joao a veces decía, parecen medio maricones. El Indio caminaba por todo el patio donde se exhibían las vaquillas, cada vez que pasaba por el lado de unas de las muchachas las manoseaba y las tocaba casi en cualquier parte. Yo no me atrevía a separarme de mamá y viendo la belleza de aquellas tierras, de los hermosos caballos y de la extensa llanura, pensaba en las novelas que llamaban de aventuras, a pesar del miedo que me infundían.

Cuando cayó la noche todos estaban bien mareados hasta Don Joao. Así que junto a los sirvientes de la finca nos tocó limpiar el reguero que habían dejado. Cada vez que me movía sentía como si alguien me siguiera, y de nuevo el escalofrío y las ganas de orinar. Al pasar cerca de uno de los fogones que habían prendido para asar la carne vi como casi de la oscuridad salía El Indio. Se abalanzó sobre mí, y desgarró mi vestido, pero estaba tan borracho que logré zafarme de sus manazas y cayó al suelo, _Diciéndome “hija e puta”, y allí se quedó.

A fuerza de luchar contra estos tipos que bastante había en Cambural, había aprendido a defenderme. No me agradaba la idea de salir embarazada como Liestefanie del Valle, mi amiga. Ella había podido ir al liceo y era bachiller, pero apenas tuvo la oportunidad de ir a un colegio universitario se embarazó y allí estaba, sin título, sin marido con un hijo y preñada de otro. A pesar de tener tanto tiempo de haber abandonado la escuela primaria, yo no perdía la esperanza de ser bachiller y trabajar en una oficina o en un lugar donde se me respetara. Yo en el fondo no sentía mucho aprecio por Camila Green, pero me hubiera gustado ser como ella.

Bueno, como pude me levanté dejando aquel animal de casi dos metros de largo tendido en el piso, su pelo liso le cubría el rostro y un pequeño hilillo de sangre se desprendía de su frente. Cuando me metí en la habitación que me habían asignado lejos de mamá, la cerré por todas partes, me daba la impresión de que me había salvado aquella noche. En verdad, no sentía miedo, por dentro pensaba que podía lograr las cosas y que aquella bestia nunca me haría daño. Traté de dormir cuando oí unos gritos en el patio, y a don Joaquín diciendo, ¡oh! sonorito Bull ¿qué le pasó?

Bull era el que le decían El Indio, pero Don Joao nunca lo llamó por ese apodo. Cuando pasaron cerca de mi habitación parecía que estaban arrastrando un bojote de carne. Por la mañana vi al Indio con un ojo morado y un hematoma en la cara. Le estaban poniendo hielo, pero seguro estaba bien borracho que al verme ni siquiera reparó en mí. Cuando lo vi sentí ganas de reírme a carcajadas pero me contuve.

Aquella tarde una de las muchachas que limpiaba la cocina se quejaba de su embarazo, debió haber sido bonita, pero la barriga era tan grande y había engordado tanto que más bien se veía rolliza y fea. Yo me acerqué para ayudarla mientras mi madre dirigía el almuerzo. La muchacha me miró y me dijo, Emperatriz le diste bien duro al Indio. Me sorprendí creí que nadie me hubiera visto, y eso si era grave, si aquella mujer se atrevía a hablar sería mi perdición. La desgraciada me chantajeó hasta el último día, prácticamente me hizo su sirvienta, así al trabajo mío se agregó el de ella. Después me enteré que el hijo que esperaba era de Bull y que igualito había más de tres mujeres en la finca preñada de aquel desgraciado, que más parecía un padrote que un hombre. No vi entre aquellas mujeres ninguna rivalidad, igualito le servían y se desvivían por atenderlo, se le sentaban en las piernas lo besaban una a continuación de la otra, y sentadas casi en el mismo diván. Pero eso sólo cuando estaba borracho, pues bueno y sano ni las veía. Cuando veía aquello recordaba lo que había leído sobre la corrupción del imperio Romano.

La cercanía con la Semana Santa, hizo a mamá pedir permiso para ir a la ermita de la finca. Me arrastró casi para que la acompañara, en verdad no soy como muy religiosa, pero de sólo saber que me podía quedar y que apareciera aquella bestia terminé acompañándola. La ermita era una pequeña iglesia. Se leía la fecha de su construcción en uno de los frisos, databa de la colonia. Era una iglesita tapizada de ramas de mirto y suntuosamente decorada, mientras el sonido de las campanas me encantaba, y los cirios me llenaban la vista. Era extraordinaria la sensación de gozo que se sentía al entrar allí, era como sentir el cielo cerca. Me quedé fascinada, ante su simpleza y su belleza, su majestad y el gozo sagrado que me producía estar allí.

El sacerdote había comenzado a officiar la misa, seguidamente entraron los monaguillos, y los fieles amantes de Jesús. Estaban bellamente vestidos, y los ornamentos de la iglesia eran púrpura, pues se iniciaba la semana mayor. El aroma del vino añejo que el sacerdote vertía en el cáliz, donde el sacerdote mojaba sus labios llegaba hasta mí, que estaba muy cerca del altar. La gente repetía los salmos y sagradas plegarias. Yo me sentía en otro mundo. A lo mejor me hubiera gustado ser monja. En el interior de mi alma medito mucho y me entregó a Dios, a la naturaleza, a eso que no se definir, pero que me hace entrar en una extraordinaria paz interior. Y a lo mejor, todas las monjas aman a Dios de esa manera.

A juzgar por lo que decía el friso de la ermita, aquella familia había venido al país desde épocas muy lejanas. Allí habían enterrado los fundadores de aquella familia. Cuando la vi me imaginé un monasterio y recordé lo que había leído sobre las novelas góticas y las pláticas con Don Fidel. La novela gótica se cultivó en el siglo XVIII, me decía, mientras se arrellanaba en su cómodo sillón, mientras yo hacía que trapeaba la biblioteca. En el fondo creo que este pobre viejo no tenía a quien hablarle y se desquitaba conmigo, pero yo gozaba cuando él me hablaba de las novelas. A veces se ponía de pie y como si

Cornieles Díaz

estuviera hablando solo, decía: se caracteriza por lo romántico y lo arquitectónico: ruinas, iglesias, monasterios, etc. pertenece a un tipo de relatos de misterio y de terror, cuya intriga se desarrolla en un viejo castillo gótico, en el suceden acontecimientos extraños e inquietantes. En esta novela los elementos esenciales lo conforman la situación angustiosa del protagonista (una joven en grave riesgo) el amor y una atmósfera de misterio, potenciada por la intervención de seres fantásticos o espeluznantes que provocan la ansiedad y el terror.

Algunas obras de este tipo de novela son: Longsword, conde de Salisbury, de Thomas Leland.

Mientras el viejo hablaba, yo me hacía un rollo en la cabeza, me hice la ilusión de que era una de sus protagonistas y que Bull era el terror que me amenazaba. Me sentía como una protagonista de una novela gótica. Me hice un cuento donde me enamoraba, a falta de caballero de quien enamorarme incluí en mi novela al Indio, pues con el tiempo desterré de mi vida al chofer y al profesor. Me decía a mí misma, que éste me hacía sufrir por haber embarazado a otras mujeres. No era que me gustara El Indio, es que no encontraba a quien poner de protagonista, así que en medio de mis ideas estaba Bull, pero con la cara del chofer del autobús, o con la cara de Diego. Como al Indio casi nunca podía verle realmente el rostro porque su pelo liso siempre estaba sobre su cara, yo me inventaba el rostro del chofer, y veía al autobús como un caballo blanco que hacía juego con su altura y con su cuerpo atlético.

Aquella tarde mientras daba trapazos a los muebles de la finca la desgraciada Mofilla la mujer que me vio golpear al indio, creo que así se llamaba, se me acercó para obligarme a pelar yuca, lo cual era parte de su trabajo, no el mío. Cuando me negué me amenazó con revelar al Indio que el moretón de su ojo se lo había causado yo. Como quiera que el desgraciado había mejorado a fuerza de hielo y hojas de árnica y lo había oído decir que esa tarde

salía en avioneta para la ciudad, me sentí liberada, así que la enfrenté, la arrastré por el cabello y la llevé hasta la puerta de la habitación que hacía de dormitorio del desgraciado.

La mujer comenzó a gritar y recordarme a mi mamá, y su palabra favorita “hija e`puta”, pero me vio tan decidida que se puso en pie y me dejó. Esa horrible frase, me hacía el mismo efecto que al protagonista de Viajes al futuro, le hacía la palabra gallina. Nadie se imagina cuanto odio esas palabras, aquella gente la utilizaba a cada minuto. Me imaginé realmente que si hubiese sido “hija de una puta”, no estaría como estaba. Mi madre era una mujer bonita, con unos grandes ojos violetas y un largo cabello que llegaba a su cintura. Cualquier gracia que se hacía en el cabello la hacía más bella. Su cintura era delgada a pesar de los cuatro hijos y las cinco pérdidas que tuvo. Sus manos eran largas y sus uñas bien cuidadas. Medía como 1.77 de estatura, cosa no muy común entre nuestras mujeres. Una vez oí al viejo Fidel decir, Guga tiene la figura de Dolores del Río. Tenía buen cuerpo, y a pesar de todo el trabajo que había pasado se podía decir que se conservaba bonita. Así que si hubiera querido ser puta, tenía bastante material y le sobraba coraje. Si no lo era, entonces me molestaba que por cualquier cosa me llamaran hija e`puta.

No me acostumbraba a aquella frase y por supuesto la odiaba, pero más me odiaba no poder devolver las mismas palabras. Palabras que tenían todo el odio de quien las decía. Cuando papá las decía, sentía rabia y así dijera las cosas más hermosas después ya yo me sentía resentida.

De haber sabido que Mofilla era una estúpida, no me hubiera dejado chantajear. Recordar todo lo que había vivido en aquella finca desde que llegué y todo lo que tuve que hacer para que la desgraciada no me denunciara, comenzó a formar parte de la historia de mi vida, y me repetía, nunca más nadie osaría chantajearme, primero me defendería aunque fuese con las uñas. Unos meses después sentí pena por ella, se había caído de un caballo y había

Cornieles Díaz

perdido el bebé. Me enteré por Clemencia otra de las mujeres del servicio en la finca, que el desgraciado de Bull, la había obligado a montarse en una yegua. Mofilla, no sé si murió a consecuencia de la caída o de tristeza, unos meses después.

De regreso de la finca conté a mamá lo que me había pasado y sobre los chantajes de Mofilla, no sé si me creyó, pero me advirtió que cuidado con vainas. Yo creí entender que ella pensaba que yo le hacía fiesta al Indio. Si por la mente de mamá hubiera pasado mi decisión de algún día llegar al liceo, ni siquiera lo hubiera pensado.

No tenía interés en seguir siendo sirvienta, de lavar platos o de planchar para ganarme el sustento. En el fondo de mi alma deseaba con locura un milagro que me sacara de aquella pobreza. Pero jamás pensaba que el milagro se produjera después de acostarme con un hombre, y mucho menos con aquel desgraciado. En verdad, no amaba ese tipo de riesgo. Mamá solía decirme, eso lo dices porque no te has enamorado, todas las mujeres decimos lo mismo y al final acabamos acostándonos con el hombre que nos gusta y pariendo como una gata.

Dentro de mí sentía que mi mamá no me conocía. Yo no quería acabar como una gata. Yo no quería pasar la vida esperando por un poco de dinero de un marido. Odiaba cada vez que tenía que lavar, planchar, fregar platos o pisos. Lo poco que sacábamos apenas si cubría los gastos. No de luz que la cogíamos del poste, ni del agua que la cogíamos de la pila. Pero entre comida, pasaje y ropa lo poco que ganábamos se iba. Lamentablemente nunca se pudo probar la muerte de papá por tanto imposible cobrar su pensión. Todo esto lo escribía en mi diario.

Así que cuando tuve la oportunidad de saber que existían novelas históricas, me dije anotaré lo que me va sucediendo para escribir la propia novela de mi vida.

Por las lecturas sabía que había novelas con relatos de sucesión de episodios de tipo histórico, y además Don Fidel me había dicho que la mejor historia novelada que él había leído sobre temas reales fue Quo Vadis, que trataba sobre la historia de Roma y que su autor fue Enrique Sienkiewicz. Cuando había un nombre muy difícil de escribir, él mismo me lo escribía para que no se me olvidara. No pude leer esta novela, en ese momento, pero vi la película en la Tv que llevaba ese nombre. Me gustó mucho el nombre y me prometí llamar a mi primera hija con ese nombre. E insistí a Don Fidel para que me hablara sobre ella.

Cuando Don Fidel estaba en casa le manifestaba mi inquietud por las novelas casi siempre buscaba un pedacito de tiempo en la que yo estuviera libre para conversar conmigo. Nos habíamos hecho cómplices, así que siempre buscaba cualquier momentito para hablar conmigo. Su esposa a pesar de que le oía sobre estos planteamientos por lo general se quedaba dormida, y se ponía unas gafas negras para que él no notara que se adormecía. Sin embargo, Don Fidel no era tonto, y sabía de lo poco que su esposa le gustaba conversar sobre estas cosas.

Por lo general ella se sentaba delante del piano y comenzaba a tocar una melodía que para mí la entristecía. Yo la veía y pensaba que Doña Camila soñaba con otra persona mientras tocaba la melodía. A mí me agradaba, pues entre la música y las novelas, tejía en mí cerebro historias que nunca escribí, me sentía transportada a otro mundo. Cuando la veía me hacía la ilusión de que era yo la que tocaba el piano. El piano estaba en una sala especial para recibir visitas, una sala con un amplio ventanal que daba hacia los jardines interiores de la casa. Cuando tuve la oportunidad me acerqué al piano, le di a las teclas, pensando que alguna melodía saldría, pero un solo mazazo de mamá, me sacó de mi deseo. Muchacha del carajo, cómo se te ocurre? a ver si hechas a perder esa vaina. A caso esa vaina es tuya. Nunca una palabras han sido tan odiadas por mí,

Cornieles Díaz

cómo eso de pensar que no podemos echar a perder algo porque no es nuestro. Entonces, ¿sí es mío, lo puedo dañar? Me repetía.

Yo vi siempre a Don Fidel, no sé si triste cuando se sentaba por largo rato frente a los jardines interiores de la casa, y permanecía por un gran tiempo mirando un punto que nunca descubrí cuál era. Trataba a Doña Camilla con mucha cortesía, pero en verdad nunca vi ningún gesto amoroso entre ellos, por lo menos un gesto de personas enamoradas, o que se quisieran como esposos. Como Don Fidel sabía que me gustaba conversar sobre las novelas, casi fuimos construyendo un mundo de complicidad, yo hacía que limpiaba la biblioteca y él hacía que leía, y pasábamos largas horas hablando sobre las cosas que él había leído. Estos encuentros que cada vez se hacían más frecuentes hicieron pensar a todo el mundo que yo flirteaba con don Fidel, y la gente llegó a complacerse de ello. No en vano cuando nos veían juntos, cualquiera del servicio, el chofer, el ama de llaves, o cualquier otro, decía en voz baja, como para que yo lo oyera.

-¡Novilla nueva caray!-

Palabras que nunca entendí, hasta después de hacerme más vieja. _Eso sí, Don Joao, jamás me dijo nada. Don Fidel cuando la oía, se reía, con una sonrisa cómplice, incapaz de defender la pureza de aquella relación. Así que cuando tuve cierta edad, oí a Camila Green decir, que su padre “me había raspado”. Aquella frase se decía en Cambural también cuando una muchacha se acostaba con un tipo. Desde ese momento empecé a ver distanciamiento entre los criados de aquella casa y yo. A veces sentía alguna risa maliciosa cuando me veían. El mismo Indio comenzó a respetarme, o por lo menos sus deseos morbosos sobre mi se fueron alejando cada vez más. Pero de esta situación no me di cuenta sino muchos años después.

Mi madre cada vez que me veía entrar a la biblioteca se dejaba caer por allá. Así que para que ella no viera que estaba flojeando tenía siempre a mano un paño para limpiar, hasta que pude darme cuenta, que mamá como que pensaba que yo entraba a la biblioteca a hacer lo mismo que hacía Doña Leticia. No había manera de defenderme, si decía que aquello era mentira, no me creerían, y si decía que era verdad, era una mentira. Así que a fuerza de pensar y repensar terminé dejando que cada quien creyera lo que le diera la gana. La verdad, que no sabía que pensar, así me debatía entre no volver a aquella casa y renunciar a lo único que me hacía feliz, o quedarme. En el fondo de mi alma me sentía tranquila, al fin, que cada quien pensara lo que quisiera, pero no dejaba de molestarme. Esto a lo largo de mi vida me ha sido muy útil, para no darle importancia a los chismes de la gente.

-Recuerdo que una tarde Don Fidel tomó una obra y me dijo esta es una serie de novelas históricas de Walter Scout, aquí podrás conocer toda la historia de la Inglaterra medieval. Así mismo a través de Benito Pérez Galdós desfila la historia de España. Pero la novela de Alejandro Manzoni “Los Novios” es una de las primeras y mejores exposiciones sobre la novela histórica a mediados del siglo XIX. Si te gusta puedes tomarla. Don Fidel en el fondo se había convertido en mi maestro, sin saberlo, yo sentía que cada día mejoraba mi manera de expresarme, y porque no, mi manera de ver la vida. Yo estaba recibiendo indirectamente los beneficios de aquella amistad.

Un día viernes me prestó “Quo Vadis”, ya había visto la serie de televisión, pero es tan distinto, lo escrito es capaz de hacerle volar a una la

Cornieles Díaz

imaginación, ver cosas que en la televisión es muy difícil de ver. Así que sin darme cuenta yo también crecía. Aquella casona a veces se tornaba solitaria, otras bulliciosa, todo dependía de las épocas del año en Europa. Don Fidel y Doña Camila cada vez se distanciaban más. Pero de todos modos siempre tomaban parte de sus vacaciones para encontrarse en algún lugar del mundo. Mamá y yo nos quedábamos cuidando aquella casa, y así aprovechaban mis hermanos, pues mamá se los traía, y los muchachos se daban sendas colitas en cuanto juguete tenían los nietos de Doña Camila

Hubo una época cerca de la navidad que al regresar Doña Camila después de dos años en Norteamérica, Don Fidel invitó a casi todos sus hijos a una reunión familiar, y ellos vinieron con sus hijos de diferentes partes del mundo. Esa reunión me hizo sentir nerviosa. Me daba la impresión que era como una despedida, pero traté de borrar esa imagen de mi cabeza. En el amplio patio, de tipo andaluz, como le decían todos, se dispuso una larga mesa. Los manteles decían las mujeres del servicio habían sido comprados en Brujas. Se dispusieron como treinta platos, y cada plato estaba pintado en oro. En el centro tenían un bello diseño de una dama y un caballero. La mesa estaba bellamente y delicadamente adornada con unos manteles traídos de Brujas. Cuando le conté a Zula, ella pensaba que eran brujas como Dalila, que habían llevado sus manteles. ¡No, le dije, no seas bruta! Ese es un lugar de Europa.

-Y ¿dónde queda eso?,-

Me preguntó ella. Bueno no sé, pero ellos dicen que en Europa. Cuando reviso el globo de la tierra, se ve cerca. En un brinquito se debe llegar allí.

Ese día tanto Mamá como yo junto a la servidumbre estábamos vestidas de un impecable uniforme azul marino y blanco. A pesar de ser un uniforme de servicio, todo el mundo me miraba. Yo era tan alta como mamá, estaba terminando mi adolescencia, y todo el mundo decía que era muy bonita.

Había sacado los ojos de papá, el cabello de la mamma (pues se me ha olvidado decirte que mi abuela por parte de padre era de Milano) así como sus bellísimas piernas. Así que envuelta en mi uniforme, a pesar de todo me sentía importante.

Aquel día se sirvió primero un aperitivo, el carrito- bar era llevado de un lugar a otro por los mesoneros y el barman. De tanto oír hablar la chef, de cómo servir la mesa, ya yo era una experta.

_ La regla de oro, repetía a cada instante

-Es que nadie debe empezar a comer hasta que la mesa esté completamente servida, no debemos servir un nuevo plato hasta que todos los comensales no hayan terminado y les hayan sido retirados los platos y cubiertos. -

El orden tradicional de las comidas es: Entremeses o entrantes suaves; crema, sopa o puré; pescado; plato principal; y por último repostería, quesos y frutas. Las ensaladas se sirven normalmente después de las sopas. La comida debe servirse por la izquierda del comensal y se retiran por la derecha, así fui haciéndome una experta en servir la mesa. La comida debe servirse por la izquierda del comensal y se retiran por la derecha. Se sirve antes a las damas que a los caballeros, empezando por la primera dama de la derecha del anfitrión continuando hacia la izquierda. Inmediatamente agregaba, si se hace pasar las bandejas y las fuentes por la mesa se deben hacer de izquierda a derecha en sentido contrario a las agujas del reloj. Recuerden, antes de servir el postre todos los platos, cubiertos, saleros, etc., tienen que ser quitados de la mesa, así que yo era una de las encargadas de hacerlo, e inmediatamente tenía que poner la cubertería apropiada para el postre.

De esto yo podía aprender mucho y quizás, pensaba me sirva para un futuro. Pero no dejaba de ver como la Camilita Green me veía con desprecio. A pesar de su belleza, hasta los comensales no dejaban de decir que yo era una niña bella. Así que la Camillita me obligaba a hacer cosas como par a que todos

Cornieles Díaz

supieran que yo era un servicio, ¿cómo si usar el uniforme ya no era un distintivo?

Aquel día llevando las fuentes de la ensalada a la mesa, no sé cómo tropecé con una de las puntas de la alfombra que estaba doblada hacia arriba y toda la fuente fue a dar al piso y a los pies de Doña Leticia, ensuciándolos y llenándolos de aceite. Sentí como su cara se volvió como un volcán en erupción, roja como un tomate. Las cejas casi se unen a su cabello y como una lanza atravesó todo mi cuerpo. Si sus ojos hubieran sido unos puñales nada de mí hubiera quedado vivo. Me arrodillé al piso y fui recogiendo poco a poco lo que había tirado. Cuando llegué a la cocina ya tenían una nueva fuente de ensalada. En un descuido lancé sobre la nueva fuente todo lo que había recogido del piso y lo moví para que no se notara mi venganza. Cuando me tocó ir de nuevo a la mesa, Doña Leticia estaba comiendo como si nada de aquella fuente. Volteó a mirarme y al verme dijo, Si no sabes servir dedícate a fregar los trastos. Don Fidel me lanzó una mirada de complicidad y yo me sentí más tranquila. La verdad que lamenté por don Fidel lo que había hecho. Después de todo él no se merecía lo que yo había hecho.

Doña Leticia, hablaba más que un loro. Después del almuerzo pasaron a la sala donde estaba el piano. Doña Camila tocaba algo que dijeron era una polonesa, mientras tanto Don Fidel hablaba de Rusia y de Polonia. Después la agarraron con el muro de Berlín y no sé cómo llegaron a uno que llamaron nazis, a los negros, a la revolución.

Doña Leticia decía, la verdad que entre judíos, negros y pobres, no hay mucha diferencia. Soledad, su hija, una muchacha casi como de mi edad a la que le decían Muñeca, soltó una carcajada. Muñeca se parecía al Indio, despreciaba a la gente del servicio, los obligaba a amarrarle los zapatos, a limpiar donde se iba a sentar, y no le gustaba que le sirvieran nada si uno no tenía guantes puestos. Sé que los servicios se vengaban de ella, poniéndole saliva a su comida.

Una vez supe que tenía una tos de perro, y muy calladito manejaron que era tuberculosis. Para mis adentros, eso fue producto de aquellos escupitajos. Se la llevaron por un tiempo a una clínica de la cual volvió como en tres meses. Era como de mi edad, cuando no quería algún vestido me lo tiraba encima y me decía puedes llevártelo. Una vez corriendo por el jardín detrás de un perro se le rompió el ruedo, y cuando se lo quitó me dijo, tómalo, cóselo, más gasta el pobre en hilo que el rico en vestidos. Muñeca era odiosa imitaba a Doña Leticia en todo y cuando pronunciaba mi nombre se burlaba, diciendo, que la gente cursi ponía nombres cursis a sus hijos. Cuando estaba con sus amigas, les decía, voy a llamar a la emperatriz de Cambural y se reían a carcajadas. Durante dos días tuve buscando lo que significaba la palabra cursi. Años más tarde me hice llamar María.

Estoy segura que eso era por celos, por ello la perdono.

Muñeca era la hija de Doña Leticia, Don Fidel sentía un gran amor por Muñeca, todo lo que le pedía se lo daba. Las mujeres de servicio decían que era la hija putativa de Don Fidel, pero a veces hacían un extraño juego de palabras, la hija de Doña Leticia, la hija puta.... se detenían y luego completaban.... tiva..... de Don Fidel.

Todos los del servicio lo celebran con risa. Doña Leticia no tenía marido, pues este había muerto en un accidente. Malena, la más vieja del servicio decía que se había caído de un caballo durante unas vacaciones en la finca de Don Fidel, donde todos habían ido a celebrar el cumpleaños de un embajador. Todos decían que antes de morir se tuvo relaciones con Doña Leticia por eso, la data de muerte y la edad de Muñeca eran muy cercanas. Los criados se la pasaban tejiendo conjeturas, que si no coincidía, que si ese tipo parecía medio marico, que ese tipo como que era más bien amante de El Indio, porque se la pasaba más junto al Indio que junto a Doña Leticia.

Cornieles Díaz

Pero el tiempo me hizo convencer que aquella muchacha no era hija de don Fidel. Cada vez que me tocaba estar junto a estas gentes, no dejaba de pensar en la vida que llevaban. Cada uno tenía sus propias características. Yo los observaba y me quedaba detallando sus acciones. Tenían amigos que me sonaban hipócritas. Podía hacer una fotografía de la manera de actuar de cada uno. Lamentaba a veces que mamá no se sintiera con fuerzas para no aceptar que aquellos individuos la irrespetaran, o al menos eso era lo que yo pensaba. No tenía seguridad social, si faltaba un día no le pagaban. Casi tampoco tenía horario de trabajo.

Cuando yo hablaba con Don Fidel, como quien no quiere la cosa le hacía saber que muchas veces la gente se aprovecha de la bondad del otro, y por eso la gente se va haciendo desconfiada.

La gente, me decía Don Fidel, hace uso de la amistad a veces, por lo que puede obtener de ellas. Algunos se aprovechan le hacen promesas a la gente para mantenerlos engañados, o le regalan miserias y la gente se compromete hasta con el diablo. Sabes Emperatriz, hay un refrán que dice: que el bozal de arepa es fuerte.

Esto me hizo reír, me imaginé como cien arepas alrededor de la boca de la gente.

Quería que él se diera cuenta como se aprovechaban de él, como le decían mentiras y le adulaban. Le reían todo, y por detrás decían que eso les garantizaba lo que ellos querían. Tú eres bien observadora Emperatriz, si te propusieras estudiar a lo mejor llegarías lejos, me dijo Don Fidel y se quedó mirándome, echó un largo suspiro y después me dijo, existen novelas, Emperatriz, basadas en la observación de distintos aspectos de la vida. Yo he notado que te gusta leer, ¡ojala!, pudieras utilizar tu energía para ser una gran persona, una mujer ilustrada. Don Fidel me repetía, si tanto te gusta observar, te voy a prestar una novela que pertenece a este género. Bajo este nombre se agrupa

una serie de tipos de novela caracterizados por el análisis u observación de distintos aspectos de la vida humana. Por ejemplo la Comedia humana.

Aquello me interesó, ¿pues qué era eso de aspectos de la vida humana?

En mi barrio había una manera de ser?, y aquí, en la quinta de Portobello, propiedad de Don Fidel, había otra?, y allí en San Fernando en la finca, había otra, o ¿es qué acaso cada uno tenía su propia forma de vivir la vida?, entonces me preguntaba ¿qué era lo común?, ¿qué nos hacía semejantes o diferentes?. En mi pequeño barrio, tenía a mis amigas y amigos, allí habíamos crecido, habíamos aprendido parte de esa miseria humana. En la medida que yo profundizaba en las lecturas que me daba Don Fidel, podía ver la cercanía de algunos seres humanos con la bestialidad.

Mis amigas del alma, aquellas con las que jugué con tierra, aquellas que fueron conmigo a la escuela primaria, se me hicieron incomprensibles. A la edad de quince años ya habían pasado por el trauma de salir embarazadas y encima abandonadas por el marido. El marido también había sido mi compañero de escuela, mi compañero de juego. Un marido de 15 o de 16 años, que cuando no era un malandrín, su fuente de trabajo era lavar carros en un auto lavado, o llevar los carritos de los supermercados, o vender helados en las autopistas. Yo odiaba todo eso, yo no quería repetir esa vida. Odiaba ver a aquellas muchachas embarazadas, pero todo el mundo lo asumía como que si ello me provocaba envidia.

Mis amigas, parecían una mujeres mayores, casi todas habían perdido los dientes delanteros. Se habían envejecidos esperando al marido que las iba a mantener. A cada año sumaban un hijo, y lo peor de padres distintos. A veces el padre del niño estaba preso. En un rancho se podía ver hasta 12 personas juntas. Ofelia Niágara, por ejemplo había tenido tres hijas y dos hijos, todos tenían pareja y todos tenían hijos, y el rancho no pasaba de tener 40 metros cuadrados.

Sus madres desde los diez años comenzaban a buscarles maridos. Recuerdo a la Señora Cristina la que hacía las arepas para vender cerca de los trabajadores de una represa que se estaba construyendo con las aguas del Río Cambural, decirle a su hija Rosita:

Ponte bonita, que vienen muchos hombres para la obra.

Eso no era malo, al fin yo también quería casarme con un hombre que me sacara de allí, lo malo, era que Rosita tenía como diez años.

Yo ole daba las gracias a Dios, que mamá no pensaba así. Mamá había logrado cogerse un pedazo de los terrenos aledaños a nuestro rancho y construyó una bella cancha de bolas criollas. Aprovechaba los juegos para vender su guarapita y hacerse de algunos realitos. En todo el rancherío era famosa la guarapita de mamá, y casi todo el mundo comenzó a decir la guarapita de Doña Guga, así, que años más tarde, mamá patentó su guarapita y se vendía como pan caliente en el barrio. Desde el sábado chiquito hasta el domingo bien entrada la noche, hombres y mujeres disfrutaban del patio de bolas y a mi madre ¡ le entraban una pullas por concepto de la guarapita. De tanto ir y llevar botellas y vasos de guarapita aprendí a jugar bolas.

Cuando le explicaba a Don Fidel, le decía, éste se juega en una cancha que tiene como veinte metros. La cancha está protegida, por troncos de madera. La finalidad del juego consiste en colocar la mayor cantidad de bolas del mismo color cerca de una pequeña pelota no mayor de 5 centímetros de diámetro llamada "*mingo*", la cual ha sido previamente lanzada, a una distancia no menor a la mitad de la cancha, por alguno de los jugadores del equipo que fuese favorecido en sorteo y posteriormente se alternan el lanzamiento del mismo hasta que alguno de los equipos obtenga la victoria. Se habla de "arrimar" cuando se lanza con suavidad y haciendo rodar la bola procurando quedar cerca del mingo al llegar ésta al final de su trayecto. El juego se torna emocionante cuando un jugador lanza su bola con fuerza, golpeando el mingo. Si lo hace adrede,

lanzando la bola por los aires para impactar el mingo directamente, se habla de "bochar".

Para ser buen "bochador" se requiere fuerza, buena puntería y precisión en el tiro, participan generalmente cuatro jugadores por bando

Se practica con bolas de color verde y rojo y cada participante tiene derecho a lanzar dos bolas desde un sitio llamado calzador. Se juega a 20 puntos. Yo aprendí a jugar allí, generalmente la gente toma mucho aguardiente y dice todo lo que se le ocurre para animar a su equipo. Esto lo disfruté mucho, y casi era campeona de bolas criollas. Pero la verdad es que después de haber vivido tanto tiempo en Portobello, el gusto se me había refinado y este juego comencé a verlo como muy ordinario para mí.

Así que a medida que avanzaba mi estadía en Portobello, comencé a depurar mis gustos y abandonar el equipo que hacía con Zulla. Nimia Risbulki; Kinis Delfina; Juliarovert ; Robertcarlis, y Lindsayenis. A pesar de que iba mucha gente para la cancha esta había mermado un poco, pues la inseguridad había hecho que ya casi nadie quisiera meter un autobús en Cambural. A lo mejor por esta razón eliminaron los autobusetes en Cambural, y nunca más volví a ver a mi chofer. Alguien me dijo, que había ganado lo suficiente para poner un negocio y se había retirado de la compañía autobusera. Esa noche me sorprendí llorando, de acuerdo a las novelas si se dejaba de ver al pretendiente se sufría, así que me pasé la noche llorando. Yo había leído algo sobre las novelas sentimentales, y también sobre un período llamado, romanticismo.

Don Fidel me dijo una vez _ en este siglo XVIII exageran contando asuntos excesivamente tiernos y lacrimosos: Me regaló una obra de Samuel Richardson "Pamela y Clarisa", la cual presenta un tema que gira en torno a las desgracias amorosas de dos señoritas.

Cuando le dije: ya la leí, me prestó una de Bernardino de Saint-Pierre, Pablo y Virginia, que cuenta sobre el amor de dos niños educados en plena naturaleza, en una isla lejana. El me explicaba y yo le oía. Era tan exhaustivo, que al repetir lo que él me decía, cualquiera hubiera pensado que yo sabía mucho sobre novelas. Don Fidel me decía, en esta novela se exalta la naturaleza, el amor, la ingenuidad, la pasión y la melancolía. Llegando incluso los protagonistas a suicidarse, como en la obra de la obra de Goethe, donde surge un problema más agudo: su protagonista se suicida al comprobar la imposibilidad de su amor. Al principio pensé en si yo me suicidaría por mi chofer, y me vi arrastrada por las aguas del río donde papá murió, y me lo imaginé, muriendo por mamá.

Cuando estaba así, pensando en ello, un grito de Camillita Green, me arrancó de mi delirio. Una avispa del jardín la picó en el cuello y le había dejado el agujijón, y entre la carrera por pedir auxilio se llevó al perro por delante y el perro la hizo pisar una plasta de mierda que recién había hecho. En un momentito habían llamado al médico y en otro la inyectaban, de todos modos Camilita Green tenía el cuello hinchado y los ojos se le empezaron a poner como unos huevos fritos, y el olor del pie lleno de porquería impregnaba la sala. En cada grito decía, por eso, no me gusta venir a este país de mierda, uno siempre sale pagando el pato. Hasta cuándo vamos a tener la mierda apoderada de nuestro patio. Hasta cuando soportamos este perro, porqué no lo sacrifican. Camilita Green se parecía al hada maléfica de Blanca Nieves.

Si me hubieran dicho como era su carácter, hubiera dicho: neurótica. A veces yo sentía que confundía la realidad, su madre decía, es el estrés, es el estrés. Era como excesivamente nerviosa. Cualquier cosa que le decían asumía que se estaban refiriendo a ella, y como decía mamá, se arrechaba y comenzaba a insultar a todo el mundo. No parecía hija de Don Fidel. Éste era aplomado, estudioso, suave, no levantaba la voz, educado. Yo nunca le oí decir una

grosería, ni hablar de nadie. Se fumaba su habano, se tomaba su brandy, y se sentaba a leer. Todo lo contrario de Camilita Green y de Doña Leticia.

La estatura de Camilita Green era como de 175 cts. Era tan alta como yo. Ello se prestaba bien a sus poses de languidez estudiada, como decía Don Fidel, a veces rematada por una calculada arrogancia. Don Fidel se lo decía a doña Camilla, _esta niña siente una antipatía patológica hacia el fracaso y hacia la gente de los barrios, y cuando se irrita pareciera haber salido del peor barrio. Sin embargo, decía Doña Camilla, ella lleva sus negocios con una atención exigente hacia el detalle y una insistencia en la calidad. Es fina, muy fina con sus clientes. Eso es lo importante. Tanto Camilita como Doña Leticia eran creadoras de moda y muy famosas. La arrogancia era una de sus cualidades, a lo mejor negativa, excesivamente orgullosas, en relación consigo mismas., tendían a exagerar, a menudo, su propia importancia, así se expresaba Don Fidel de ellas y me lo repetía a mí, como si yo tuviese vela en ese entierro. A menudo, no se daban cuenta de su comportamiento y se negaban a reconocerse, cuando algún miembro menos afortunado de la familia se los hacía saber.

Doña Camila, la madre, no le daba importancia de forma verbal a los comentarios de Cayfid, sobre Camillita. Doña Leticia, por lo general echaba por tierra los puntos de vista y opiniones de las otras personas, con el objetivo de situarse por encima de éstas. Don Fidel me decía a menudo, nunca resolver un problema de una forma argumentada y razonable. Una vez Don Fidel me dijo, para un conversador racional los argumentos de Leticia jamás podrán ser refutados con argumentos lógicos o intuitivos, eso no surten efecto, ya que la persona arrogante intenta sustituir la discusión racional por una discusión emocional.

Pero si así era Doña Leticia, peor era el Indio. Era perverso, su escenario para todo tipo de atrocidades era la finca. Siempre obsceno, tratando de dañar, humillar, hacer daño, destruir a todo y a todo. Ese deseo de hacer daño parecía

Cornieles Díaz

tener una intención de venganza, por lo general sometía a las personas a una serie de humillaciones. Todo el mundo desconfiaba de él. Las malas lenguas decía que era maricón. Por lo general andaba sólo, sus primos no lo acompañaban, así que obligaba a los servicios y a los peones a estar con él, haciendo las estupideces que él hacía, y aplaudiéndole, sus fechorías. Hasta sus cuentos y chistes eran ridículos, pero todos le aplaudían. Los amigos, y los que andaban con él, celebraban sus fechorías, parecía que se regocijaba de su superioridad. Peor aún su abuelo lo apoyaba, y casi todo el tiempo se estaba inventando negocios y compadrazgos. Cuando conocía a una persona enseguida le ponía la mano sobre el hombro. No sé si para hacer sentir su superioridad o por amistad, pero ese gesto yo lo odiaba y Don Fidel lo aplaudía.

Yo no sé cómo el Indio, no había acabado con la fortuna de aquella gente. Una vez oí decir a un médico muy amigo de Doña Camilla, que Cayfid y su hijo, necesitaban la sensación de superioridad, triunfo, dominación. Colocar a su víctima en situación de sumisión y de temor. Se decía que casi todas las muchachas de la finca tenían hijos de él, pero igualito ni los tomaba en cuenta. Usaba y abusaba de las muchachas, le daba cualquier cosa y luego las tiraba, como cualquier juguete. En la finca siempre participaba en torneos, pero igual, todos los ganaba él.

Cada vez que le gustaba una muchacha la mandaba a traer, se acostaba con ella, y si se oponía el familiar al día siguiente amanecía apuñaleado. A veces la gente comentaba bajito, que de pequeño había sido violado, y que esta era una forma de vengarse. Mamá cuando yo le preguntaba, Me decía chito, carajo, que eso no es problema tuyo.

Para la gente de Cambural a mis diez ocho años yo era una solterona y en la casa de Doña Camila pensaban que me acostaba con Don Fidel. Todo giraba alrededor de la entrepierna. Mis amigas estaban llenas de hijos, y yo todavía sin tenerlos, ni siquiera pensaba en matrimonio. En Cambural, eso era

una expresión extraña. Mientras yo me veía entrando a la iglesia, los demás me veían como una puta. Yo creo que ni mi mamá me creía.

Aquí no hay señoritas ya, decía Eleuterio, el de la bodega. A los trece años tú ves las muchachas chingando. Uno como un pendejo las manda para la escuela y que pa' que traigan un título, y lo que traen es un diploma después de nueve meses y de autor desconocido. Así que de verdad, Emperatriz ha tenido suerte, o a lo mejor, es que la pobre es mula. En verdad., decía cuando yo pasaba. Si yo me rejunto con una mujer y no tiene hijo, la mando pal `carajo. La mujer se hizo pa` parí.

Cada vez que alguno de los del barrio hablaba de esta forma me hacían sentir asco y grima. Aquí se veía igualito, la misma porquería de la casa de Doña Camila, sólo que en aquella había refinamiento. Por ejemplo, Washington Chacón, era el buenmozo del barrio. Usaba los pelos parados y engominados, tenía un 'par de aretes en las orejas y uno al lado de las cejas.

Siempre estaba al lado de la muchacha más bonita, y por lo general, si esta era pendeja, como decía mi mamá, salía preñada. Más de una vez vi a mis amigas darse golpes por Washington. En verdad era buen mozo, en el fondo de mi alma, siempre aspiraba que se fijara en mí, pero el cretino, jamás me dio ninguna esperanza, ni siquiera me miró. Todavía recuerdo una fiesta donde él estaría, me vestí con mi mejor vestido, Washington ni me sacó a bailar. Decía que mi mamá era muy jodida y que él no se iba a meter en peos.

En una oportunidad hablando con Don Fidel, casi le desnudé mi corazón, en el fondo era la única persona con la que podía hablar sin miedo.

El sonreía y me decía, me haces recordar a la novela psicológica. Este es un género que describe sobre todo los conflictos espirituales, es decir, psicológicos. Las reacciones espirituales de los personajes, que son analizados minuciosamente, bien siguiendo el hilo de sus pensamientos o bien transcribiendo

Cornieles Díaz

aquellos textos –diarios íntimos, o cartas – que se suponen escritos por dichos personajes.

Las primeras grandes novelas psicológicas, me dijo se deben al escritor ruso Dostoievski y al francés Stendhal. El escritor psicológico se desdobra, me decía Tiene frialdad para observar el panorama interior de sus criaturas.

Me encantaba hablar con Don Fidel, aprendía cosas que me gustaban, sobre todo de novelas y las cuales me fascinaban. Yo sacaba tiempo para ver inclusive las novelas de la televisión, y por lo general les daba el final que se me antojara. Posiblemente de tanto leer las novelas de la biblioteca de Don Fidel y de parecerme más atractivas, dejé de ver las de la Tv, las cuales comenzaron rápidamente a aburrirme. Con el tiempo casi me hice una crítica novelera, como me decía Don Fidel. Hicimos tan buenas migas que Don Fidel pidió a la joven que le hacía los masajes que me enseñara. De allí que en tres meses era yo quien le daba los masajes. Todas las tarde decía que le dolía el cuello y Doña Camila me decía, ve Emperatriz y dale masajes en el cuello a Don Fidel. Siempre había una mueca en su rostro que yo no entendía. Mucho tiempo después me enteré que Danilo, un masajista de unos de los mejores Gimnasios de la capital, también le daba masajes a ella en el cuello. Para aquella época a mamá le iba bien con su guarapita y su campo de bolas criollas. Siempre le decía Don Joao que porqué, no se asociaban, y montaban pequeño negocio a orillas de carretera. Había bastante terreno que se podían invadir y con el tiempo podían hacer un pequeño restaurante.

Don Joao tenía sus ahorros, y a pesar de ser muy fiel a la gente de Portobello, en el fondo siempre había querido independizarse. El tenía muchos años en el país y era casado en Portugal donde tenía dos hijos, a los que siempre les enviaba dinero. Su promesa era hacer fortuna y regresarse a Portugal. Pero en ello se le habían ido 20 años de vida. Así que un día mamá le dijo, Don Joao, yo invadí un pequeño terreno a orillas de la carretera perimetral, ¿por qué no nos juntamos y hacemos un negocito?- Don Joao no lo pensó, se fueron y en poco

tiempo vivían como marido y mujer. Ello me alegró, Don Joao era un buen hombre, y la gente decía que tenía sus ahorros. A lo mejor sacaba a Mamá de Cambural.

De la ciudad donde estaba Portobello y mi barrio había como dos horas en autobús. Había que irse por toda la carretera centro regional y después desviarse hacia los municipios, pero había bastante tráfico. Eso aseguraba que cualquier negocio prosperaría. Mamá hizo un pequeño ranchón, para vender chicharrón, arepas, hallaquitas y hervido. A los tres meses el ranchón producía más que la cancha de bolas. Mamá dejó a mi hermana Tarim y a su marido, en la cancha y se fue al ranchón.

Me había olvidado decir que Tarim, la hermana que me seguía en edad, se había ido con un muchacho que trabajaba en la gasolinera, había salido embarazada y se había mudado a nuestro rancho. Así que ahora además de Tarim estaba José Antonio, su marido, y Karin el hijo de ambos. Karin había nacido con un pequeño problema en los pies que le dificultaba poner toda la planta en el piso. Mamá decía que eso era porque Tarim se había amarrado la barriga para que no se la vieran. No sé por qué, tal vez para que mamá no la mediomatara.

Mi otra hermana era Yulexis y estaba soltera, ella los ayudaba en el restaurante, pero Don Joao, no dejó de ir a Portobello entre semanas para atender los jardines, pero comenzó a trabajar muy duro con mamá. En pocos meses habían hecho el ranchón de bloques. Don Joao trabajaba tan duro como mamá, y las ganancias las compartían. Ellos llegaron a quererse mucho, pero no podían casarse, Joao estaba casado en Portugal y a mamá no le daban el certificado de la muerte de papá. Así que decidieron seguir juntos y como a los 40 años mamá tuvo dos morochos de Don Joao. Francisco Joao y Joao Junior, Figueras Pérez.

Cornieles Díaz

Mamá se dedicó a su bar restaurante al cual le pusieron un cartelito con el nombre “Virgen de Fátima”, en honor a Nuestra Señora de Fátima, en la cual creía mucho Don Joao. Mamá no volvió más a Portobello, pero me dejó a mí, al fin y al cabo de tanto leer novelas me había cultivado como dice Don Fidel, y así, en palabras de Doña Leticia, ascendí de office boy a secretaria. Don Fidel y yo habíamos hecho cierta amistad, casi cómplice. Cuando yo estaba triste él lo advertía, y cuando él estaba triste yo también lo sentía.

Cuando ascendí a secretaria don Fidel me puso un sueldo mensual, así que abrí una pequeña cuentita en un banco y comencé a ahorrar, yo quería sacar a mi madre de Cambural, yo quería que no se convirtieran en lo que era Cambural, un hueco que se tragaba a la gente, así como el tremedal de Don Rómulo Gallegos. Un día en un autobús descubrí que había estudios de bachillerato llamados libres, se le comenté a Don Fidel y él me comentó que eso se llamaba parasistema, que se podía hacer de noche, y que se llamaba así, porque iban paralelos al sistema ordinario. El prometió ayudarme para hacerme bachiller. Ese día fue el día más feliz de mi vida.

Como un regalo divino en la ciudad, en un barrio de gente pobre, pero cuidado habían comenzado a construir apartamentos, la inicial era como 12 sueldos míos, pero nos daban un año para pagarla, así que decidí meterme en el negocio, y al final de año, si ahorra todo podía pagar parte de mi inicial y mudarme a mi pequeño pero cómodo apartamento. Tenía 50 metros, repartidos entre dos habitaciones, la sala, el comedor y la cocina era una sola sala, tenía un pequeño lavadero y un baño, además un estacionamiento.

Detrás del edificio había un barrio de gente bastante pobre, pero yo no necesitaba pasar por el barrio para llegar al edificio. Mi edificio quedaba en toda la avenida Mariscal y al frente de un semáforo. Cuando me pude instalar le pedí a mamá que se vinieran conmigo, pero ella no quiso, me repetía que con su restaurante le estaba haciendo bien, y que allí se sentiría como una presa en el

apartamento, ella no sabría qué hacer, y a trabajar de cachifa no volvería, ahora que tenía su propio negocio.

Al contrario me decía, vente y nos ayuda a servir las mesas. La verdad que me daba miedo quedarme sola, y a veces me quedaba en Portobello, así que casi le supliqué a Yulexis para que se viniese conmigo. Y viviéramos juntas. Ella tenía una gran facilidad para cosas de peluquería, le prometí meterla en una academia para que aprendiera y algún día montara su propio negocio. Esto pareció convencerla y nos vinimos a mi apartamento. Yulexis comenzó a asistir a una peluquería donde lavaba cabezas, siempre tenía dinero, debido a las propinas. En un lapso de quince días, había superado la lavada de cabeza y estaba haciendo manicura y pedicuro. Yo estaba feliz, sentía que posiblemente nos iba a rendir la plata, pues mi hermana obtenía buenas propinas. La vi comprarse ropas, zapatos, un bonito juego de cuarto y un aparato de sonido. Pero jamás me dio ni siquiera para la comida. Me argumentaba que ella comía en la peluquería. Para no molestarme con mi teléfono se compró un celular. Cada vez que iba a Cambural parecía una muñeca. Además mi hermana había salido como papá. Ella tenía los ojos grises y el cabello color miel. Se maquillaba muy bonito y era bastante alta como mamá.

Un día me sentí muy mal, tenía mucha fiebre y por ello no fui al liceo. A medida que me acercaba a mi apartamento oía una bulla horrible, se tocaba champeta y bachata a todo dar. A mí también me gustaba esa música, se puede decir que a su compás nació. Pero de tanto ver y oír que en la casa de Don Fidel, jamás ponían ese tipo de música, y a la cual decían que era de mal gusto, aprendí a solamente oírla en Cambural. Cuando abrí la puerta la bulla era ensordecedora, habían como diez parejas bailando y gritando. Sobre los muebles, en el piso y en cualquier parte botellas de cerveza y vasos de cartón. Todo, abrí la puerta de par en par y empecé a tirar por el bajante de basura todo lo que alcancé a tocar.

Yulexis se enfureció, y me llamaba loca delante de sus amigos, cuando se fue el último me insultó y me dijo que se iría, recogió todas sus cosas y se fue. Al tiempo supe que vivía con uno de aquellos que estaba en la fiesta y que vivía en el barrio que estaba detrás de mi edificio. Le conté a mamá lo que quiso, y dejó de hablarme. No traté de convencer a mamá. Yulexis era mi hermana menor y mi madre la adoraba. Yulexis interpretó mi furia como envidia hacia ella, y casi le dije a todos que yo era rara. Que no se me conocía novio y que vivía a expensas de un viejo rico. Me dolió mucho que se fuera y que dijera estupideces.

Mamá, no le agradó lo que había ocurrido, pero nada hizo. Ella amaba a su Cambural, y en el fondo yo también. Muchas veces me sorprendí pensando en irme del apartamento, pero recordar a Cambural donde, toda mala cosa tenía su asiento y toda buena cosa también, me producía escalofrío y unas intensas ganas de orinar. Allí había crecido, tenía mis amigas aunque no compartiera mucho sus ideas. Cuando estaba allí repugnaba todo lo que veía, cuando salía de allí, lo añoraba, ya que el otro mundo no me recibía con los brazos abiertos. Así que me debatía entre dos mundos. El mío, mi realidad cotidiana y la otra a la que por más que quería no podía llegar.

Me sentía como si tuviera unas inmensas elásticas, y como si hubiera una rendija por donde debía pasar, yo las estiraba y las estiraba, pero presentía que en cualquier momento se podían romper y me lanzaría a un mundo que tampoco me aceptaba, al que me costaba también adaptarme, o me aprisionaban y me devolvían a Cambural. Yo repetía conductas de mi barrio, palabras de mi barrio, y a veces me sorprendía haciendo lo que cualquier muchacha de Cambural.

Me colocaba cantidad de tiritas que simulaban pulseras. Primero fueron rueditas negras de esas que traen los frascos y yo llegué a ponerme como 15 de ellas. Después las tiritas tejidas de todos los colores. Eso era común en mi barrio, pero cuando salía de allí parecía que aquello se veía ridículo, así que terminé no llevándolas más.

No era cierto lo que decía Yulexis, yo no era rara, yo quería casarme, pero odiaba repetir la conducta de las muchachas de Cambural. Yo quería ser grande, figurar en los diarios, casarme con un profesional, y por eso, nunca abandoné la idea de casarme bien.

De tener vestidos bonitos. Aún conservaba aquella fotografía de la princesa Carolina de Mónaco y su vestido rosa. Yo deseaba vivir bien, pero casada con un hombre que no fuera de mi barrio, que no fuera un "pata en el suelo", como decía mamá.

Por aquella época un joven médico se instaló en Cambural. Cobraba muy barata la consulta y en poco tiempo todo Cambural se veía con él. Se había identificado tanto con el barrio que la gente lo adoraba. A veces le pagaban, otras veces le llevaban latas de cerveza o el almuerzo y eso era suficiente. Sentí que aquella era mi oportunidad, que Dios se había acordado de mis peticiones. Ese era mi destino, así que no descansaría hasta verme casada con el médico. Me veía fuera de Cambural. Así que hice hasta lo imposible para tratar de acercarme a él y conquistarlo.

CAPITULO III

ATERRIZAJE

-Atención, atención. Señores pasajeros dentro de pocos minutos estaremos aterrizando en el aeropuerto Charles Degaul, de la Ciudad de Paris. Por favor aseguren su cinturón y gracias por viajar con nosotros. Sean bienvenidos –

Sor Teresa esperaba en el Aeropuerto para ser trasladada al convento de su congregación donde pasaría los días que estuviera en el Congreso. Allí fue recibida por la superiora del Convento y fue alojada en una habitación bastante cómoda, limpia y con aire acondicionado. Las ventanas daban hacia el hermoso jardín del convento. Sobre el escritorio un hermosísimo crucifijo parecía darles las buenas tardes. Además tenía una computadora y todo el material de escritorio que pudiera necesitar.

Aquella noche durmió muy bien. La atención, el cariño y el amor de las madres la cautivaron, era tan hermoso llegar a un sitio y sentirse querido. Por la mañana se levantó muy temprano, tomó un desayuno bien ligero, casi impresionó a la madre superiora. Un taza de té, un pedacito de pan untado de mermelada.

Casi como come un pajarito le dijo Sor Úrsula. Recuerde madre, que estará todo el día en el Congreso.

No se preocupe le replicó Sor Teresa, uno se acostumbra a comer poco.

A las 8.30. Am, un chofer esperaba para llevarla a ella y a otro grupo de madres al Congreso. Estaba radiante, sin muestra de cansancio, viva, llena de esas cosas que irradian juventud y belleza al mismo tiempo.

Le tocó el turno a las 3.pm, de aquel día martes. Subió al estrado, podía decirse que se veía mucho más hermosa y con un rostro más iluminado como nunca antes lo había supuesto. Hubiese sido perfectamente una modelo de grandes revistas. Era hermosa, distinguida y culta. Hablaba más de cuatro idiomas con soltura y perfección.

El presentador dijo su nombre, y el nombre y la Congregación religiosa a la cual ella pertenecía. Le ofreció su mano para ayudarla a subir y la hizo sentar en el estrado. Había mucha gente de casi todo el mundo.

Ella sintió unas miradas curiosas, otras de lástima, y otras que no pudo interpretar. La gente estaba acostumbrada a ver las monjas pidiendo, sumisas, y ella parecía todo lo contrario, irreverente, altiva, sin miedo y atrevida.

Buenos días, Bon Jour, Good morning, Buona Sera, dijo con su voz, cálida, suave pero muy potente. Aquel auditorium estaba abarrotado de gente que asistía al congreso de diferentes partes del mundo. La sola voz les llamó la atención. La firmeza al hablar y después, el discurso pronunciado casi al mismo tiempo en diferentes idiomas.

Estimados asistentes a este Gran Congreso, vengo de tierras remotas, donde no nací, pero que he aprendido a amar. El Congo. El Congo es un pueblo alegre, lleno de vida y de hospitalidad, pongamos nuestro máximo interés para que los niños y niñas del Congo y de otros muchos lugares de este planeta, donado por Nuestro Señor, sueñen, canten, bailen, vayan a la escuela y crean en un futuro mejor, para que tengan y gocen de un mejor futuro, no podemos permitir que los congoleños lloren, así como no deseamos que ningún niño del mundo llore.

No he traído un discurso escrito en papel, sino en el corazón. Mis ojos han visto de cerca el hambre, la miseria, la desnutrición, la falta de salud, pero también han visto la abundancia, la desidia, el desdén, la corrupción y la dejadez. El hombre, criatura maravillosa creado por Dios a su imagen y semejanza, es hoy, el destructor de su propio ser, el manipulador de su propia vida. El desgaste de su propio ser. Pareciera que hemos perdido el rumbo, y cada uno es creador de su propia ética. Como dice Carlos Gómez Sánchez, no se trata sólo de decir la verdad, sino de estetizar la propia vida, el fin no es descubrirse, sino inventarse, hacer de sí mismo una obra de arte.

No es posible que unos tengan tanto y otros no tengan nada. No es posible rechazar al hermano, y someterlo a condiciones inhumanas. Octavio Paz, ese célebre escritor nos dice, en su obra “El Laberinto de la Soledad”, que al eludir la mirada ajena nos eludimos a nosotros mismos. Y eso mismo digo ahora, lo es en El Congo, lo es en América, lo es Europa, lo es en el Asia, lo es el mundo entero.

Nadie escapa de esa realidad. De qué sirve tanto discurso sobre la paz, sobre leyes, sobre la vida, sobre el ser humano, si tenemos el corazón abarrotado de avaricia, de deseos de poder, de odio hacia el que tuvo o tiene, de desprecio, de imposición de mis ideas sobre las de otros, así no tenga razón, bajo un falso discurso de igualdad. Allí se esconden los mediocres, debilitan a sus pueblos y los hacen cómplices de sus barbaries.

-¿Cómo hacer brotar del corazón del hombre una nueva espiritualidad, una nueva esperanza, un nuevo deseo de estar con el prójimo y en el prójimo?-

-¿Cómo podemos hacer del hombre, un ser que no espera, sino que actúa, un ser que no ofende, para que no requiera pedir perdón?-

-¡Hay tanto por hacer!, -

y, sobre todo, por luchar, pongamos nuestro mayor interés para que nuestro corazón tocado por la gracia de Dios nos dé la posibilidad de generar una nueva vida y un nuevo destino.

No nos volvamos impasibles, renovemos nuestra esperanza en el mañana, levantemos nuestra mirada, no seamos indiferentes, inmunes, porque esta es nuestra oportunidad. No nos indigna, todavía estamos a tiempo de sumarnos a todos aquellos que ya han dado algunos pasos en el camino para lograr un mundo mejor.

-De donde vengo, Uvira, hay quienes que dedican su tiempo y su trabajo a hacer crecer esperanzas y oportunidades, hay maestros, que con esperanza y devoción luchan cada instante. Uvira, a orillas del lago Tanganica, en pleno este del país y a escasos kilómetros de la frontera con Burundi. Pero Uvira, puede estar en cualquier parte del mundo, en cualquiera geografía. -

El Servicio Jesuita a Refugiados, cuenta en la ciudad con un Centro de Tránsito y Orientación, donde se acoge y se trabaja con los niños y niñas soldados que son recuperados de los grupos militares todavía activos en dicha región oriental. Pero cuantos en cuantos países no luchan por los que han aprendido a consumir drogas, a matar sin remordimiento, a herir sin pena.

Carreteras duras, en todo el país, de donde vengo, pero el centro está cercano a las comunidades de donde a los niños y niñas se le facilita el retorno a las casas de donde desaparecieron, una vez que acaba su periodo de estancia en el centro. Y, aunque internacionalmente no se aconseje permanecer en esa zona bajo ningún concepto, lo cierto es que sólo viviendo y trabajando allí es posible que, desde lugares como este, se pueda llevar a cabo el trabajo de desmovilización y reinserción de los menores soldados.

-No esperen aterrizar en el aeropuerto de Maya-Maya (Congo-Brazzaville), y encontrar un país desarrollado y confortable como ustedes conocen. Hay pocos hospitales y escuelas, pocas industrias, e incluso escasean los objetos cotidianos más usuales como libros, o lámparas.-

-¿ Creen que en mi país de origen, no hay ranchos, casuchas invivibles, gente amontonada como en una colmena?, promesas de mejoramiento que nunca se cumplen?-

En las calles menos turísticas de las principales ciudades (Lubumbashi, Kisangani, Lusambo), hay muy pocos comercios. Cuando usted se va alejando del centro metropolitano, observa carros destartados, calles sucias, niños descalzos, edificios de cemento con tejados de chapa, mercados callejeros de todo tipo de artículos de segunda mano, ranchos que van forjando el paisaje urbano.

- No, no situemos lejos de la miseria.-

- No nos quedemos con los palacios de ensueño, rutas del oro e incluso placeres permitidos y otros no tanto. –

Nada más bajar del avión hombres y mujeres se enciman en torno al turista occidental para ofrecerle hoteles taxis y toda clase de servicios

Como en cualquier país del mundo, los mercedes benz están a la orden, viajemos en los autobuses que viaja el pueblo. Descubramos a los pueblos y sus miserias, sus necesidades, su gente. Su hablar cotidiano, su vida. Su grandeza y su miseria.

Yo he venido a hablar por tantos y tantas que se quedan sin hablar, que no tienen oportunidades, que no tienen voz y que les consume el tedio, y la promesa falsa del líder de turno.

Ustedes se sorprenderán de una religiosa hablando así, pero antes de religiosa soy humana, soy mujer. He viajado, he visto la miseria cercana a mis ojos, he visto la miseria rondar en mi vida. Dejaría de ser una mujer de mi tierra, si dejara pasar las cosas, a la espera que otro la resuelva.

Dios dijo a Lázaro, ¡levántate y anda! No acuéstate y duerme.

Sor María estaba radiante, su bellísima piel y su juventud a pesar de sus hábitos la hacían lucir joven, grácil y espectacularmente aristocrática a pesar de la bondad que irradiaba. Era una lideresa, cualquiera de verla sin hábito o de oírla sin verla, jamás hubiese pensado que era una religiosa.

Debemos educar al hombre para la vida, para que sea más humano, para que muestre su bondad. Que se encuentre con su mundo interior, para que pueda disponer con libertad de sus ideales, que son aquellos que lo acercan a Dios, al hombre y a la humanidad.

Cornieles Díaz

Un hombre desprovisto de ideas, de objetivos, jamás podrá realizarse como hombre, y será presa de su propia condición. Un hombre que luche sin esperanzas, sin amor al prójimo, sin metas, sin preocuparse por su existencia, jamás podrá aspirar a vivir como hombre, y estará más cerca de la vida salvaje que los propios animales inferiores a su especie. Las herramientas que construimos, son para liberarnos de la animalidad, no para destruirnos. Los hombres somos iguales ante Dios, y ante las leyes, pero la vida social, la distribución de las riquezas no hacen desiguales. La riqueza engendra poder, cuando ella se queda en pocas manos, y si esas manos son corrompidas, corrompen a los más desposeídos hasta convertirlos en miserables e instrumentos de sus locuras. El hombre, como un animal más, nace libre, su encuentro con la sociedad lo estigmatiza y lo coloca en una estructura social que a veces lo devora y lo destruye. No estoy abogando por la destrucción de la estructura social, sino por el hombre que inmerso en ella, se despoja de su humanidad.

Cuando aprendamos a que el hombre como criatura de Dios, merece ser tratado como Dios, en ese mismo momento entenderemos, lo que significa el amor entre los hombres, la práctica de la vida. Cuando aceptemos, nuestra responsabilidad en el mundo, que la deshonestidad es un obstáculo para la realización del hombre, cuando aprendamos a decir, si, si, no, no, y no seamos víctimas del egoísmo, de los falsos intereses, de las adulancias, de las apetencias devoradoras del hombre, del deseo de apropiación de la riqueza del otro, de la manipulación de las consciencias, del engreimiento humano, del deseo de imposición sobre los demás porque sólo yo tengo la razón, cuando no excluyamos al hombre mismo por sus costumbres, su cultura, su dinero, cuando seamos más afectivos, más prestos a ayudar, a corregir, a conducir, cuando no tengamos que justificar con maniobras intelectuales nuestras acciones, cuando seamos capaces de tomar decisiones que favorezcan al prójimo, como a mí mismo, estaremos en presencia de un mundo mejor.

- Ética es el grito, sencillez, disciplina, trabajo y amor.

Pero sobre todo respeto al otro, para que el otro me respete. Mi libertad termina donde comienza la de cada uno de ustedes, pero la de ustedes termina donde comienza la mía. Respeto, respeto, honorabilidad, honestidad, ética y moral son los polos más importantes de una sociedad.

-Pido perdón Señor por los que oprimen, porque no saben lo que hacen, y te pido perdón por mí, por permitirme decir, que no hay lugar en este mundo para el opresor, para el que subyuga, para el que asesina, para el que destruye los bosques, las selvas, los ríos, los mares y nuestro derecho a respirar la vida, a respirar la libertad, y a respirar el amor.-

Glorificado seas Señor en cada ser humano que lucha con fuerza por ser un hombre creado por ti, con deberes pero con la absoluta convicción de sus derechos y de libre albedrío.

-Cuando aprendamos a ser ciudadanos de este mundo, de esta tierra, de este globo terráqueo que cada día destruimos sin piedad, seremos mejores humanos. No entiendo de nacionalidad, no entiendo de hombres regionales, identificados con un pedacito de la tierra. El hombre reina en la tierra, en la tierra como un todo. A la hora de morirnos, de secar los ríos, los mares, de hacer árida la tierra, no lo estamos destruyendo para occidente, ni para el oriente, ni para el polo sur o el polo norte, lo estamos destruyendo para todos. ¿Por qué no entendemos, que la tierra es la nave donde viajamos todos. Por qué no entendemos que no somos diferentes a otros, por el color de su piel, de su dinero o de sus riquezas?-

-¿. Por qué nos empeñamos en crear miseria, escoria humana, así, como si ese que tenemos al lado, como si ese que tiene problemas mentales, sociales, culturales, legales, no formase parte de la humanidad?-

Cornieles Díaz

No hemos preguntado

- ¿ hasta dónde tenemos culpa, hasta dónde los gobernantes que elegimos no son de nuestra exclusiva responsabilidad?.-

-¿Es que acaso no vemos que al excluir nos excluimos nosotros también. Es que acaso la inteligencia no nos sirve para controlar nuestros sentimientos hacia los demás?. Por qué no decimos como dice Guédez (2007) la amistad como el amor, también exige perseverancia, y cultivo.-

-Por qué no amar al otro, Goethe decía que sentirse amado da más fuerza que sentirse fuerte. Por qué no cerrar los ojos y soñar con un mundo mejor, por qué no abrir los ojos y luchar por él. -

Bajando un poco la voz , dijo: perdonen ustedes, pero me siento como una ciudadana de la tierra, hoy estoy aquí, mañana en El Congo, pero pasado podré igual estar aquí o más allá, y siempre sentiré que estoy en casa. Si he aprendido varios idiomas y varios dialectos, es para sentirme como en casa, es como si pudiera vestirme con la ropa que usan mis amigos en cada partecita del globo. He aprendido lo que la gente culta dice que son groserías, y las he incorporado a mi vocabulario, pues cuando hablo quiero sentir que el otro me entiende, y si me entiende poco a poco incorporo la palabra culta, la palabra llana, la palabra que nos comunica. No quiero ser muda, quiero hablar y necesito hablar. No puedo ser una convidada de piedra en un mundo que se nos va de la mano.

No quiero ser un ser que se confunde con una letanía, que repite como loro lo que las escrituras dicen, quiero ser un ser prácticamente y activo. Quiero tener una opinión y a eso he venido.

Hoy soy una monja, pero igual mañana puedo no serlo, quiero ir por la vida, mirando de frente, rompiendo los esquemas que traumatizan las almas, quiero gozar de la plena libertad que me concedió el Señor. El Señor nos hizo libres, y

nosotros nos hemos encadenado. Glorifico al Señor, que me dio la vista para ver su creación, que me dio los oídos para oír el murmullo de la naturaleza, que me dio el olfato para respirar su aroma, que me dio el tacto para acariciar, y me dio la inteligencia para pensar, para no encadenarme, para opinar, para no dejarme oprimir, para saber hablar, para saber cuándo callar, pero también cuando elevar mi voz.

Señores, ahí está nuestra nave y nuestros hermanos, ellos esperan por nosotros, no hagamos de este evento un diálogo de sordos, mudos y muertos. Unamos nuestras fuerzas, busquemos los que se parecen a nosotros y ayudemos a los que luchan por hacer de esta nave un espacio más vivible. No hay sistema de gobierno que no haya oprimido, u hombre que se haya erigido en reyezuelo que no haya caído. Como dijo Nuestro Señor:
Tire la primera piedra quien se sienta libre de pecado.

No he venido a traer paz, si no a que pensemos en la paz. La paz no se alcanza por decreto, se alcanza con acciones, y las acciones jamás serán sino están acompañadas del amor por los demás. No miremos al que tenemos al lado como un pobrecito a quien tenemos que proteger, mirémosle como un hombre que requiere de una oportunidad. Démosle esa oportunidad.

Gracias por recibirme, gracias por dejarme una ventanita para asomarme

Todo el auditorio quedó en silencio, y luego de unos segundos un hombre alto, elegante y muy bien vestido, se puso de pies y, al rato todo el auditorio estaba de pies.-Era extraño ver una monja con aquel discurso, pronunciado en perfecto francés, inglés y español casi simultáneamente, por lo que no necesitó traductor.

El público quedó en silencio, y ella poco a poco fue descendiendo del estrado. Cuando terminó el último escalón, un sonoro aplauso la dejó sin aliento. Había periodistas por todas partes, gente que la llamaba y le pedía entrevistas.

Cornieles Díaz

El día había sido agitado, muchos discursos hablaban sobre la necesidad de atender a los niños, de vencer el tedio y las desigualdades. Ella, quien más que ella podía hablar de desigualdades. Tomó un pequeño obsequio que le habían entregado y el cual decía

-Gracias Sor Teresa, sólo podemos amar, cuando nos hemos amado a nosotros mismos y muchos gobernantes, no se quieren ni ellos mismos. -

El regreso al Congo, fue tan agobiante como la partida. Igual el cielo pronosticaba lluvia, Sor Teresa se decía, si en vez de llamarse Sor, se pudiera llamar Lluvia, estaría a la altura de los acontecimientos. Su vida de alguna manera estaba relacionada con la lluvia. Eso la hizo reír, sin darse cuenta. A su regreso un hombre como de unos 35 años estaba a su lado. Viajaba como agregado militar a un país del Asia. A su lado iba su esposa y un niño como de siete años. El niño llevaba una chupeta en sus manos y le ofreció un poco a ella. Rieron de la gracia y eso sirvió para romper el hielo. Sobre su uniforme de militar llevaba como 12 condecoraciones que el bebé tocaba y preguntaba al oficial, que significaban. En una de esas oportunidades el niño miró a Sor Teresa y le vio el gran Cristo, y mirando a su padre le preguntó.

-¿Puedo tocarlo? -

Sor Teresa, con gesto risueño y antes de que el padre le contestara, le dijo,

-Tocarlo, oírlo, mirarlo, pero sobre todo amarlo.-

El niño dio vuelta al crucifijo, y le preguntó a Sor Teresa

-¿Es tu condecoración, te la ganaste?-

Estoy tratando que él sea mi condecoración y estoy tratando de ganarla, le contestó con suavidad.

-Mi papá se ha ganado las condecoraciones y tiene muchas, dijo el niño.-

Bueno

, dijo Sor Teresa, -

Yo no tengo muchas,
sólo a Él.

Pero hay que ganarla, papá se las ha ganado todas y a mi me gustaría tener tantas como papá, dijo el niño con orgullo, poniéndose de pies y colocando una mano sobre sus sienes en actitud militar.

¡Ojala! , querido niño, que encuentres tus condecoraciones aquí, y le tocó el pecho.

El niño la miró como sorprendido y se aferró al cuello del padre pinchándose con una de ellas, la cual rodó al suelo del avión.

-Perdona papá, -

_dijo el bebé. Tomando del suelo la condecoración. Miró a Sor Teresa y le dijo, Orden “General.... “pero no terminó de leer, el militar prácticamente se la quitó de la mano y la volvió a poner en su sitio.

El regreso fue similar, aterrizaje en el Aeropuerto de Barajas, luego volver a retomar a El Cairo, y seguido a Maya-Maya (Congo-Brazzaville).

De regreso al Congo, y ya en su convento, Sor Teresa, sentía el cansancio de aquella semana, en varios centros culturales la habían invitado, y no dejaba de mostrar diapositivas, películas sobre los planteamientos que se hicieron.

Una semana después de su regreso al Convento en el Congo, no tenía noticias nuevas, y menos sobre algún viajero de su familia que le había prometido visitarla. Se quedó un tanto preocupada. Pasó revista a todas las actividades del Convento y le pareció importante comenzar la recolecta de frutas de la estación.

Amaba la tierra a la cual había adoptado como suya. Un Estado situado en el África central, limitado al norte por la República Centroafricana, al noroeste por el Camerún, al sudoeste por el océano Atlántico, al oeste por el

Cornieles Díaz

Gabón, al este por el Zaire y al sur por Angola (Cabinda). Un Estado con una superficie de 342.000 km² y con una población de 2,5 millones de habitantes, con muchas etnias y fe religiosa.

Había tenido la oportunidad de conocer a los fang, los m'bochi, los Ubangui, los kota, los teke, los makaa, los n'zabi, los sangha y los kongo y algunas lenguas o dialecto de las poblaciones corresponde a las diferentes etnias. Allí se mezclaban varias religiones el cristianismo, el animismo y el Islam y gracias a la democracia pluralista, están apareciendo múltiples sectas que se identifican en mayor o menor medida con las mencionadas religiones. Como en muchos otros países de África, la población congoleña es relativamente joven. En efecto, el grupo de edad de 0 y 20 años representa más del 50% de la población total. Las regiones del sur del país (Bouenza, Lekoumou, Kouilou, Niari y Pool) concentran por sí solas cerca del 70% de la población; las regiones del norte (las mesetas, Cuvette, Sangha y Likouala) se reparten el resto. La tasa de escolaridad es alta, próxima al 100%, a pesar de que la infraestructura no se ha modernizado realmente.

En esta región los jefes de familia son mujeres

Se alegró mucho al ver que los diarios anunciaban que en breve comenzaría la reconstrucción de pequeñas carreteras en varias zonas de la República Democrática del Congo, según informa la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO).

Se trataba de un importante paso adelante para llevar alimentos a las personas hambrientas y potenciar la producción agraria. La reconstrucción de más de 300 kilómetros de pequeñas carreteras en las proximidades de Kinshasa, Kikwit, Mbanza Ngungu, Mvuazi, Kisangani y Goma permitirá el acceso a los principales mercados de productos alimentarios en esas zonas, durante todo el año. Se daría carretillas, picos, palas, azadas y palancas a las personas que viven en los alrededores de las carreteras responsabilizándoles de su mantenimiento.

Finalizado el proyecto, la FAO también distribuirá semillas y aperos entre los agricultores para ayudarles a reanudar o incrementar su producción agraria. Cuando los comerciantes acudan a comprar productos agrícolas, tendrán que pagar una contribución financiera al "comité local de mantenimiento de carreteras".

Como en muchos otros países de África, la población congoleña es relativamente joven. En efecto, el grupo de edad de 0 y 20 años representa más del 50% de la población total.

Los diarios anunciaban que en breve comenzaría la reconstrucción de pequeñas carreteras en varias zonas de la República Democrática del Congo, según informa la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO). Se trata de un importante paso adelante para llevar alimentos a las personas hambrientas y potenciar la producción agraria. La reconstrucción de más de 300 kilómetros de pequeñas carreteras en las proximidades de Kinshasa, Kikwit, Mbanza Ngungu, Mvuazi, Kisangani y Goma permitirá el acceso a los principales mercados de productos alimentarios en esas zonas, durante todo el año. Los beneficios para la población local no se agotan al finalizar el proyecto. Daremos carretillas, picos, palas, azadas y palancas a las personas que viven en los alrededores de las carreteras responsabilizándoles de su mantenimiento",

Finalizado el proyecto, la FAO también distribuirá semillas y aperos entre los agricultores para ayudarles a reanudar o incrementar su producción agraria. Cuando los comerciantes acudan a comprar productos agrícolas, tendrán que pagar una contribución financiera al "comité local de mantenimiento de carreteras".

Había tenido una semana de intenso trabajo, un grupo de niños de la escuela donde trabajaba quisieron halagarla a su regreso, montaron varias actividades,

Cornieles Díaz

con canciones propias de la región y bailes alusivos. Aquello le revitalizaba, le daba vida y muchos deseos de seguir trabajando.

Una noche después de una cena muy sencilla, recibió una carta que primero la angustió y después la hizo reír.

-Querida Sor Teresa-

No te preocupes por mí, estoy conociendo otra parte de la vida. La de la sencillez, la de amarse uno mismo, la de participar de un mundo más simple, pero más hermosos, más lleno de pequeños detalles. A mi edad estoy creciendo, estoy permitiéndome un poco de vida y lo estoy logrando. Estoy aprendiendo a regresar del camino andado. Pronto nos veremos. Te amo mucho María.

La carta la alivió mucho, y le dio interés de nuevo sobre la lectura del libraco, al cual tenía quince días sin acercarse.

CAPÍTULO IV

OJEANDO EL DIARIO

A pesar del tiempo transcurrido sor teresa no había perdido el interés por aquella lectura. Así que una vez en el convento cada vez que tenía oportunidad la releía. Algo era interesante, se podía observar la madurez alcanzada por la escritora.

Abrió la página 141 del cuaderno y leyó casi sin detenerse.

El Doctor Alfredo José Morales se instaló en Cambural. Puso su consultorio en la planta baja de una casa de dos pisos que había comenzado a construir el alcalde de Soapire, como consultorio médico para Cambural. Dividió la sala de consulta con una cortina, que de tanto pasar gente a través de ella, se veía desaseada y deshilachada. Nolasco, era una especie de portero que se reservaba el derecho de dejar entrar al que él quisiera al consultorio. Era un viejo alto, como de setenta u ochenta años, asqueroso, sin dientes, maloliente y con cara de coño de madre, como decía Don Joao. Allí iba todo Cambural y sus alrededores, así que en poco tiempo el doctor adquirió fama de bueno y Nolasco de desgraciado.

Emperatriz

Traté de usar todas mis argucias para conquistarlo, pero no me llegaba la ocasión y tampoco quería irme de las primeras. Pero el destino estaba conmigo. Así que cuando vino una de esas virosis horribles, caí en cama y con mucha fiebre. Al extremo de pescar una neumonía. Mamá llamó al doctor Alfredo José y éste vino a verme por la tarde. Me puso un tratamiento bastante efectivo que en cuestión de tres o cuatro días me hizo parar de la cama. Mientras me atendía yo le miraba. Era como diez años mayor que yo. Delgado, elegante, y no era feo.

Cornieles Díaz

Bastante sencillo y se reía con una sonrisa agradable. Durante los días siguientes me la pasé pensando en él. Este era mi oportunidad, así que no descansaría hasta casarme con él. Esa fue la promesa que me hice y cada día luchaba por ella.

No estaba enamorada, lo que quería era salir de Cambural, pero a fuerza de leer novelas, sabía como se expresaba el amor. Toda mi vida pensando en cómo conquistar un hombre de otra clase y ahora no encontraba la forma de encontrarme con el doctor. Me arreglaba pasaba frente a su consultorio pero pasaban los meses y no lo veía. Para aquel momento leí una novela que según Don Fidel se llamaba de costumbres. Aquello me venía como anillo al dedo. ¿Cuáles eran las costumbres del doctor Alfredo José? , sólo así podía interceptarlo y tratarlo, de lo contrario iba a pasar mi vida en aquella agonía. Yo no descartaba la idea de otras muchachas estuvieran pensando lo mismo. Así que tenía que apurarme. Mi problema era por donde empezar, y si las novelas esas, llamadas de costumbres me podían ayudar.

Un viernes por la tarde mientras hablaba con Don Fidel, le hice alusión a esas novelas y le pedí que me hablara de ellas. Yo pensaba encontrar algún elemento de ayuda. Don Fidel me vio tan interesada que deshizo en explicaciones. Lo primero es que ellas son el producto de la observación de la realidad, por ello, se les llama de costumbres. Hacen énfasis en las conductas humanas de personajes y de tipos analizados en su contexto histórico y entorno social. Estos personajes son representantes de un grupo humano y de su esquema de valores en el marco de una sociedad concebida como totalidad.

Cuando le pedí que me explicara estas frases, casi me desmayo. El doctor Alfredo José no podía ser de mi grupo humano, no podía amar mis mismos valores. Mientras yo me debatía con el pensamiento Don Fidel hablaba y yo lo oía lejano, muy lejano.

Así decía, entre las novelas de costumbres decía, hay algunas de gran valor como las de Dickens, casi todas las novelas españolas de ese tipo y muchas

americanas como Don Segundo Sombra., me repetía pero yo no estaba pendiente de Don Segundo, , ni de Don Primero, sino del Doctor Alfredo José. En aquel momento me puso una novela entre las manos, llamada la Comedia Humana, de Honorato de Balzac., y luego agregó puedes llevártela, y leerla con calma si eso te interesa. Voy a localizarte la de Emilio Zola, quien pretendía hacer de la novela una observación científica y experimental de la humanidad, hasta el extremo de que sus personajes solo se mueven por impulsos fisiológicos.

La verdad que no se si Don Fidel hablaba para mí o para el mismo. A veces no le entendía, pero gracias a mi extraordinaria memoria podía repetir sus frases una a una. Sin embargo dijo algo que me conmovió: Con el naturalismo la literatura se puebla de borrachos, de vagabundos, prostitutas, chusma, pueblo maloliente. Tabernas, pocilgas, etc. son el escenario de las trifulcas, palizas y amores sucesivos. No hay en el naturalismo deformación grotesca sino copia fotográfica de una triste realidad que no es toda la realidad. Cuando finalizó sentí un dolor profundo, una angustia que me recorría el cuerpo. Aquella manera de hablar de la gente de los barrios, que casi me parecía advertir el desprecio. Todo eso lo recordaba y lo escribía.

Siempre trataba de llevar mis cosas a mi pequeño diario donde escribía mí día a día, lo ambientaba en Cambural o en Portobello. Casi era una autobiografía. Yo había leído, sobre la novela biográfica y sabía por Don Fidel que: André Maurois, Stefan Zweig, Emil Ludwing, habían trabajado esta novela, pero yo había leído muy poco sobre ellos. En mis relatos yo me hacía de heroína, quería salvara mi familia de Cambural y lo conseguía, aunque al despertarme volviera a mi realidad.

Un día mamá presentó un fuerte dolor en la espalda, y no podía pararse de la cama. Me pidió ayudar a Don Joao. La verdad que ir a vender comida o su guarapita no me agradaba nada. Mis hermanos se ponían furiosos porque yo no iba, y le sacaba el cuerpo. Pero estaba tan mal, que me fui al negocio como ellos le decían, y que para mi estaba bien lejos de ser un restaurante. Ese día era

Cornieles Díaz

sábado, junto a don Joao, me fui a la cocina a pelar papas, a limpiar pescado, y a servir platos que mis hermanas y su marido llevaban a las mesas. Aquel día parecía una feria, apareció más gente que de costumbre y para mi sorpresa estaba el Doctor Alfredo José.

Cuando me acerqué, me preguntó por mi salud.

- Yo estoy bien doctor, _ le dije, quien está muy mala es mamá, no se puede casi parar de la cama.

_Pero por- qué no me avisaron, -

_ Yo estoy cerca y puedo pasar un momento por su casa. -

-Hoy no puedo ir, pero mañana temprano dile que me espere.-

Si aquel día había ido rabiosa a trabajar, ahora estaba feliz. Mi destino se estaba dando. No fue casual mi visita. Dios me estaba escuchando. De aquel domingo a casarme con el doctor Alfredo José, no pasaron ni tres meses. Mi hermoso vestido de novia fue un regalo de Don Fidel. Nos casamos en la iglesia San José, la bonita iglesia del municipio. A Yulexis se le había pasado la rabieta y pasó el día maquillándome, peinándome y arreglando mis pies y mis manos. Su marido tenía un carro libre grandote y en ése me llevaron a la Iglesia. La fiesta comenzó a las ocho de la mañana y terminó al siguiente día. Todo el barrio estaba allí. En una casona que la llamaban el Club, y donde se expedía cerveza y se jugaba gallos, caballos y todo lo que se pueda jugar. Mi madre estaba feliz, y yo también, aunque no era así como había planeado mi boda. Me hubiera gustado hacerla en la Catedral, con muchos niños llevando mi cola, con una madrina como Doña Camilla y con una iglesia llena de flores.

A falta de papá me llevó Don Joao a la iglesia. Yo no veía la santa hora de irme de Cambural Yo había sellado mi destino. Ya no era la muchachita del barrio, ya era toda una señora y como yo lo había deseado, casada con un doctor.

La fiesta comenzó a las 9 de la mañana, pues a esa hora nos casamos por lo civil y a las 5 de la noche por la iglesia. Cuando fuimos al club todo el barrio estaba presente. Todo el mundo colaboró por tanto las cajas de cervezas y los pasapalos fueron un regalo del barrio. A eso de las 9 de la noche no quedaba un ser vivo que no estuviera borracho.

El mismo Doctor no se veía bien. Así que los únicos que estábamos cuerdos era mi madre, Don Joao y yo, pues hasta mis hermanas y hermano estaban bien tomados. En la medida que avanzaba el tiempo las cosas se ponían peor. Mi amiga Zula, comenzó a bailar, un baile que llamaba el perrito. Su bella figura se contorneaba, y a mi me parecía que simulaba el acto sexual de los perros. Empezaron a hacer un círculo a su alrededor y ella se entregaba con frenesí al baile. En un momento comencé a sentir asco de todo aquello. Los hombres me parecían una especie de perros, bulldog, Chihuahua, lobos, que dejaban caer sus babas. Observé a Juan Saa uno de los hombres más viejos de Cambural y me pareció un perro Spitz. El viejo Juan era barbudo, y peludo. Él estaba allí aupando con sus aplausos los bailes de Zula.

Yo podía reconocerlos, pues Timoteo, mi hermano, adoraba a los perros y tenía un álbum con cuanto tipo de perro había. Allí estaba también un Irish terrier. Este era el dueño del club, pues su cara era muy expresiva y cambiaba de acuerdo a lo que estaba sucediendo. Pero también estaban los perros callejeros. Cada vez que aupaban a la Zula, me parecían que estaban ladrando, y ella se contorneaba más. Hasta las niñas que llevaron mi cola entraron al baile, y si Zula se movía estas lo hacían con mayor maestría. Sentí terror de ver los rostros de los hombres complacidos de lo que veían y más me aterroricé cuando vi el rostro de sus mamás complacidas y felices..

Don Joao me parecía un bulldog, que se había adaptado excelentemente a mi familia. Por primera vez sentí asco de mis condiciones de vida, y del comportamiento de aquellas personas. Si yo llamaba miserable a los de Portobello, mezquinos, roñosos, tacaños, usureros, ávidos de riqueza, incapaces

Cornieles Díaz

de hacer el bien a otros. ¿Cómo podría llamar a aquellos? Todo lo que hacían me parecía despreciable. Zula y las otras bailaban al compás del tambor, o de la bachata, o chambeta, contorneaban sus caderas y sus senos se balanceaban al aire, y casi los llevaba a la cara de aquellos perros, que babeando aplaudían sin cesar., yo sentía que actuaban en forma deshonesto, perverso, abyecto.

En ese momento odié la vida de Cambural, y odié al hombre con quien me había casado, incapaz de parar aquella sordidez y celebrando con ellos como si hubiese sido siempre parte de su vida. No era eso lo que yo deseaba. No tenía ninguna comparación con el matrimonio de la Toya. Me odié, me odié. Sentía que me agredían en mi fiesta, eso no era lo que yo quería. Era una agresión porque sentía que me negaban, el derecho a mi fiesta, que no me consideraban, aquella era mi fiesta, y aquellos hacían de mi fiesta los que ellos les parecían. Eran indiferentes, yo no tenía presencia, y lo que me sucedía en el alma estaba fuera de sus preocupaciones. A las tres de la mañana había borrachos por todas partes, botellas y latas de cervezas a granel. Todo menos lo que yo hubiera querido. Sentía que me ofendían, me resentía, yo no podía perdonar aquella acción.

Yo quería cambiar a Zula, a ella ni le importaba, cuando se le acercaban los hombres disputándose para bailar, les golpeaba con su trasero, yo los veía como monstruos asquerosos, vulgares, esclavos de sus deseos, arribistas, mentirosos y libertinos.

- ¿Qué sentido tenía la vida para aquellos miserables? –

Lo peor, el doctor se mezclaba con ellos, gritaba, vociferaba, decía igual vulgaridades, bailaba llevando un vaso de cerveza que se vaciaba con los brincos y se lo volvían a llenar y de repente me tomaba de la mano y me llevaba la cerveza que tenía entre sus manos para que yo bebiera. ¡Bravo mi doctor ; decían los invitados, y aquel se movía como arrastrado por la propia sordidez.

A medida que lo veía, se iba perdiendo las fuerzas de mis deseos, aquel hombre comenzaba a mostrarse como lo que era, y yo me empezaba a desvestir en mis anhelos.

Como a las 11 de la noche cortamos la torta. Simulé hasta el fin, me odié y odié mi vida. Arrastrando a mi marido, mi nueva adquisición, casi a las 3 de la madrugada logré salir de aquel marasmo. A medida que nos alejábamos la bulla disminuía. Tomamos la carretera principal, él condujo su carro, un ford de color vinotinto de 1987. Di gracias a Dios que en ese momento no había nadie en la carretera, pues el zigzagueaba como si fuese una culebra por todo el camino. Me miraba con unos ojos que nunca le había visto. Llegamos a la ciudad dos horas después, casi a empujones lo subí al ascensor y a empujones lo llevé hasta la habitación. Lo dejé en la cama, esperando que reaccionara. Sentí agradecimiento a Dios, que aquella hora no había tráfico. El Doctor conducía sin reflejos, su borrachera era igual a todos los de Cambural. Dios quiso que llegara sana y salva al apartamento que yo con tanto esfuerzo había adquirido, y a duras penas lo tiré sobre la cama. Me fui al baño, me desvestí, las lágrimas salían solas de mis ojos. Una pena infinita se apoderó de mí, unas ganas locas de gritar y de vomitar. Me miré al espejo, una cara desdibujada, triste y melancólica fue lo que el espejo me devolvió. Sentí tanto asco que me bañé con el vestido de novia, y el sucio del ruedo salía y se iba por el albañal, yo sentía como si todo el sucio del mundo se estaba hiendo por allí, desprendí los adornos, tiré los guantes, mi pequeña corona de azahar estaba sobre la peseta, sequé mis lágrimas con rabia, recogí el vestido que ya no era blanco, sino marrón, lo metí en una bolsa y luego lo tiré al pote donde tiramos el papel sanitario. No sé si al hacer esto creía que esa imagen me hacía sentir que estaba deslastrándome de toda aquella bajeza.

Sin ningún deseo fui hasta la cama. Allí tirado, con la misma ropa, con los zapatos puestos, estaba aquel despojo con el que me había casado. Sentí asco. Me acosté a su lado. No sé si hubo noche de boda, sólo sé que a la mañana siguiente tenía sobre mí, un aliento fétido, con olor a aguardiente. Aquello no

Cornieles Díaz

parecía un hombre, no era diferente al común de Cambural, ya no era mi héroe ideal. Ni siquiera, le veía fuerzas para una gran pasión. Yo había predispuesto todo. Yo había diseñado mi matrimonio, mi vida, y nada salía como yo quería. Me sentía un ser del montón, me resultaba difícil comprender mi situación, me sentía incapaz estaba, aprisionada por las circunstancias y en desacuerdo conmigo misma.

Estuvimos como todo nuevos esposos nuestra luna de miel. Don Fidel me había regalado un talonario, donde estaban un conjunto de billetes que se desprendían del talón principal. Como toda buena esposa, puse en manos del doctor mi talonario, y vi, como sin ningún pudor, él fue desprendiendo uno a uno mis billetes. En la vía hacia el occidente del país, no dejó de beber cerveza, una tras otra, como si sintiera necesidad de ella. Aquello fue mi gran descubrimiento. El se había alejado de su familia por alcohólico. Los días que pasaron no dejaron de atormentarme. El siguió asistiendo a Cambural, a veces se quedaba allí dos y tres días seguidos. Un día le reclamé que se quedara en Cambural, y me pidió que viviéramos allí.

_Yo me siento muy bien allí, me decía,

_yo me debo a los humildes,

_yo deseo darle mi ciencia. Fíjate que casi ni les cobro.

_¡Cómo! , le decía yo, y de qué vamos a vivir.

-Para vivir, Decía el Doctor Alfredo José, no hace falta, si no estar bien, y estar sano. Podemos ampliar el consultorio, la parte de atrás es nuestra casa y la de adelante para mi consulta.

_No, no le repetía, yo tengo mi apartamento,

_ Estoy estudiando, _Estoy luchando por salir de aquí, _¿Cómo me voy a devolver?.

_ Entonces, no te devuelvas me dijo. Separó de la mesa donde almorzábamos y se fue durante una semana a Cambural. El se debía a Cambural, me repetía, todo el tiempo. Allí estaban sus pacientes. Si venía al apartamento lo hacía a regañadientes. Empezó faltando tres días hasta que ello se hizo consuetudinario, a veces no lo veía durante un mes. Por mi madre sabía, que después de la consulta se iba con los hombres de cambural a beber aguardiente hasta la madrugada.

Un día me llamó que se sentía muy mal, que si podía irlo a buscar a Cambural, me dijo que sentía un fuerte dolor en el pecho. Eran casi las siete de la noche.

Tomé un taxi y me fui a Cambural. Toqué insistentemente la puerta del consultorio, y nadie me abrió la puerta. Yo pensé que sería un infarto, así que utilizando el duplicado de las llaves que a escondidas del Doctor había sacado de aquel consultorio, abrí la puerta. No había nadie, pero no había terminado de recorrer el pequeño espacio cuando sentí un golpe sobre la espalda, y luego otro, y luego otro, hasta caer sin sentido en el piso. Como a las cinco de la mañana pude volver en mí. Me arrastré hasta el baño, no tenía golpes en la cara pero si en el cuerpo. Como pude me incorporé, salí de allí y a duras penas caminé hasta el restaurante de mamá, que quedaba como a tres kilómetros y a orillas de la carretera. Toqué la puerta del negocio, y cuando ella abrió le caí encima. Mamá, abrió los ojos con desespero, entre ella y Don Joao me arrastraron a una cama y entre preguntas y ayes, me fueron poniendo árnica y ungüentos en los moretones. Mamá habló de llamar a mi esposo, pero le supliqué que no lo hiciera. Un extraño presentimiento se adueñó de mí. Cuando pude hablar les dije que habían asaltado la buseta donde venía. De aquel acontecimiento nadie supo. El doctor no me dio explicaciones de su llamada. A los cuatro días se apareció en el apartamento, como si no hubiese ocurrido nada.

Regresaba al apartamento, cuando él quería, jamás pagó un condominio, un teléfono, o trajo comida a casa. Comenzó faltando un día, dos días, quince días, tres meses. Después de cinco años, un aviso en la prensa me sorprendió,

Cornieles Díaz

estaba divorciada. Para esa época yo había obtenido el título de bachiller y con ayuda de Don Fidel había ingresado a estudiar Derecho, junto con mi amiga Romilda. Ahora había ascendido de secretaria a auxiliar de abogado, en el bufete de Don Fidel. Aquella mañana, cuando vi aquel anuncio en la prensa, se le comenté a Don Fidel. Me dolía el alma, y no sabía ¿por qué? .

Me sentía triste, abrumada. El ambiente se me enrarecía. Don Fidel quiso que yo me olvidara de aquella pesadilla, había adquirido una bellísima computadora y me envió a un curso para que colocara todos sus papeles en la memoria de la misma. Claro que fui al curso, claro que aprendí, pero eso no mitigaba mi pena. Aprendía usar el Internet y a enterarme lo que ocurría en el mundo a través del computador. Para esa época la guerra de Irak se desarrollaba, Estados Unidos acusaba a Sadán Hussein de tener artefactos nucleares. Don Fidel, aunque era partidario de sacar a Sadan, le molestaba lo que hacían con la herencia cultural del pueblo Iraquí.

Siempre me establecía comparaciones entre lo que ocurría en el mundo y las novelas, así que una vez mientras yo hacía que grababa la información en los CDS, él hablaba como un loro. En la novela tradicional había "héroes", como: Crusoe, Werther, Raskolnikov, Karamasov, Ana Karenina, etc. Todo esto obedece a que el mundo contemporáneo ha sufrido profundas transformaciones y dolorosas experiencias: el maquinismo, la sociedad en masas, el extraordinario desarrollo de la técnica, las guerras mundiales como la manifestación de crueldad colectiva, la bomba atómica como riesgo de autodestrucción universal, el terrible poder de la propaganda los medios estatales para influir sobre una comunidad o sobre un país. Me encantaba oírlo hablar, a veces me sorprendía yo misma hablando como él, y a veces sólo oía un eco lejano, muy lejano y mientras él hablaba mi cabeza estaba en otro lado. Pero eso fue maravilloso, pues aprendía estar en dos sitios de mis pensamientos a la vez.

Con Don Fidel

Prácticamente en aquella casa quedábamos solos los dos. Su mujer más estaba en Norteamérica que aquí. Un día lo sorprendí hablando con Doña Leticia. Y como siempre, yo era un objeto más de la biblioteca. Se veía alta, elegante, fina y bien vestida. Se le acercó por los hombros y le abrazó, y en voz baja, pero que podía oírse hasta mi pequeño rincón, le decía: con el matrimonio de ustedes, se logró mucho, pero también se perdió mucho. Camilla, aseguró su honor y ganó su libertad, ella pasará como la gentil y extraordinaria Doña Camilla, pero tú Fidel, ¿qué ganaste tú? El cautiverio, la burla. Porque no me negarás, que estás más tiempo recluido en tu palacete, forjado por ti, hecho por ti, que en ese mundo que tiene tantas perspectivas para los seres como tú. Estás aislado, y cultivando a una burra, a una ignorante, a casi un despojo social. Pues, ¿qué te hace rebajarte a tener charlas y a lo peor acostarte, con una semibestia, como es Emperatriz? Yo veo, decía Doña Leticia, como pierdes el tiempo con esa niña. Por qué no podemos iniciar una nueva vida, o es que sigues anclado en el pasado. Allí, en los brazos de Giselle. Giselle está muerta, muerta, muerta, y yo estoy viva, viva, viva. Camilla hace su vida con su amante en Norteamérica, y tú, de qué haces, de ca..... Pero no terminó, yo sólo oí, un fuerte golpe, que no se si fue, sobre la mesa del escritorio de Don Fidel, no se fue sobre la cara de Doña Leticia.

Sentí un profundo dolor en mi pecho, rabia, dolor, tristeza. Casi se me sale un ¡Oh! de mi boca, así que puse las manos sobre ellas y traté de no hacer bulla. No quería que supieran que yo los había oído. Aquello me dolió inmensamente, sentía que aquello se parecía a mí, las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas y no sabía exactamente por qué?

Don Fidel no le daba ninguna importancia, miraba a través del ventanal, Doña Leticia le acariciaba la espalda, le besaba, yo no se si aquello era amor, la verdad, es que tampoco yo tenía un termómetro para medirlo. La verdad que pasé toda mi vida tratando de adivinar que era amar. Yo no sentía como en las novelas, cuando me acerqué al Doctor Alfredo, me gustaba, pero cuando recordaba a mi chofer del autobús, sentía deseos de salir corriendo hacia él, de

Cornieles Díaz

abrazarlo, de besarlo, de sentir sus caricias. Unas caricias que nunca me dio, ni siquiera en sueños. Una dulzura llegaba a mis labios y todo mi cuerpo se ponía suave como una pluma. Deseaba volverlo a ver, pero nunca jamás volvía verlo.

Realmente leyendo novelas yo aprendía, trataba de imitar a los personajes, pero la realidad me devolvía a mi vida. Doña Camila y Don Fidel con los años estaban más separados que nunca, cada uno hacía su vida y se respetaban su privacidad. Pero de igual forma siempre Don Fidel era visitado por sus amigos. Cuando tenía visita, cosa que era casi a menudo, no importaba si la visita era de sus hijos o de sus amigos, todos se me parecían. Había uno que coleccionaba carros de carrera, así oí hablar por primera vez de un carro llamado lamborgino o algo así, y de carros con la carrocería de oro, que era propio de los jeques. Una de las cosas que más me impresionó de aquellas visitas fue una conversación que tuvo con el profesor Samuel, hablaban de un tal Nerón. Hasta ese momento ese nombre creí que era destinado a los perros únicamente. Pero al enterarme como este hombre había quemado a Roma, y todas las horribles cosas que hizo, me pareció, que habíamos sido muy crueles con nuestro perro al llamarlo así.

Doña Camila, era amante de la música, más que de la literatura. En una oportunidad hablando con Stephanie, una de sus hermanas, en ocasión del festival de teatro que se celebraba en el país, le dijo: La poesía, el teatro y la novela japonesa, son hermosas, muy a pesar de la influencia de los clásicos chinos, la poesía nunca perdió, ni en los momentos de mayor postración, sus características: brevedad, claridad del dibujo, mágica condensación. Puede decirse lo mismo del teatro y la novela. En cambio, la especulación filosófica, el pensamiento puro, el poema largo y la historia no parecen ser géneros debidos al genio japonés.

Stephanie era más joven que Doña Camila, era morena no muy alta.. Las cejas bien arqueadas y unos ojos grandes, negros y brillantes, que eran envueltos en unas largas y negrísimas pestañas. Solía tocar el piano, cantar una

canción muy bella, que según Doña Camila se la había compuesto uno de sus admiradores. Tenía su edad, pero si no fuera por lo altiva, se hubiera visto mucho más bonita. No se había casado y siempre tenía una respuesta cuando le preguntaban porque no lo había hecho.

Nunca la vi de mal humor, pero tampoco, me dirigió ni una sola palabra mientras estuvimos allí. Yo no se si Doña Camila se llevaba bien con Stephanie, a mi me parecía que no. A pesar de que Stephanie, o La Señorita Stephanie se veía muy inferior a Doña Camila, pues cuando la primera hablaba, la segunda jamás se le oponía. Yo adivinaba una especie de juego, donde Stephanie esperaba que Doña Camila cubriera todos sus gastos. Doña Camila siempre le hacía regalos, y regaños que no eran nada malos. En una oportunidad le obsequió un lujoso mercedes benz color verde agua, y la Señorita Stephanie se la comió a besos.

Don Fidel se reía, pero con una sonrisa maliciosa. Yo tenía la sensación de que Stephanie le sacaba un poco de juego a Don Fidel, pues en una oportunidad que Doña Camila enfermó, los vi muy juntos, casi juraría que se estaban besando, pero realmente fue tan rápido, que no me atrevería a decir que es del todo cierto. Pero era curioso que el viejo Fidel, como yo le decía para mis adentros no dijera nada de los regalos que Doña Camila le hacía a su hermana menor. Mejor dicho medio hermana, pues Stephanie era hija de una peruana, (quien había servido a Doña Menena). Doña Menena, era la madre de Doña Camila, y Don Herman, era su padre. Don Herman había embarazado a la peruana, pero al nacer Stephanie, la separaron de su madre, e hicieron ver que era hija de Doña Menena. De este modo creyeron acallar las burlas de la pequeña sociedad donde se movían. Don Herman.

Don Herman era hermano del padre de Don Fidel, por ello Doña Camilla y Don Fidel eran primos. Don Herman y Doña Menena tuvieron cinco hijos varones y a Doña Camilla. Doña Menena se había acostumbrado a las fechorías de su esposo así que éste también tenía dos hijos en una portuguesa

Cornieles Díaz

llamados Giorgiono, y Georgette. Así que de allí nace Georgette y Georgino, los hermanos más pequeños de Doña Camilla. Con el tiempo la pobre Doña Menena se acostumbró a los desplantes de su marido. Cada vez que éste le regalaba una prenda, de seguro había hecho algo que no le gustaría saber a Doña Menena, la cual siempre se las arregló para saberlo. Así por ejemplo un jarrón de jade mandado a buscar al Japón, fue el precio que se pagó por Stephanie. Un collar de perlas negras, el precio de Georgino, y así, mientras Don Pedro contaba hijos y amantes, Doña Menena contaba regalos. Regalos que eran siempre más costosos mientras más grande fuese el pecado. Don Pedro, decían las criadas, hacen los hijos y Doña Menena se los cría.

CAPITULO IV

REGRESO DE DOÑA CAMILA

Un quince de diciembre después de siete largos años, regresaba doña Camila de Norteamérica. Estaba más delgada, muy bella, pero igual de triste. Creí oír que el amigo íntimo de Doña Camilla había muerto. Esto se oía a soto voce, como decían los Terwer, cuando querían que nadie se enterara de sus problemas. Don Fidel, su hijo Cayfid y su mujer Noel, nos pidieron que ayudáramos en el arreglo de la casa, para recibir a Doña Camila. Le pagaron a una Compañía de arreglos para que la casa luciera hermosa, y en verdad, aquella casa era bellísima. Tenía dos amplias salas. Una casi destinada para verla, con muebles sumamente lujosos que según eran ingleses y franceses y la otra para casi las actividades diarias. Era una lujosa mansión ubicada en el este de la ciudad, allí se congregaría lo más selecto de la sociedad, para recibir a Doña Camilla, allí estaban los esposos Ciervillas de la Fuente. Entre los invitados estaba El Coronel Don Juan Menean y Ruiz de la Fuente, quien era primo hermano de Don Fidel. Este recibiría a los invitados.

Don Fidel, aunque nunca amó a Doña Camilla, como amó Giselle, la respetó y la quiso, quizás a su manera. Además eran primos, fueron confidentes de sus problemas, y aquel matrimonio, lejos de hacer que se sintieran mal los unió más. Así que a su muerte Don Fidel lloró. Su familia, venida de otras tierras, con otras costumbres, con otros males acuesta, jamás quisieron dilapidar sus fortunas, y preferían casar a sus hijos a su

conveniencia que dilapidar un solo centavo. Tal vez, eso estaba cambiando, de allí que la Toya, había escogido el hombre con el que se casó, pero igual, le hicieron firmar tantos papeles, y además toda la fortuna de la Toya, no la podía manejar su esposo, si no su hermano mayor. La Toya nunca más volvió, y no se supo nunca si fue feliz o no, pero lo cierto que rompió con todos los Terwer, como se rumoraba por el Palacete. Así que al regresar Doña Camilla, los imponentes salones destinados a las tres salas de la mansión y que normalmente permanecían cerrados, estaban lindos y frescamente adornados con flores y rosas color melón, como le gustaban a Doña Camila.

En la salas se podían observar sobrias pinturas de famosos artistas nacionales y extranjeros, inclusive una pequeña colección del siglo XVIII, como solían decir. Los muebles de caoba labrada y tapizados con finas telas procedentes de la India. Las alfombras tipo persas de extraordinario colorido, cada una, una obra de arte. Sobre las paredes que dividen una sala de otra, unos bellísimos y pesados espejos que llegan casi hasta el techo, traídos del Perú. Las hermosas figuras de porcelana francesa, estatuas de mármol, cristalería veneciana, cortinas de damasco cubren los altos ventanales. Del techo se desprenden los alumbrados con arañas de cristal de bohemia montadas sobre exquisitas estructuras de bronce. La tarjetearía había sido dejada sobre una mesa y yo me inclinaba para ver los nombres; el señor Obispo, el señor Alcalde, el señor Conde, el señor Marqués, el señor Coronel, la excelentísima señora, el excelentísimo señor, el embajador, el General, el Coronel, en fin, todas y cada una de las personalidades más relevantes y adineradas de la Ciudad. Una orquesta ubicada en los amplios jardines que se pueden ver desde una de las salas de la mansión tocaba suavemente, mientras los barman, los mesoneros impecablemente ataviados servirían variados pasa palos y suministrarían los cocteles y las bebidas. El jardín bellamente ornamentado sería el lugar donde se serviría el bife. Cayfid y su esposa celebraban la felicidad de la familia por la llegada de Doña Camilla. Los viejos esposos alzaban su copa con el mejor vino traído de Burdeos, según repetían a cada rato, mientras los ojos azules de

Noel se veían más azules cuando algún invitado la abrazaba y la felicitaba por tener de vuelta a la sociedad a sus suegros. Allí estaban las hijas venidas del Norte, Doña Leticia, los hermanos de Don Fidel, y las mujeres mejor arregladas que haya visto en mi vida. Sus vestidos largos y elegantes con destellos de piedritas que a la luz de los faroles del jardín dejaban ver los colores más hermosos que yo haya visto jamás. Yo me imaginaba recorriendo aquellos salones vestidos con aquellos hermosos atuendos

El día que regresó Doña Camila, nosotras tuvimos que quedarnos, mi madre durante ese tiempo sufría por su restaurante y por Don Joao, pero mi madre era una mujer de confianza de la familia y de acuerdo con Cayfid, podía estar en todas partes, casi como vigilando, pues aquella casa exhibía exquisitas joyas y no hicieron nada por guardarlas. Jarrones traídos del Japón, una extraordinaria cristalería veneciana y bellísimos platos traídos de los viajes de juventud de los esposos homenajeados. El brindis se hizo con copas de cristal labradas traídas de Bohemia. Durante más de seis horas desfilaron por la sala de baile una larga serie de gente de la alta estima de los anfitriones, artistas, aparte de actores, políticos, deportistas y otros personajes conocidos, algunos de los cuales se atrevieron con los bailes de salón para animar a los asistentes.

La orquesta comenzó a tocar un danzón, y Doña Manuela, amiga de Doña Camila, la cual era cubana y se encontraba exilada en el país, dijo, abriendo los ojos embadurnados de azul, que el primer Danzón fue compuesto por el Músico matancero, Miguel Faílde y se llamó “Las Alturas de Simpson”, estrenándose el 1º de Enero de 1879 en el Liceo de Matanzas (Cuba).

Ella estaba junto a dos militares que lucían un sol en su hombro, uno de ellos sacó a su esposa a bailar, mientras que el otro, con cara de yo no fui, se quedó hablando con Doña Manuela, ella siguió su conversación_ el Danzón, le decía_ es un géneroailable derivado de la “Danza Criolla”. Su nombre viene por aumentativo de la palabra Danza, siendo más lento, cadencioso y variado que la Contradanza y la Danza, otros dos génerosailables de la segunda mitad del Siglo XIX en Cuba.

Cornieles Díaz

Para que vea le explicaba_ El Danzón alcanzó popularidad y respeto como género musical – bailable, convirtiéndose en el “Baile Nacional de Cuba” y así seguía y al compás de la música la gente danzaba y brindaba. Fue una noche hermosísima, yo me fijaba en los bellos trajes que lucían las mujeres. Nombraban modistas famosos y perfumes con nombres que ni siquiera podía pronunciar. Trajes, Camisas, Corbatas, Correas y Zapatos.

Cuando terminó la fiesta yo recorría el salón del banquete ya desierto donde todavía se veían la luz de los candelabros y las rosas que comenzaban a marchitarse, se habían ido todos, excepto yo, caminando sola entre las ruinas de la fiesta. Toqué todo, mis manos jamás podían estar quietas, me sentía como un topo arañando la vida, o como una flor surgiendo entre el despojo de los que aquellos tiraban cuál salvajes. Durante estos primeros años en este palacete, merodeé en la biblioteca, hasta que logre mi ascenso a secretaria, después a medida que fui estudiando Don Fidel me fue ascendiendo. Así que cuando regresó Doña Camilla, yo estaba a punto de ser abogado. Había ido refinando mis modales y mi vocabulario e inclusive mi manera de ver la vida y de juzgar las cosas. Esto lo aplaudía públicamente Don Fidel, pero, como me decía Doña Leticia _ Chapoteando _ siempre chapoteando, cuando se me iba una palabra mal dicha o repetía una palabra oída en Cambural.

_Es bien difícil eliminar las cosas de los lugares donde nos criamos. Pero yo sentía que si podía caminar sin sentirme cansada, si podía esperar sin cansarme de la espera, si podía soñar sin cansarme de hacerlo, algún día lograría una vida distinta, un ser y un estar diferente.

Recuerdo que aquella fiesta terminó como a las doce de la noche. Desfilaban por allí los más hermosos carros que no se parecían en nada a los que yo conocía, hubiera dado cualquier cosa por montarme en uno de ellos. Yo quería mucho a Don Fidel, lo admiraba y llegué a sentir tristeza cuando supe porque se había casado con Doña Camilla, pero odiaba la traición, y mucho más, porque había sabido por mi madre, que el Doctor Alfredo José, aún sin

divorciarse de mí, vivía con una mujer en Cambural, y que según los vecinos lo comenzó a visitarlo inmediatamente después de mi matrimonio, y se quedaba con él hasta largas horas en la noche. De allí sus largas ausencias. Poco a poco aprendí a superar el odio, la tristeza y la rabia que ello me causaba. Me acusé a mi misma de aquella situación.

_Yo repetía como loro lo que había visto y oído. Parecía un radio cuando llegaba a mi casa, les decía a mis amigos, ahora viene la cadena: y trataba de reproducir lo que había oído y visto. Cuando tenía la oportunidad de reunirme con mis hermanos, en mi apartamento, pues muy poco visitaba a Cambural. Ellos se reían con todo lo que yo les contaba. Yo imitaba a las mujeres que pasaban por Portobello, el cual después que regresó Doña Camilla volvió a su esplendor, a pesar de que a veces se advertía la tristeza de Doña Camilla.

Mi hermana y mis sobrinas se reían de mí forma nueva de hablar, yo pronunciaba las eses, terminaba mis verbos en mos, en vez de nos. Nunca más dije rempujar, atocar, emprestar. Mis hermanas me pedían que las llevara a Portobello, pero nunca lo hice. Así que con el tiempo fui refinando hasta mi forma de hablar, si estaba en esa casa y me oían hablar cualquiera diría que yo pertenecía a la familia Terwer, porque era capaz de repetir de memoria conversaciones enteras.

En Portobello, he pasado como empleada casi diez años de mi vida. Allí aprendí lo que significa ser un cero a la izquierda, pero también como pasar de la izquierda a la derecha, y como a pesar de pasar a la derecha o, la izquierda según la conveniencia. Cuantas veces tuve que huir de algún habitante de Cambural, cando por alguna casualidad lo encontraba, y no lo saludaba, me decía delante de quien sea, ¿Acaso no recuerdas el rancho de dónde vienes? . Había hecho todo lo posible por imitar a los dueños, pero eso fuera de allí no me servía. No era parte de aquella sociedad, la que siempre me vio como un objeto, y en Cambural era motivo de risa.

Cornieles Díaz

Después del regreso de Doña Camilla los viejos volvieron a viajar, menos que antes, pero a menudo viajaban. Generalmente cuando se iban de viaje dejaban a mamá encargada, la cual se las arreglaba para darle vacaciones a todo el mundo, y que le pusieran gente suplente. Mamá se las arreglaba para que yo pareciera la dueña de la casa, así que me acostumbré a mandar imitando a los dueños. Aprendí a usar los nombres de los modistos, de los perfumes, y lo más gracioso, a mandar como los dueños. Le tenían gran confianza a mamá, por ello le entregaban las llaves de la casa para que la cuidara y a veces no se aparecían en meses. Eso sí, mi madre tenía su quince y último eso nunca fallaba. En el fondo mi madre se había hecho mi cómplice.

Recuerdo que una vez, me dijo, si quieres usa mientras tanto el jacuzzi, eso sí, si ves que grito algo fuerte sales corriendo. En el jacuzzi mamá me puso sales y esencias de Doña Camila y de la misma manera me colocaba sus batas. Mi mamá se reía, y me decía, bueno aprovecha, a nosotras nos explotan bastante. Después que salía del baño obligaba a los nuevos empleados a servirme en la mesa. Yo recordaba a la Señorita Doña Leticia, y subía la nariz, la imitaba comiendo, hablando, dirigiéndome al servicio. Nunca pensé que todo ello sería mi escuela, y que repetiría después todo lo que por mi cuenta había aprendido. Mamá que sabía todo lo que yo hacía no me detenía, de vez en cuando me echaba un regaño, pero creo que era para que no me excediera.

A pesar de todo Doña Camilla se veía triste, tristeza que la fue consumiendo poco a poco.

Mes de mayo de cualquier año (ya no me importa)

Sabes querido diario

Hoy te estoy mostrando mi título de abogado. Eso me hace sentir feliz. A Don Fidel le ha agradado mucho, mi título. Tal vez por haber pasado largos años sirviendo en esta casa, Don Fidel me dio casi todos los derechos para trabajar

en su bufete. Siempre que se discutía un caso yo estaba presente y casi me hice indispensable. Siempre se oía mi opinión. Para estos momentos, Don Fidel había vuelto a quedar solo, Doña Camila comenzó a quejarse del clima y se regresó a Norteamérica. La verdad que después de su regreso nunca la vi alegre y se desmejoraba galopantemente.

Así que se fue al norte, pero nunca más regresó, allí enfermó y según la mala lengua de Doña Leticia, murió de tristeza. A su muerte vi llorar a Don Fidel. El me confesó, que admiraba a la Toya, la cual había roto con todos los escrúpulos de la familia. Se casó con quien quiso y se fue del país alejándose de la familia a la cual nunca más quiso tratar. A sus años me decía, “la vida se ve de otra forma”, odiamos que nos hayan tratado como títeres y que nos hayan obligado a vivir cómo otros quieren y no como lo deseamos. En un arranque de confianza me dijo que una vez que se casó con Doña Camilla, él la dejó libre, y ella vivió el resto de sus años con el padre de sus hijas. Pero que él las había amado, pues ellas no eran culpables de aquella situación.

Las hijas de Doña Camilla sólo regresaron a saquear el Palacete. Camillita Green odiaba al país, y peor las hijas de Camillita, si alguna vez vinieron, decía que todos les daba asco, nada tenía calidad y jamás hablaban español. Vinieron a tratar sobre los bienes dejados por su madre. El bueno para nada de Cayfid exigió las haciendas, y las fincas, los viñedos fueron para Camillita y sus hermanas, pero igual los administraba Cayfid, pues ellas se negaban a venir al país. Además se apoderaron de todas las joyas de su madre, así como de los objetos valiosos del palacete, como pinturas, porcelanas, cubertería, pinturas, entre otras cosas. Querían subastar algunas pinturas, pero Don Fidel se lo impidió. La única pintura que sobrevivió a la hecatombe fue la copia de “El Guernica”, que ahora puedo decir que su autor era Picasso. Como decía Don Fidel, era una réplica de altísimo nivel. La dejaron donde estaba.

Yo estaba encargada de todos los bienes junto con el Doctor Amengual, y Don Fidel nos pidió que no se sacara nada del palacete hasta que él no muriera y así

Cornieles Díaz

se lo hicimos ver a la familia Terwer. Esto no les gustó y si dejaron todo, lo hicieron muy bien embalado, de tal manera, que cuando pudieran lo iban a sacar. Tanto las fincas, los viñedos y las empresas destinadas a explotar el cacao siguieron perteneciendo a Don Fidel, con la salvedad que después de su muerte, serían repartidos de acuerdo a las directrices de su testamento. Doña Leticia se puso furiosa, pues me enteré que siempre tuvo la pretensión de hacer ver que su hija, Muñeca, era hija de Don Fidel. Así la oí decir: Muñeca no puede quedar marginada.

En aquella pelea de perros estaba yo en el medio. No sé cómo arreglaron las cosas, pero Camillita Green me visitó en mi nuevo apartamento, que con mi esfuerzo y con mi sueldo había adquirido. Era un apartamento situado en una buena urbanización, pequeñito, pero carísimo, al menos para mí. Con mi estancia en Portobello había adquirido suficiente formación para distinguir la baratija de lo bueno. Pero para Camillita Green, aquello se lo había sacado a su padre, y peor, me acusaba de acostarme con él. Me acusó de tierrúa, de prostituta barata, de carroña, de masajista de hotel y de no sé cuantas cosas más. Camillita no entendía de sacrificio, no entendía de lucha por ser cada vez mejor, ella siempre lo había tenido todo. No sé cuantas veces nombró a mamá y le decía cabrona, carroña y quien sabe cuántas cosas más. Una nube de odio pasó por mi mente y recordé todo lo que decían los sirvientes de Portobello de Doña Camilla, así que pausadamente la invité a callarse, pero cuando vi, que sus insultos aumentaban la amenacé con sacar a la luz pública los trapos de la familia que yo conocía.

—¿Qué tan sucia era mi madre, qué tan sucia era yo?, le dije en voz bastante alta. Acaso Doña Camila no vivía en Norteamérica con su amante. Acaso sus aparente papá no se había casado con Doña Camilla por tapar su embarazo del gringo con el que hasta ahora había vivido?

¿Acaso, Doña Leticia no mantiene en secreto a su amante Don ..., pero no terminé, una solemne cachetada me quitó el aliento.

Me armé de valor, tomé a Camillita por sus cabellos y casi la arrastré por todo el apartamento. Nunca más me volvería a ofender, que tan diferente era su podrida familia de la mía. De aquel incidente nadie habló, Camillita se fue a Norteamérica y yo seguí en el bufete. Ahora sabía que toda la familia me creía amante de Don Fidel, a mis 25 años, no me había vuelto a casar. Había llevado una vida discreta, sobria, de trabajo, pero estaba segura que aquello no significaba nada. Así, que si ellas me creían amante de Don Fidel, y creían que lo poco que había logrado lo había obtenido de él, ¿qué hacía la diferencia?

Estaba sola, mi madre no quiso nunca salir de Cambural, o mejor dicho después de la tercera vaguada se arrimó hacia la carretera, a su negocio como decía ella. Vivía con Don Joao y sus dos nuevos morochos. Mi hermano, Timoteo, a pesar de saber lo que me había hecho el Doctor Alfredo, lo seguía tratando, peor aún, una de sus hijas era novia de un hijo del Doctor.

Timoteo construyó una especie de pileta junto a la cancha de bolas y allí se tiraban a bañarse los jugadores, sus mujeres y a veces los hijos. Mis hermanas vivían con sus maridos. Me parecían felices, no aspiraban a más. Yo en cambio, sentí que tenía una rendija para salir de Cambural, tenía un título, tenía un apartamento, tenía mi carro, y me sentía triste. A veces me descubría añorando a Cambural. A veces me preguntaba si en vez de casarme con el Doctor Alfredo lo hubiera hecho con el chofer del autobús, y me preguntaba ¿Qué era la felicidad, cuál era mi papel en el mundo?

Después de la muerte de doña Camila

Después de la muerte de doña Camila, Doña Leticia venía con regularidad a Portobello. Al Dr. Amengual le dio un infarto y yo tuve que encargarme de todos los negocios de Don Fidel. Me vi manejando y

Cornieles Díaz

administrando grandes sumas de dinero, tal vez me volví menos escrupulosa, así que aprendí a realizar también mis negocios, y cuando cumplí los treinta años tenía suficiente dinero como para dejar a Portobello, a Cambural y al propio país. Doña Leticia me reclamaba, pero ella era incapaz de administrar un solo centavo de su vida. Empecé a hacerme más selecta, y la verdad me hacía más madura y si mi belleza no se amilanó, tampoco lo hizo mi inteligencia y mi testarudez. Muy al contrario, Doña Leticia, envejecía, a pesar de que pasaba muchas horas en los salones de belleza

Un día mientras trabajábamos en una transacción para un banco extranjero, no sé porque un nombre parecido al del Dr. Alfredo me produjo tristeza, y ello se notó rápidamente. Don Fidel, me pidió que descansara que seguiríamos a la mañana siguiente. Dos lágrimas aparecieron en mi rostro, Don Fidel me miró se me acercó y las limpió con su pañuelo. No sé qué pasó, él me abrazó y yo sentí necesidad de ser abrazada, y tal vez él sintió necesidad de mí. Una hora después estaba en la cama amando a Don Fidel. No sé si aquello era amor, pero sentí la dulzura de una persona, me sentí mujer, me sentí por primera vez respetada en mi intimidad. Un mes después supe que estaba embarazada y tres meses después Don Fidel se casaba conmigo, ante la incredulidad de Doña Leticia.

Nació una niña y le puse el nombre de una de las obras que vi en una película. _Sabes algo. Ya abogada sentí miedo que mi diario fuese leído, así que borré todos los nombres propios y puse otros, así nadie sabría que todo sucedía en aquel palacete. Sabes hasta Portobello, le cambié el nombre. Juré que no le contarían a mi hija nada de mi pasado, ella tenían derecho a vivir sin traumas.

Ella alegró la vida de Don Fidel durante 10 años. En ese tiempo Don Fidel le hablaba en varios idiomas, le puso profesores particulares, se hizo una excelente esgrimista, y era una niña bastante independiente. Decidimos que estudiaría en una Escuela de Señoritas en Suiza. Mi niña a

los diez años era sólida en sus planteamientos, no era retraída, y jamás aceptó que Doña Leticia, la menospreciara. En más de una oportunidad la obligó a salir de la casa, ante los ojos atónitos de Doña Leticia, que comenzó a llamarla cuervo. Don Fidel la protegió inclusive obligó a Cayfid a llamarla hermana y a quererla.

Cuando partimos para Suiza, tuve un presentimiento, como esos que mi padre decía que yo olía. Don Fidel y yo la entregamos a la Escuela, dejamos un buen capital en la Escuela para que nada le faltara. Mi beba nos escribía a menudo. A veces nos contaba de algunos problemitas que ella estaba tratando de superar. Su padre se comunicaba con ella a través de e-mail, y siempre recibíamos fotos y cuentos sobre sus adelantos.

A los tres años de su partida Don Fidel comenzó a quejarse de un continuo dolor en el pecho, y una tarde lo encontré frente a la ventana. Tenía los ojos semicerrados, y de su boca pendía un hilo de sangre. Murió como un “pajarito” dijo su médico de cabecera, Don Rodrigo Larrúa. Tenía su médico órdenes de no hacer velatorio y que lo cremaran el mismo día. Así que no dio tiempo a que nuestra niña viniera, y yo me alegré, pues a pesar de lo distinguidísima de aquella familia, aquello para mí fue muy duro, tener que verlos allí, con su mirada acusadora, su desprecio, y el cuchichear de la gente. Tal vez el único que fue comedido fue Cayfid, esa noche supe que su madre fue Giselle y que sus hermanas lo odiaban por el intenso amor que Don Fidel le profesaba. Él nunca supo si su madre murió de muerte natural, o si aquellos desgraciados la habían mandado a liquidar o a desaparecer. El se había enterado de su vida pocos días antes de la muerte de Don Fidel. Don Fidel le suplicó que me protegiera y que protegiera a mi bebita, que era su hermana., y él se lo prometió.

Don Fidel me dejó el palacete y una inmensa fortuna, pero todos los objetos del palacete fueron saqueados por Camilita y sus hermanas, el indio,

Cornieles Díaz

jamás tocó nada de aquello y menos Cayfid. Ellos heredaron las fincas y las haciendas y sus hermanas en teoría los viñedos, pues Cayfid y su hijo llevaban toda la administración y el derecho de explotarlos. El Palacete quedó casi desnudo, todo lo que juzgaron de valor se lo llevaron, menos el piano de cola, “El Guernica”, y los libros de la biblioteca. Esto último me alegró pues mi niña, desde los cuatro años había ingresado a la escuela de música y su instrumento favorito fue el piano. Doña Leticia, no heredó nada, al saber la noticia tuvo un ataque al corazón y la recluyeron en una clínica en Norteamérica. En menos de 15 días me vi envuelta en los peores líos que una herencia puede generar. Aparecieron los hijos de Don Fidel y los que no eran hijos también, así como las más perversas historias que yo no podía imaginar. Doña Leticia fijó la defensa en Norteamérica y allí trataba de demostrar que su hija era de Don Fidel. Yo me sentí tranquila cuando pude ver que había transferido suficientes fondos a mis cuentas personales. Mis hermanos hicieron de testaferros así como Don Joao y Mamá. Así que de aquella fortuna y de aquella casa sacaron lo que pudieron, sin dejarme empobrecida. Dejaron el palacete prácticamente vacío, y poco fue lo que pude salvar de las muebles, cuberterías, escultura, pinturas o joyas. A pesar de mi fortuna, mamá solo me exigió que le arreglara el rancho de Cambural y el restaurante, y que me encargara de los estudios de los morochos Figueiras. Mi hermano Timoteo, acomodó su rancho, al cual convirtió en una bella casa de tres plantas, con jacuzzi y todo como decía él. Yulexis montó una peluquería a todo trapo en Cambural, donde pasara lo que pasara, siempre regresaban. Timoteo además mejoró la cancha de bolas criollas, pero se negó a salir de Cambural. Nunca entendí, ¿por qué no salían de allí, qué los ataba, que amaban de ese sitio, que con el tiempo se hacía más sórdido?. Yo me quedé en Portobello y mi hija terminó su bachillerato en Suiza y comenzó en la Universidad y estaba decidida a quedarse fuera del país. Le dolió mucho la muerte de su padre y quiso romper con todo lo que se lo recordara. Aquello fue un trance terrible para mí, mi única hija también me abandonaba. Comencé a sentir como las cosas se me escapan de las manos. ¿Qué había hecho con mi vida?. A mi edad, ¿qué podía hacer?,

_De que me servía todo lo logrado. No se si hice bien, pero a mi hija ni le hablé de Cambural ni de su familia.

Comencé a asistir de incógnita a una escuela de pintura por las mañanas y de escritores por la tarde. Traté de que nadie supiera mi procedencia. Tanto una como otra me hacían daño. Yo no volví a Cambural, no supe en mucho tiempo de mi barrio. Los visitantes de Portobello nunca más volvieron. Yo no me sentía triste, pero me sentía sin fuerzas. Tenía todo y no tenía nada. Ni los amigos del Palacete, pues no eran mis amigos, ni siquiera los de Cambural, había quedado atrapada en las elásticas del tiempo y en las estructuras de aquella situación. Nunca pude creer en ninguna persona, ni en el servicio, ni en amigos, ni en nadie, me volví desconfiada. Siempre los vi como yo misma fui, así que cuando cumplí mis cincuenta años, estaba sola, sin esposo, sin amigos y prácticamente sin familia. Dudando de todo y de todos, y rodeada de joyas y de un dinero al cual había paso a paso trepado, sin saber ni siquiera cómo gastarlo. La vida tiene a veces imponderables, me repetía siempre. Había un sueño que siempre me acompañaba. Me veía en Cambural, entrando por una calle que me conducía a otra y que nunca tenía salida. Sabía que allí estaba mi casa, pero la buscaba y no la encontraba. En una oportunidad hablando con un psiquiatra me decía, que este sueño era propio de aquellas personas que sentían añoranza o nostalgia por su pasado, pero que lo repudiaban. Se encontraban por lo general atrapados entre un pasado que querían negar y un presente que tampoco le era del todo apetecible.

Reencuentro en Cambural

Un día sentí la necesidad de reencontrarme con mi gente de Cambural habían transcurrido más de 35 años que había salido de allí. A penas si tenía alguna que otra noticia cuando mi madre o mis hermanos venían, o por el propio Don Joao que no había faltado ni una sola vez a lo que había sido su compromiso con aquel palacete. Ya no venía todos los días, sino una vez cada quince días, pero no faltaba. Mientras arreglaba el jardín conversaba conmigo.

Cornieles Díaz

Muchos de los viejos, padres de mis amigos habían muerto, y algunos de mis amigos de farra también. Yo me propuse hacer una gran fiesta de encuentro, arreglaría el jardín y les invitaría. Aquella fue mi primera emoción en muchos años. Trabajé incansablemente para localizarlos. Así que en poco tiempo recordé a, Yanuixy Delayxy de la cual yo era madrina, a Mineyvisin, Hoyan tañé; Malaniegriffindelawaer; Aymarietanel, Rosybaleth; Kynissandrés, Alexyamariet, Chela, Yamilet, Yazury. Joaquín, María Dolores, Elizabeth Yamilé, Wilzelis, Adrián, Manuel, Zula, Andel, Carlos Manuel, Omar, Celina, Bicarlos y otros que se colaron.

Cayfid, seguía tratándome, me mandó un torete para mi cumpleaños. Realmente toda su familia se había ido al extranjero, a excepción de su esposa Noel, y de su hijo el Indio, quien había sentado un poquito la cabeza, solo tenía su esposa y una amante en una de las fincas.

Ninguno de los Terwer quiso regresar jamás al palacete, ni al país, e inclusive ninguno de sus hijos y nietos hablaba castellano. Cuando hablaban del país decían que ellos se sentían libres, y no vendrían jamás a formar parte de de él. Odiaban las botas militares y eso era común en el país, tener un militar en el gobierno, en las alcaldías, en las gobernaciones. Mucho más regular era, que cada rato caía uno preso por hablar mal del gobierno, si escaseaba la leche, el trigo, los plátanos, las verduras.

Hablé a mis hermanos y quedamos de acuerdo en alquilar un autobús para reencontrarnos en el Palacete. A eso de las 9 de la mañana del sábado 15 de diciembre, todos deberían estar en la plaza del municipio Soapire, municipio al cual pertenecía Cambural. Como a las 12 del mediodía llegaron al Portobello. Se alquilaron dos autobuses, dos bellos pulman, de casi 80 puestos, con baño incorporado y televisor.

La compañía tenía el nombre de Autobusera luso venezolana. CA. Cuando firmé el recibo para cancelar, no sé por qué sentí que dos ojos bellísimos de un hombre aún guapo, me miraron. Lo menos que me imaginaba era que traerían sus hijos y sus nietos. En realidad no pasó por mi mente el tiempo, a medida que bajaban salían corriendo por todos los jardines. Había esperado aquel día con ansiedad, era mi reencuentro con mi gente de la infancia. ¿Cuánto me quedaría de aquello? En mucho tiempo no había tenido una ilusión, y yo sentía que cada vez que me ilusionaba, me llenaba de juventud.

La primera que bajó fue la Zula, estaba gorda, de aquel cuerpo de ébano apenas si quedaban unas piernas regordetas. Las nalgas se le habían puesto más gordas y caminaba como tambaleándose. Llegó hasta mí y me abrazó fuertemente y creí advertir una lágrima en sus ojos. Me sentí mal, aquella era mi vieja amiga de infancia, de adolescencia, y yo la había olvidado. Desde el día en que me dieron la paliza en Cambural no había vuelto por allí. Ella se paró junto a mí, y fue diciéndome los nombres de los que bajaban del autobús. Bienvenido, bienvenido repetía yo. Esa es Mineyvisin, y la chica de cabellos rojos su única hija. La otra es Hoyan tañé, y su esposo. Un gordo que casi ni podía caminar.

Mira esa es Malaniegriffindelawaer; y esos tres son sus hijos y la chiquita su nieta. La de la blusa blanca es Aymarietanel; me costó buscarla, ella se mudó a otro barrio, se ha casado tres veces y enviudado dos. Le decimos la silla eléctrica. Mientras hablaba todos celebraban lo dicho por la Zula. Esta es Rosybaleth, ella se casó con Pedro Pablo, te acuerdas el de la pulpería. Este es Kynissandrés, él trabaja de mesonero aquí en la capital y su esposa es Alexyamariht.

Te acuerdas de Chela, me repetía la Zula, la enfermera, estos son sus nietos y bisnietos. Ahora viene Yaneth. Es la que está de vestida de rojo, la otra es Yazury, ella se casó con Joaquín. Ese es Joaquín. Lo miré estaba envejecido, casi calvo y con unos gruesísimos lentes, y había logrado su gran deseo, ser comisario de la policía.

María Dolores, la peluquera ¿la recuerdas? Este es su esposo, al cual conocí en ese instante. Mira ella es Elizabeth Sanie, su suegra y sus cuñadas. Me dijeron que Wilzelis había muerto de parto, y Adrián, venía en una silla de ruedas, pues en un tiroteo entre bandas, una bala le alcanzó la columna vertebral. Manuel y Zula, vivían juntos. Andel, era el hijo del Doctor Alfredo José y su mujer Carlina, y era el novio de mi sobrina Jeanclaud, hija de Timoteo. Carlos Manuel, trabajaba con mi madre en el restaurante, Omar se casó con Celina, Bicarlos era uno de los que se colaron, era el peluquero de Cambural y decían que era marico, o gay como se dice ahora. Hizo una inclinación delante de mí, me besó la mano y me dijo, que yo era una mujer divina.

Casi todos calzaban zapatos y ropa de marca, que hacía un extraño contraste con su piel macilenta, renegrida por el sol y sus cabellos secos de tanto sol. Bueno no todos, Yarey y su novia, hijos de Yulexis, tenían el pelo largísimo, ella tenía dos crestas, soportadas sobre una sustancia gelatinosa, y él una sola cresta. Les decían los gallé. También estaba “Galleta y su novia la Marilyn”. Estos vestían de pantalones y chaquetas negras de cuero brillante, botas altísimas ella, de ese que llaman tacón de aguja, y él, botas negras caladas hasta la rodilla. Ella llevaba como 10 pulseras en cada mano y en cada dedo una sortija. A “Galleta”, le decían así, porque apenas se tomaba una cervecita, se partía, y según los chismes, empezaba a repartir su galleta.

La Marilyn no era mejor, decían las malas lenguas que ella tenía amores con una muchacha de una urbanización del este, la que le daba todo lo que ella le pedía. La verdad que la Marilyn era bonita, lo único malo eran sus dientes, todos lucían entre negro y amarillo por el cigarrillo y las caries. Pero a pesar de que Galleta, el cual era limpiísimo y con unos dientes de nácar, le ofrecía llevarla al odontólogo, ella se negaba, aduciendo que eso era muy doloroso.

Allí estaban, mis amigos de infancia y los amigos e hijos de mis amigos. La casa para ustedes, fue mi expresión, de la cual no tardé en arrepentirme. Todo el

jardín dispuesto, allí habría todo tipo de bebidas, de dulces, de salado, y una hermosa piscina que podían usar. El servicio había distribuido en una larguísima mesa, todo tipo de pasa palos, desde los más sencillos hasta los más exquisitos japoneses y franceses. Otra mesa tenía los más exquisitos vinos, traídos por Cayfid, y en otra pusimos cervezas. A mitad del día tuvimos que comprar más cerveza, mientras la mesa de vinos, whiskies y otra bebida a penas si la tocaban. Los muchachos y muchachos se zumbaron en la piscina. Con ellos trajeron sus músicos, y una música ensordecedora colmó el lujoso palacete.

Los Terwer, es decir Doña Camila y Don Fidel, debían estar revolcándose en sus tumbas. Pero lo más triste fue ver como los pasapalos, eran tirados a la piscina, se zumbaban con todo y zapatos, ropa, o con cualquier cosa. Cerca de la piscina había una regadera para ducharse antes de entrar, pero aquello no tenía importancia. Mientras paseábamos por el jardín comenzamos a recordar nuestra vida en Cambural. Yo me sentía feliz, nos reíamos de nuestras travesuras, de nuestros sueños. Cambural no es lo mismo decía Omar. Yo no he vuelto en años, pero sé que de cuatro calles, ahora tiene como 20. Ya no es el barrio donde todos nos conocíamos, dijo la Zula, ahora hay bandas irreconciliables. Allí no entra ni la policía. Todos los días aparece un muerto o un apuñaleado. La verdad que yo no sé cómo se puede aguantar tanto. “Diente roto” capitanea un grupo y “el Hurraco“, el otro, uno queda en el medio, ni con uno ni con otro. Pero, te digo si me toca elegir me quedo con el Hurraco. Él es bueno, También le decimos Robín Hood. El por ejemplo roba algo y lo reparte en el barrio. Él vende drogas, pero él es serio. Él les dice a los compradores, se van bien lejos del barrio a chuparse su vaina. Aquí hay muchos niños. Y así, cada quien se va pa’ su barrio.

Cuando cesaba algún momento la música nos poníamos a cantar las viejas canciones que nos acompañaron tantas veces en las fiestas. Recordamos a la Dimensión Latina, a Federico y su combo, y todo tipo de chiste salió de allí.

Entonces Zula se paraba, con su masa informe y decía, “tú eres caramelo e chocolate, tú eres lo más lindo para mí”.

Hasta un chiste echaron de Joaquín cuando me enamoraba. Yo pregunté por Fernando, uno de los hermanos más pequeños de Joaquín, y Zula dijo, que tenía como veinte años en Roma, él se había hecho sacerdote. Pregunté por Román, el hijo de la enfermera, y me dijeron que estaba pagando una condena de quince años, porque había acuchillado en “defensa propia! al portugués dueño de la carnicería de Soapire, al cual había intentado robar.

Mientras hablábamos, yo veía como los muchachos se lanzaban a la piscina, pero no me había percatado como también otras cosas llegaban allí: Lo único que se salvaba eran las aves y las carnes y por supuesto los postres, todo lo demás caía en la piscina. Yo había pensado que aquel sería un día feliz para mí. La piscina parecía una batea para comer cerdos. Las flores del jardín arrancadas y pisoteadas, yo creo que un ciclón no hubiera hecho tanto daño. Cuando vi aquel cuadro me pareció recordar de las novelas, lo que llamaban bacanales en Roma o en Grecia. A las nueve de la noche Timoteo, quien nunca bebía, se quiso llevar su gentío, la única que no podía viajar era la Zula, se sentía muy mal, y decía que posiblemente tenía la tensión alta.

Una noticia llegó al palacete

Una noticia alarmante llegó al Palacete, una nueva vaguada, una lluvia incansable estaba arrasando con Cambural y las zonas adyacentes. A las diez de la mañana de un 17 de marzo, la radio estaba hablando sobre un torrencial aguacero. La lluvia estaba arrastrando todo lo que se le oponía a su paso. El Río Cambur, de donde tomaba su nombre Cambural, se había desbordado de nuevo. No se sabía cuántas personas habían desaparecido y cuantos quedaban indigentes. La radio anunciaba, muertos, desastres, desalojo. Todos los recuerdos volvieron a mi mente. Me acerqué a la ventana, me desmayé, y tuve varios días

en cura de sueño. Cuando desperté estaba allí mi madre, mis hermanos, mis sobrinos, Don Joao, los morochos y el bueno para nada de Cayfid, así como el Dr. Alvarenga. El doctor Alvarenga era como de mi edad, bien parecido y soltero. Siempre me visitó, después de aquellos días. No sé si le gustaba yo, pero él estaba allí. El sabía de mi fortuna y de mi viudez. Se mostró siempre amable. Pero cada ladrón juzga por su condición, y yo al ver al doctor, me daba la impresión que me estaba viendo yo misma.

El saber el problema de mi gente de Cambural no tuve otra alternativa que dejarlos allí. El palacete tenía un kilómetro cuadrado. Todo ello era jardín. Así que les permití quedarse allí, hasta que se resolviera el problema. Llovió 15 días seguidos, truenos, rayos y centellas cayeron sin piedad.



CAPITULO VII

Sor Teresa y su trabajo en la Congregación

Sor Teresa estaba dedicada al trabajo duro de la congregación. Había recogido frutas y sembrado nuevas. Las manos delicadas y suaves comenzaron a sangrarle. Sor Ifigenia no le permitió trabajar durante el tiempo que estuvo las manos vendadas. Sólo ordenaba lo referente a los nuevos cursos que deseaba dar a los niños. Enseñarles el español. Preparaba los niños más pequeños para la primera comunión y a los pequeños grupos de mujeres para comenzar a seleccionar las nuevas semillas que sembrarían. En cuanto a los productos del convento, habían logrado colocar una cantidad de frutas, entre ellas piñas grandísimas y hermosas. En las tardes leían sobre religión y cantaban, ella había logrado una pequeña coral. Además trataba de leer e interpretar con los niños las sagradas escrituras, y luego se retiraba a su despacho a estudiar.

La mayoría de sus trabajos estaban dedicados al conocimiento de aquella región desde el punto de vista antropológico. Visitaba las comunidades, enseñaba a las mujeres a leer, tejer o bordar. Les daba clases de higiene de seguridad para su salud. Siempre llevaba consigo un médico y le pedía que les hablara a las mujeres sobre su cuidado personal, sobre el sida. Y sobre muchas enfermedades tropicales. Hablaba con mesura pero sin cortapisas. Cualquiera diría que era una nueva forma de hacer iglesia. El médico la admiraba, no era mujer mojigata, ni mucho menos. Su lenguaje era directo a lo que deseaba. El tiempo se le consumía y desde hacía algunos días no tomaba el libraco. El tiempo le resultaba escaso. Además debía presentar su tesis como doctora en antropología.

Había tomado la decisión de leer el libraco hasta el final, así, que comenzó a acostarse bastante tarde, y pensó en no dejar el libraco hasta no finiquitarlo. Un sábado después de organizar sus actividades decidió retomar la lectura del libraco. Miró el marcalibro. Una bella imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Lo tomó, lo besó, y continuó leyendo, no sin antes pensar, ¿cuántas horas le había dado a aquella lectura? Se prometió acabar con aquella fiebre y decidió no parar la lectura hasta no terminarla. Comenzó a sentir unos deseos inmensos por conocer mejor a los seres humanos, por acercarse más a ellos. Era tan terrible pensar que muchas veces las personas se encierran en sí mismas.

Sor Teresa estaba feliz, por el anuncio de la prensa, sobre la reconstrucción de las carreteras y los trabajos de la FAO. Pero algo se notaba a veces cuando se quedaba pensativa y con una mirada cargada de tristeza y una voz que se quebraba por instantes. Aquella tarde, un tanto cansada se recostó y retomó su lectura.

RETOMAR EL DIARIO

La pequeña novela como ahora la llamaba la volvió a atrapar, así que continuó su lectura.

-Te cuento querido diario que no volví a Cambural, no supe en mucho tiempo de mi barrio. Los visitantes de Portobello nunca más volvieron. Yo no me sentía triste, me sentía sin fuerza. Tenía todo y no tenía nada. Ni los amigos del Palacete, pues no eran mis amigos, ni siquiera los de Cambural, había quedado atrapada en las elásticas del tiempo y de las estructuras de aquella situación. Aquella nefasta mañana la radio estaba hablando sobre un torrencial aguacero. La lluvia estaba arrastrando todo lo que se le oponía a su paso.-

El Río Cambur, de donde tomaba su nombre Cambural, se había desbordado. No se sabía cuántas personas habían desaparecido y cuantos quedaban indigentes. Por esa misma época Don Joao tuvo que viajar a Portugal, su esposa había

Cornieles Díaz

muerto. El llevó a los morochos para que conocieran a sus hermanos. A decir verdad Don Joao jamás abandonó a sus hijos en Madeira, donde ellos vivían. Uno era arquitecto y la hembra trabajaba como ingeniero en España. Tres meses después se casó con Mamá, pero tres meses después también el restaurante fue asaltado y a Don Joao lo hirieron en el pecho y a consecuencia de ello murió. Mamá quedó muy mal, para seguir atendiendo el restaurante. Los morochos vendieron el restaurante se vinieron a la capital. Cuando me dijeron que se salían de Cambural me sentí feliz, le pedía Mamá que se viniera a vivir conmigo y a regañadientes lo hizo. Pasaba a veces horas enteras viendo por las ventanas, yo la sentía triste. La veía como una presa.

Una mañana, un telefonazo me sacó de mi sueño. Mi hija había regresado sin ni siquiera avisarme. Estaba allí en la puerta del palacete, salí corriendo casi medio vestida. Abrí la puerta, mis ojos no podían creerlo. Mi niña estaba allí. Hermosa, como un sol de amanecer. Un abrazo nos confundió a las dos. Los criados tomaron sus maletas y la condujeron a una de las habitaciones superiores del palacete, donde de niña había crecido. Mi niña miró a su alrededor se estaba percatando que habían destruidos los espacios del Palacete. Me preguntó si eran invasores.

Así que cuando llegó mi niña, la vi feliz y sonriendo y me alegré mucho, pues yo siempre estaba, dialogando conmigo misma, viendo el panorama que me circunscribía y muchas veces tomando entre mis manos una taza de café turco, el cual había aprendido a paladear igual que a catar un buen vino. En verdad el palacete agonizaba.

Aquella gente no veía la realidad sino como ellos la ven. Cuando veía como en aquellas manos nada tenía valor me entristecía, me torcía de dolor. Tantas esperanzas, tantos deseos de vivir y tanta miseria rodeándome. Mi niña desconocía a Cambural, de lo cual jamás le hable.

Ahora, después de aquella “invasión”, El palacete, parecía una ruina, mi hermano fundó su taller mecánico dentro de mi patio; mi madre quiso poner una fritanga. Los otros habían abierto sendos huecos en las paredes que separaban al palacete de la avenida principal donde estaba ubicado. Por cada hueco salía la puerta de un rancho. Si afuera estaban destrozados los jardines, el interior no estaba mejor. Para colmo una noche sentí unos lamentos una persona jadeaba, se quejaba, y al tratar de saber quién era la causante de aquella situación, pude ver en una de aquellas habitaciones a la Zula. Así que apenas amaneció mandé a buscar al Dr. Llanos para que la revisara. Le mandó a realizar una cantidad de exámenes y le dijo, que seguramente era el corazón, que debía controlar la comida y su tensión. Le prescribió unas pastillas para la tensión y en la tarde cuando Manuel, su esposo llamó, le pude decir que estaba mejor, pero que se quedaría en mi casa para hacerle algunos exámenes, y a final de aquel mes le colocaron un marcapasos.

En aquella situación me encontraba y mi niña sintió lástima por mí y por su padre. Durante el tiempo que estuvo conmigo, pasé un largo mes dando órdenes para resolver el acertijo en que había quedado el jardín y poder salvar la piscina. Una compañía de limpieza me dio un presupuesto tan exorbitante por los destrozos causados que casi me infarto. Durante 15 días trataron de recuperar el jardín. La guerra de Irak no habría causado tantos destrozos. El David quedó sin el pene y sin la cabeza. Zula después de la operación se le veía inquieta. Me senté a su lado y junto a mí mi niña; comenzamos a conversar, nos tomamos una taza de té, y por primera vez, vi aquella mujer, que en su juventud destilaba sensualidad y alegría, como una pelota de grasa informe. Tomé sus manos, y comencé a ponerle de mis cremas, limpié sus uñas y comencé a pintárselas. Ella me miraba y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Eso lo hacíamos cuando estábamos jovencitas y yo le contaba mis deseos de salir de Cambural. Ella era mi confidente. Ella sabía que me gustó Omar, que me gustó el chofer del autobús y sabía de mis deseos de conquistar al Doctor Alfredo José. Yo la quería, era mi amiga, quizás lo único que me quedaba de Cambural y que me

Cornieles Díaz

recordaba mi vida allí. Cuando se sintió mejor le pedí que se quedara conmigo, pues sus hijos habían hecho cada uno un saco y se habían metido, como decía ella misma.

Durante la cena mi hija me confesó sus deseos de tomar los hábitos. Antes de tomar definitivamente los hábitos le pedí que conversáramos. Era una muchacha hermosa, de 177 centímetros de estatura, unas cejas gruesas y unos ojos inmensamente negros, donde su larga cabellera negra hacía un bellissimo marco para su blanca y tostada piel. Extraordinariamente inteligente, una niña que podía aspirar cualquier cosa; rica, con un apellido famoso y con el porte de una señorita distinguida de cualquier catálogo, ¿se le ocurría tapar todo aquello con un hábito de religiosa? La increpé varias veces, le señalé la fortuna que heredaba de su padre, pues Don Fidel tuvo el buen tino de dejarle la industria del cacao.

Ella me miraba y me miraba cuando le hablaba, sus ojos negros se hacían inmensamente profundos, y con toda la calma del mundo me decía:

—¿Te es muy difícil salir del mundo que te rodea?, pero es mucho más difícil entrar en aquel al cual nunca has permanecido.

Cuando me dijo me dijo aquello sentí rabia, este era su mundo, se había educado con gente de la alta sociedad del país, había vivido desde los 11 años en Europa, hablaba con facilidad, el alemán de su padre, el francés, el inglés y el español. Ella llevaba el apellido Terwer.

¿Por qué no aprovecharlo?.

—¡ No madre!, —¿Dónde están tus amigos de la alta sociedad, dónde los que visitaban con frecuencia a Don Fidel o a Doña Camila?. Nunca he visto en este palacete más gente que tú.

Un grito interrumpió la conversación, era la Zula, quien se había quedado conmigo en el palacete, rápidamente fuimos a su habitación, estaba a punto de

cumplir una semana en casa, pero un infarto acabó con su vida y murió a los 59 años. Ese día partió mi niña.

El palacete no lucía como antes. No hubo piedad para nada. Los porrones de las matas, las esculturas de tantos años rodaron por el piso, y por supuesto, yo fui incapaz de restaurarlas, ni siquiera sabía cómo hacerlo, así que las reuní todas las metí en una bolsa y las boté.

En pocos años el Palacete parecía la perrera municipal, una cárcel, con barrotes por todos lados y para colmo, el gobierno no tenía donde ubicar aquellas personas así que hicieron del palacete su vivienda oficial.

Una realidad que me ofendía, un futuro incierto un conjunto de cosas que me condicionaban. ¿Cómo coexistir con aquella realidad?

¿Contra qué o quienes había luchado?, ¿Cómo escaparme de todo ello?- A medida que veía aquel mundo, más sentía necesidad de escapar, de salir corriendo, de huir, sin saber de qué. Me resultaba muy difícil seguir arrastrando el mundo, me resultaba difícil tratar de rehacer el mundo. Yo creo en la posibilidad de revertir el orden, de pensar una vida distinta. Pero allí estaba la Zula, el Doctor Alfredo, los Terwer, el Cayfid, cada uno haciendo su vida y haciéndola como querían. Inclusive Quo Vadis, estaba haciendo su vida, y yo me empeñaba en hacerles la vida a ellos y había terminado con no hacer la mía. Esa vida que es una gota, que al desparramarse se pierde la oportunidad de vivir.

Muchas veces me sorprendí preguntándome: ¿qué es vivir?

Era muy tarde, la noche comenzaba a traer su tedio y su cansancio.

Sor Teresa se había estado dedicando al trabajo duro de la congregación, y por momentos se detenía para leer la novela como la llamaba. Había recogido frutas y

Cornieles Díaz

sembrado nuevas. Las manos delicadas y suaves comenzaron a sangrarle. Sor Ifigenia no le permitió trabajar durante el tiempo que estuvo las manos vendadas. Sólo ordenaba lo referente a los nuevos cursos que deseaba dar a los niños. Enseñarles el español. Preparaba los niños más pequeños para la primera comunión y a los pequeños grupos de mujeres para comenzar a seleccionar las nuevas semillas que sembrarían. En cuanto a los productos del convento, habían logrado colocar una cantidad de frutas, entre ellas piñas grandísimas y hermosas.

En las tardes leían sobre religión y cantaban, ella había logrado una pequeña coral. Además trataba de leer e interpretar con los niños las sagradas escrituras, y luego se retiraba a su despacho a estudiar. La mayoría de sus trabajos estaban dedicados al conocimiento de aquella región desde el punto de vista antropológico. Visitaba las comunidades, enseñaba a las mujeres a leer, tejer o bordar. Les daba clases de higiene de seguridad para su salud. Siempre llevaba consigo un médico y le pedía que les hablara a las mujeres sobre su cuidado personal, sobre el sida. Y sobre muchas enfermedades tropicales. Hablaba con mesura pero sin cortapisas. Cualquiera diría que era una nueva forma de hacer iglesia. El médico la admiraba, no era mujer mojigata, ni mucho menos. Su lenguaje era directo a lo que deseaba. El tiempo se le consumía y desde hacía algunos días no tomaba el libraco.

El tiempo le resultaba escaso. Además debía presentar su tesis como doctora en antropología, pero había tomado la decisión de leer el libraco hasta el final, así, que comenzó a acostarse bastante tarde, y pensó en no dejar el libraco hasta no finiquitarlo. Un sábado después de organizar sus actividades decidió retomar la lectura del libraco. Miró el marcalibro. Una bella imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Lo tomó, lo besó, y continuó leyendo, no sin antes pensar, ¿cuántas horas le había dado a aquella lectura? Se prometió acabar con aquella fiebre y decidió no parar la lectura hasta no terminarla.

Comenzó a sentir unos deseos inmensos por conocer mejor a los seres humanos, por acercarse más a ellos. Era tan terrible pensar que muchas veces las personas se encierran en sí mismas. Se sentía incómoda, por primer a vez no estaba a gusto con algo y no podía definir con qué.

CAPITULO VIII

Viaje de María

El autobús se deslizaba con suavidad, la brisa parecía indicar que el calor cedería un poquito. Charlotee se quitó el horrible sombrero de safari dejando ver un un cabello que otrora fuera rubio. Llevaba el pelo recortado, con deslizar su mano sobre él quedaba en su puesto. Debió haber sido una muchacha bonita, le gustaba la vida hippie, movimiento del cual participó.

_Sabe María _he estudiado en Francia cuando el mayo francés y estuve allí lanzando adoquines cuando quisieron privatizar la universidad. Fue la época de los Beatles, yo amaba a los Beatles y de ellos tengo todas sus canciones grabadas.

Además le dijo_-Tengo un hijo,- él es ingeniero. En este momento ejerce en Alemania. Mi esposo fue un político famoso, renunció a su cargo, al comprobársele infidelidad con una de sus secretarias. Estas cosas, no se perdonan en Estados Unidos. Eso lo hizo caer en desgracia, y ocho años después murió. Ahora ella tenía un novio, Daniel, pero Daniel había tenido una caída descender del avión, por ello se regresó a Norteamérica.

María veía la sencillez de aquella mujer, y cada vez le parecía que era un regalo de Dios haberla puesto en su camino. Sentía como si muchas cosas comenzaran a caerse, y a sentirse suave y libre. Charlotee era metodista, pero eso lejos de alejarlas las acercó. Sentía que en aquel momento veía más clara su vida. Vio como los seres humanos escapan por las rendijas que les ofrece la vida. Esa noche soñó con la mente la figura de un hombre frente a un ventanal de una biblioteca. Un hombre agobiado que se situaba frente a una ventana y después de un largo rato, lanzaba una bocanada de humo de su pipa y comenzaba a hablar. Ella se vio huyendo de un chofer, de un estúpido sin metas, de un barrio y de todo aquello que la detenía. Se quedó mirando a Charlotee, en ese momento el autobús se detuvo, ella despertó, los jóvenes salieron casi corriendo. Entraron a una pequeña pensión, y Charlotee le hizo señas que allí podían quedarse para continuar su viaje al día

e. Era una pensión muy sencilla, bien distante de su palacete, se bañaron en una pequeña
e acostaron en una habitación pequeña, pero no incomoda.

recordaba, las sábanas limpias, las sales de otrora, las dormilonas, el olor de los jardines de
hogar y recordó también la última conversación que había sostenido con su hija.

Charlotte _Yo abandoné mi hogar donde viví casi toda mi vida,

Charlotee la interrumpió para preguntarle,

-¿Qué pasó María?-

María, entornó los ojos, dejó caer una lágrima, algo bien extraño en ella, pues
casi nunca se le veía llorar.

_ De aquel lugar sólo quedaron las columnas que hablaban de un pasado mejor.
Ruinas imposibles de reconstruir. Yo terminé mudándome a un apartamento
del este de la ciudad y dejando en manos de la barahúnda todo aquel despojo de
lo que en otros tiempos fue mejor. Mi hijastro, embaló los libros y el piano de
cola, los guardó en una de las fincas, a la cual desde que murió su padre se mudó
con su esposa.

Recuerdo, dijo _como irrumpieron en mi hogar y como uno de estos
zafios, tratando de pintar con agua mezclada con pintura verde alguna de las
paredes más hermosas de aquel sitio. Las paredes estaban destruidas, los suelos
de mármol habían perdido el color y un óxido rojo los recorría. La ermita otrora
una pequeña y hermosa iglesia hacía de cualquier cosa, sus imágenes tiradas
por el piso, como una insolencia a Dios. Se veía entre las paredes grafitos con
consignas políticas de todo tipo. La muerte misma era la ermita, el palacete, la
vida. Los niños macilentos, mocosos, con la barriga repleta de lombrices
jugaban con lo poco que quedaba de lo que un día fue un parque lleno de flores
y de columpios. La misma zozobra adentro, los pasamanos de las escaleras
fueron convertidos en toboganes y más de un pedazo de la misma colgaba
balanceándose en cada peldaño. Habían destruido las ventanas interiores y con

Cornieles Díaz

la madera de esas ventanas taparon los destrozos causados en las ventanas exteriores. Yo huí de allí y me encerré en mi apartamento, amplio, hermoso y lleno de mis vivencias. ¿Triste, dolida, amargada, envilecida? No lo sé.

María sentía que todos los instantes de su vida pasaban como ráfagas hirientes por su mente. Veía rendijas por todas partes y unos inmensos deseos de escapar no sabía hacia dónde. Escaparse de su mundo que le resultaba amargo, desagradable, promiscuo.

Miró a Charlotee y le dijo con sinceridad

—Ante esta realidad, quise saber de lo único bueno tal vez, que había en mi vida, mi hija y recordó para sus adentros, su última conversación con ella.

-Madre-

Deseo que los ingresos de la fábrica que heredé sean usados para educar a niños pobres y para obras de caridad. Estoy decidida a entrar a un Convento. Dependerá de lo que respondan de Roma. Tengo mucha facilidad para los idiomas, y desearía estudiar antropología y especializarme en la cultura egipcia para descifrar jeroglíficos.

- Si me obligas, me quedo, si deseas que me quede, me quedaré, pero estoy renunciando a mis verdaderos deseos, y no quiero pasar por la vida como una fracasada. Para mí la vida es una esencia fundamental, que traspasa la barrera de lo inconmensurable. —

-La vida es un instante del tiempo infinito detenido en un espacio material de tiempo.

-Quiero hacer de mi vida, mi espacio, un instante de comprensibilidad. Quiero tratar de comprender la naturaleza, pues si bien el conocimiento está dado

por la naturaleza, también está dado en la humanidad, en sus asociaciones y en sus obras culturales. No deseo limitarme a la mera esencia del conocimiento, quiero ir más adentro a su comprensión profunda, a sus posibilidades de comprensión y a las posibles relaciones que se deriven de esa comprensión.

_Hija _preguntó María

_ ¿por qué a monja?-

_Has visto madre, que alguien sienta envidia de la inteligencia de las monjas, de su talento-_La gente común mira a las monjas como unos seres que están allí para atender enfermos en los hospitales, para ser maestras de niñas ricas o como recolectoras de fondos para causas nobles. --Nadie me perturbaría, nadie le interesaría meterse con un ser que parece más bien anodino. Nadie envidiaría mi inteligencia. Y yo, tendría toda la fuerza para manifestarme, para ser, para intervenir desde mi propia concepción religiosa, desde mi propia convicción de la vida. -

María, no entendió mucho, pero su excelente memoria de siempre, la hizo repetirle a Charlootee, fielmente las palabras pronunciadas por su hija.

Sabe Charlootee, _Cuando la vi tan decidida, creí ver la rendija por donde quería escapar, así como yo use la mía para escapar de donde quise.-

- Meses después mi hija tomó los hábitos y se hizo moja. La fortuna que heredó de su padre tenía relación con el procesamiento del cacao, y ella pidió que eso fuese administrado por el bufete de abogados Figueira Pérez y la Congregación religiosa donde ella profesaba. _Así que tomé el computador y le envié un mensaje, para chatear un poco. No tardó la respuesta del mismo, a través de la micro la vi feliz me pareció que mi hija estaba llena de alegría. Estaba aprendiendo un nuevo dialecto que se habla en el Congo y en ese dialecto

Cornieles Díaz

estaba hablando a los pobladores. --Así, mi hija me habló de sus adelantos en el lenguaje cuneiforme y el Kikongo, y de la tesis que prepara al respecto. Viaja constantemente para dar charlas sobre los trabajos de investigación que realiza, y me dice que en su trabajo, en sus estudios, ha encontrado una nueva forma de amar a Dios, a la vida y al ser humano. Ella desea trabajar sobre la tesis de María Magdalena como uno de los apóstoles más inteligentes de Jesús. -

Mi hija ha aprovechado muy bien los dividendos que produce la industria de chocolate que le ha dejado su padre, en pro de uno de los orfanatos que ha fundado, no sólo aquí sino en nuestro país. Está entregada al estudio de la historia de las religiones antiguas. Me ha hablado mucho del Congo, de sus costumbres, de su cultura, de su gente, de su lengua, y yo advierto en todo ello, la fragancia y la juventud de mi hija. Una vez, cuando la envié a Suiza y quise direccionar su vida me dijo: ayúdame sin empujarme, quiéreme sin que sienta tu presión, deja que me salgan alas para volar después.

_Podrá usted imaginarse Charlotee mi emoción y mis deseos de visitarla. Así que me puse de acuerdo con hijastro , a pesar de ser como era, y de yo no tenerle mucho aprecio, era el único que me visitaba, así que conversé con él acerca de hacer este viaje, y él muy gentilmente se ofreció para acompañarme. Así que este es mi segundo viaje, ya he realizado uno anteriormente.

_En el primer viaje, después de ponerme de acuerdo a con mi hijastro, vinimos al África y de allí nos dirigimos en una pequeña avioneta al Congo. Mi hija es la Coordinadora de la misión.

Ella vive en el Convento, allí tienen un orfanato. Por la forma como me recibieron las monjas, los misioneros y toda la comunidad me pareció que había llegado al propio cielo.

Se imagina las ganas de gritar mi alegría cuando vi a mi pequeña.

Ella es una muchacha linda, alta, elegante, que hubiese ganado cualquier concurso de belleza. Así sin maquillaje se notan sus largas pestañas, que me

hacen recordar aquel canto gitano, donde Juan Legido dice, “señorita présteme una de sus pestañas que voy a pescar y se me ha olvidado la caña”. Es esbelta, delgada, de fino pies, y de andar elegante.

Charlotee la oía, como esa gente que sabe la necesidad del otro, sin interrumpirla, la dejaba hablar, la dejaba botar todo lo que la entristecía. Ella estaba segura, que cuando hubiese botado todo, se sentiría más feliz, más tranquila.

-Me gustaría que la conocieras, - Charlotee, la oía.

Ella ha heredado la forma de caminar de su padre. Él tenía una pierna un poquito más larga que la otra, así al caminar uno observaba un dejo cadencioso en el andar. Dejo que en una mujer le da mucha elegancia. Sus ojos, grandes y limpios. Su boca bien torneada y dos bellos huequitos que se le hacían en las mejillas al reírse.

Charlotee la trató con delicadeza, afable, como nunca jamás se había sentido y como nunca jamás vino de un miembro de aquella “noble familia o de sus amigos hacia ella. Aunque pareciera mentira, sólo su hijastro al que ella nunca le tuvo mucho cariño, ahora, a sus sesenta y pico de años, ella reconocía, que a pesar de todo la había tratado con cariño y con respeto, y así también lo hizo con su hija.. ÉL la reconocía como su hermana y siempre estaba pendiente de ella.

Aquella noche, durmió tranquila, casi feliz, agradeció a Dios su nueva amistad.

Días después estaban en el Cairo, de allí pasaron a ver las Pirámides, luego, al museo y por último dejaron a la Biblioteca y al museo. Después ambas mujeres se fueron en un Crucero por el Nilo.

El día lunes comenzó el crucero por el Nilo. El hermosos Yate se llamaba Orquídea, llevaban un intérprete, un hombre bastante negro vestido con un

Cornieles Díaz

impecable botalón blanco. Ambas se fueron a la parte superior del Yate, allí había una mesa de ping pong, y se pusieron a jugar. Se reían y se divertían, nadie se hubiera imaginado que tenían una recién nacida amistad.

Cuando les tocó descansar para el almuerzo,

Charlotee le dijo:

_Yo he sido una niña huérfana, mi madre murió cuando yo nací, y mi padre resulto herido en la guerra de Vietnam y luego murió. Ambos eran irlandeses, vinieron a Norteamérica en busca de una vida mejor. No conozco otros familiares.

María la comenzó a mirar de manera diferente.

Pensó para sus adentros, que a veces pensamos que somos únicos en el mundo, que nadie más que nosotros merecemos lo mejor, y nos olvidamos del que está al lado.

_Dio unas palmaditas en las manos de Charlotee y luego le dijo:

_¿La aburro Charlotee?.

Charlotee la miró con sus ojillos azules, y no se supo si fue por introducir algo de alegría o por qué no comprendió a María.

¿B-U-R-R-O?

Is the Word donkey? I don't understand to you?

What do you said?

Burro, âne, Esel, asno, حمار

No, no, dijo María sonriendo.

I mean, I bore to you?

Ja, ja, ja, dijo Charlotee

María rió con ganas, como casi nunca lo hizo.

Luego celebrando las ocurrencias de su nueva amiga le dijo:

La primera vez que vine a visitar mi hija, nos alojamos en la propia casa del Convento, donde se encontraba también el orfanato, es un lugar muy bonito, es cómodo, limpio y espacioso. A pesar de no tener grandes lujos, denota elegancia en su arreglo y en sus muebles. Las habitaciones tienen olor a limpio, y sobre las camas un bellissimo Cristo de madera negra cuelga en las paredes. Mi hija nos obligaba a descansar durante el día, y sólo nos llamaban para la cena.

La cena siempre era agradable, pulcra, ligera, con frutas de la región.

_Sabe Charlotee, siempre en la mesa estaban varios invitados del gobierno, varios religiosos y varias personas que parecían muy cultas. Fuimos atendidos como príncipes y yo me sentí complacida. Después de la cena, nos daban un pequeño concierto con los niños del orfanato y luego unos músicos nos deleitaban con canciones suaves y tiernas. Aunque no conocía el idioma, me imaginé cuan bellas serían por dulzura de los intérpretes. Sobre las nueve nos retiramos a nuestras habitaciones, para disfrutar de un suave sueño.

¿Te he hablado de mi hijastro? Mi hijastro, a pesar de ser mayor que yo.

Charlotte lo celebró con una carcajada. Él sabe mucho de animales y plantas, creo que es lo único que le ha gustado en su vida. El le prometió a mi hija una visita a los cañaverales y las zonas datileras del convento vecino. El conoce mucho de animales y plantas y quedó enamorado de la pulcritud de todo aquel sitio, y de la frondosidad de las plantas. Él podía ayudarla, así que prometió regresar al Convento y prestarle sus conocimientos.

_Sabes Charlotee, lo único desagradable de aquel viaje fue la conversación que tuve con mi hija.

En uno de esos arranques que uno tiene de no sé qué tentación, le dije:

Cornieles Díaz

_Hija, eres bella, tienes fortuna, eres inteligente, cómo pudiste entregarte a la religión. Eres una niña noble, pudiste casarte bien, tener hijos, disfrutar de tu fortuna. Mi hija me miró sin rencor, sin temor y sin miedo, pero su respuesta fue lacónica y contundente.

-Me he casado con el mejor hombre del mundo, ante él se inclinan príncipes y reyes, basta presentarme, para que las puertas se me abran.

_Soy libre. Voy a la universidad, viajo a Egipto constantemente como antropóloga. No tengo problemas para revisar documentos manuscritos, voy a los congresos antropológicos. Jamás nadie osa despreciarme, ni tratarme como objeto. Aquí el apellido deja de tener importancia, se suprime por el de Jesús.

¿Era necesario entonces escapar así?, le expresé con ironía y con dolor.

_ No madre, pude haberme ido por diferentes vías. Quedarme en nuestra tierra era una. Casarme, no con los mejores partidos sociales, sino con el que estuviera detrás de mi fortuna.

- ¿Cómo estirar la elástica?-

- ¿Acaso no corría el riesgo de que dicha elástica se reventara? -Podría ocurrir, que al reventarse me devuelva a un mundo que no deseo, que no conozca, o que me dispare y me coloque en un mundo que me rechaza, o simplemente me deje en el limbo, en el terreno donde ni soy de allá, ni soy de aquí.

-¡Pero hija querida! - Le dije,

¿Cuántas muchachas han nacido pobres, se han hecho profesionales, han ganado concursos de belleza, se hacen famosas, y se casan y tienen sus hijos y son bien aceptadas en el mundo que tú rechazas?

- Madre, - mientras se piense que el objetivo de una mujer y su fin último es tener hijos, en centrarse en su belleza física, haremos de nuestras mujeres unas desgraciadas, unos objetos que se manipulan al compás de la propaganda y de los

critérios de quienes usan y abusan de ello para enriquecerse y llenar sus alforjas de suciedad. Tener hijos es parte de nuestra realidad biológica y compromiso con la vida, pero es una decisión personal y no colectiva. Yo soy una mujer inteligente, domino más de tres idiomas y varios dialectos, puedo discutir a la altura de cualquier antropólogo actual de gran preparación. Voy por la vida, con lo que soy, no con lo que otros me presten. Decido que hacer y cuando hacerlo, si alguna vez decido, que esta vida me asfixia, ten la seguridad que no vacilaré en renunciar. Amo lo que hago, escribo sin cortapisas, me siento libre y sin ataduras.

No soportaría los suplicios de la oscuridad, la duda entre ser y vivir. _Detesto la ignorancia, la arrogancia, la simplicidad, amo la lucha por mejorar, y mejorar, no es acumular dinero, pues si eso es, ya tengo suficiente, acumular s., pero posibilidades de intervención en la vida, posibilidades de conocer los secretos de la naturaleza, de la vida, de la existencia, del espíritu.

_Charlotte, yo Pensaba que mi hija estaba confundida y le repetía una y otra vez lo mismo.

Ella se sentaba junto a mí y también me repetía_

_No somos barajitas tiradas al aire, somos seres con misiones en la vida, con necesidades de respuestas. No quiero ser una misionera para andar hablando por allí de la fe, ni de la esperanza, quiero practicarla, quiero ver crecer las flores y alegrarme con su vida, quiero ver crecer al niño y celebrar su desarrollo.

Quiero ver como la ciencia avanza y descubre lo postrero y el nacimiento. Quiero ver competir al mundo por un mundo mejor.

_¡Pero hija!, el mundo es tuyo.

Madre_ Yo deseo vivir sin atender a si soy aceptada o no por la conciencia y voluntad de algunos. Yo deseo determinar mi deber ser, mi moral, mis valores, que no tienen que ser los de mi padre y su abolengo. Mi ley moral está escrita en mi corazón, en los libros sagrados, y hay que aprenderla

Cornieles Díaz

practicando, no oyendo y dejar pasar. Los diez mandamientos ponen sobre el tapete los deberes esenciales de los hombres, los derechos fundamentales, si eso se cumpliera, no haría falta, ni leyes, ni códigos. En toda ley civil, subyace la ley divina, aunque tratemos de ocultarlo.

_Yo creo, hija, le repetí muchas veces.

_Que no existe una conexión absoluta entre ética y religión, pueden darse formas válidas sin de moral vivida y formulada sin referencia a Dios o a la trascendencia. Yo no he sido demasiado religiosa, he sido una especie de anacoreta pero sin penitencia. Yo me sumergí en la ficción para conocer mi realidad, no para hundirme en ella, sino para salir de ella. Amé mucho la literatura porque ella me devolvía mis sueños, amé en silencio a Cervantes a través de Don Quijote, sus conceptos de libertad como un don precioso. Amé su chifladura, como la forma más hermosa de transmitir Cervantes su genialidad. Poca vida sentía que tenía, y al nacer tú, me regocijé, creí que serías mi continuación, mi lucha, mi forma de ver la vida. La forma de luchar contra ese mundo que atosiga, que amarra, que va corrompiendo sin piedad.

María consideraba que al llegar a la casa de aquellos ricos, tal vez vivió una ficción teatralizó su vida con ingenuidad, pero tal vez con malicia, a lo mejor la juzgaron mal al decirle que los quería igualar, pero odió la vida de su arrabal, donde lo tuyo y lo mío no tenía diferencia. Donde la justicia no llegaba y si se instituyó fue para darle seguridad a todo lo que era detestable: drogas, robo, asesinatos.

Se enfrentó a todos, y se preguntaba ¿dónde está la autoridad?, ¿en las contadas visitas, cuando se trataba de solicitar nuestros votos?. La justicia, siempre le fue lejana, oscura y peligrosa. Quiso desafiar las leyes, las costumbres, todo eso chocaba con su vida, con su forma de ser, y de ver las cosas. Pareciera que los poderosos tenían su forma de concebir las leyes y la

justicia y chocaba con la de ella. Los Terwer's la odiaron, la vieron como una piedrita en sus zapatos. Pero también ella, fue la piedra en la alpargata de su gente. Trató de perturbar sus usos, sus costumbres, sus leyes, su igualitarismo perverso, su ideología colectivista, que no era para salir del fango sino para meterse en él.

Mientras pensaba sus ojos se empequeñecían pero su estatura crecía. Jamás se confundió en una palabra, era cuidadosa como siempre lo fue, y su cultura a base de novelas fue la antesala para formarse como abogado. Pero estaba allí como una mezcla del ser y el no ser. De la realidad y la ficción. Mezcla de sentimientos nobles y a veces contradictorios. De un mundo con fronteras y sin fronteras. De sentimientos generosos y sentimientos agresivos. De gente que abre sus puertas pero con el mismo ímpetu las cierra. Una mujer que conserva sus recuerdos como un patrimonio personal y que se constituyen en sus mejores credenciales.

No sabía si era realmente creyente o no. Pero si sabía que conservaba en su memoria el agradecimiento a la vida, a sus amores, a sus amigos, a las familias con las cuales convivió, a su rancho, a sus animalitos, a sus flores, a su diario, a su esposo, a la mimá Doña Leticia y Doña Camilla, pero sobre todo a la Guga, su madre, esa mujer extraordinaria, que no se amilanó ante la pobreza, que sin dejarle la rienda suelta le apretó el zapato.

Esa que la vio llorar, crecer, enamorarse, renunciar a todo. Esa que la hizo tener unos rasgos característicos, asumir responsabilidades y a la hizo amar a los suyos sobre todas las cosas.

Madre, me dijo mi hija planteó a Charlotte:

La autonomía es la razón humana, y la afirmación absoluta del hombre, es elemento suficiente para la formulación de la ética humana no religiosa. La religión por si misma honesta vinculada con la moral, inclusive hay quienes la

Cornieles Díaz

ven como un obstáculo. Para muchos Dios, su ley y su revelación, sostienen, debe desaparecer por el principio de autoridad que los sostiene, pues la Ética exige la plena libertad humana.

_Pero yo sostengo madre, que la religiosidad, más que la religión, en su esencia, trasciende la ética, apunto a lo sagrado, a los valores, a las no cortapisas, al hombre con sus actos y su valoración. A la infinita presencia de Dios en el hombre. No el hombre sometido a la ley de Dios, sino al hombre libre dentro de la voluntad de Dios y por voluntad de Dios.

_María hablaba mientras Charlotee le escuchaba con atención. Recordó palabra por palabra, la última conversación con su hija, y así como si conociera a Charlotte de toda la vida se la contó.

Recuerdo haberle dicho

-Hija, has dilapidado tu fortuna-

-. Tú crees que no hay corruptos, tú sabe cuán inmensa es la fortuna que llega a los orfanatos que creaste. Yo creo que tú eres una idealista. No sabes cuantas corruptos, cuantos buitres ahí afuera.

-Sí lo es,-

le dijo con ternura a su madre,

-pero yo no estoy adentro,

-yo estoy afuera, en el mundo, -

-en ese mundo del que tú te has empeñado en huir. –

-Del mundo no se huye, madre, se le enfrenta y se le somete. –

-El problema está, ahora en entender lo que significa someter.-

_Si por someter entendemos, hacer que otros hagan nuestra voluntad estamos perdidos. Si por someter entendemos, tratar de racionalizar, de no transferir

nuestra autonomía, de identificarnos con la vida, con el hombre, como criatura de Dios, como el hombre principio y fin de la obra divina, el hombre en su totalidad, como hacedor, como referente último de la vida moral en su deseo de trascender, de ser un ser en progreso constante y perfectible. Entonces, no he perdido nada y he ganado mucho.

-Sé cómo se administran mis bienes, y se también cómo se administra mi vida. Cuando fundé los orfanatos, puse una cláusula, que si se llegase a demostrar, en uno sólo de ellos, algún nivel de corrupción, durante mi vida, o después de mi muerte, todo el patrimonio adquirido pasará a nombre de mis hermanos, especialmente a nombre de mis tíos, los morochos Figueira Pérez y sus descendientes, los cuales podrán - aplicar todo el peso de la ley a quien irrumpa en corrupción. Este documento y copia del mismo está en cada una de las manos de los interesados.

-Yo amo la vida que llevo, y quisiera que tu también la amaras madre.

El hombre debe luchar por lo que cree, sin perder la esperanza y la fe en el Creador. El hombre nace libre, es una especie de diamante sin pulir.

Su naturaleza le da elementos para desarrollarse a posteriori, cargas genéticas que pesan sobre él, y lo dirigen de cierta forma, y la sociedad debe sobre esa base construir, pero no imponer.

_María miró a su hija, ella sin alterar su voz, y con mucha firmeza le replicaba.

-Cuando el hombre aprenda a no mutilar al otro, a conocer esa naturaleza que le es propia, hasta el sentido para educarlo cambiará. Yo tengo de ti, tu fortaleza, tus genes de avanzar, de no quedarte en el tremedal, y de mi padre, su naturaleza observadora, su capacidad de liderazgo, su capacidad de aprender con rapidez, su sagacidad y su altivez, su inteligencia. Lo otro lo pongo yo, y lo pone la cultura que recibo. -

Cornieles Díaz

-¿Por qué no te quedas madre, conmigo, y aprendemos a vivir de nuevo, lejos de la corrupción, de la maldad, de la ambición, del tremedal que se lo lleva todo, como decía Don Rómulo Gallegos?-

- Rehagamos lo que nos queda de vida. -

Cuando mi hija me habló de rehacer mi vida sólo atiné a decirle:

- No es posible rehacer una vida a los sesenta años.

Todas mis ilusiones quedaron disueltas en la vida.

_Soy un ser que arrastra un cuerpo, que ríe como Garrid.

Trabajo para mantenerme viva, y no veo un aliciente para cambiar, para sentirme alegre.

_Tú mi única ilusión, es como esa amiga que me llama todos los días para saber cómo estoy. Ya no confío en nadie, ya no creo en nadie. Ya me siento como una sombra que va por la vida.

_ He luchado para salir no sé de dónde,

_y he salido sin saber para dónde tampoco.. Mi angustia nació de la injusticia, me rehusé a aceptar el mundo que me tocaba vivir, era una necesidad buscar una vida nueva, que me permitiera realizar como ser humano, que me permitiera conquistar mi libertad existencial y mi vocación como ser humano.

_Te puedo decir Charlotte que _-Yo acumulaba experiencias, pero el mundo que me rodeaba, no miraba lo que yo miraba, la realidad fue mirada por ellos como ellos son, y qué difícil me fue confrontarla.-

Al destruir mi hogar creyeron que no importaba, pensaban que ellos estaban mal, pero sus opresores estarían peor, al serles destruido todo, al estar peores que ellos. Pensaban que, quienes tenían algo, era porque se los había quitado a ellos, y no perdonaban.

_Yo no vi en ellos piedad, tolerancia, comprensión, sino amargura, resentimiento, venganza. Jamás amor y menos reflexión. Luché por no ser igual, por obtener mi propia vida, y me revolví en un mundo duro, fuerte, soez terrible y destructor. Nunca nadie vio una lágrima en mis ojos, así todos hablaron de mi dureza, de mi frialdad.

-Quienes me trataron dijeron que era calculadora, que buscaba el bien para mí, no importa a quien arrastrara. Nadie, se asomó a la ventana de mi corazón, nadie miró mi lucha interior por no repetir los esquemas de mi vida. Nadie miró más allá de lo que querían mirar.-

María, estaba frente a Charlootee, la miró con cariño y con agradecimiento por haberla oído durante tanto tiempo. Ella no sabe si llegó a comprender su mal inglés, pero la oyó, como una vez la oyó su esposo _, sólo que éste, cuando la oía, se oía él mismo.

- Bueno Charlootee, _le dijo casi alegre, después de aquella conversación, en la cual sintió que por primera vez que era realmente oída, o por lo menos entendida. Comprendió tal vez, que siempre habló con su marido pero él siempre conservó su posición, no bajó nunca a sus sentimientos, a lo que ella era realmente: un ser humano. Podía ver que la había protegido, que la había ayudado, pero siempre la conservó en la distancia. No había sido jamás el amigo. No, eso sí había sido la Zula. Jamás Zula y ella se traicionaron, jamás se pidieron nada a cambio. Se confesaban sus cuitas y nadie reclamó, ni nadie dijo si lo hacías mal o bien. Por muchas horas se había preguntado que era la amistad, como uno de esos conceptos que se quedan siempre sin respuestas claras.

Miró a Charlotte, ella estaba allí, presta a oírla, tranquila, sosegada, y le dijo:

Después de regresar de El Congo y de aquella primera visita a mi hija, le dije a mi hijastro _ que ya que él se había propuesto venir ocasionalmente de visita a El Congo, para ayudarla en el desarrollo de los cultivos del convento, que yo había estudiado con detenimiento la oferta que me había hecho mi hija, su hermana, y que deseaba regresar a El Congo. Así que dos meses después me vi en un avión rumbo al África. Llegué al aeropuerto de Barajas, España y luego después de un intermedio de dos horas al África. Allí tomé uno de esos autobusetes que usa el pueblo, para ir al interior del Congo. Allí en su bella capital, tomé el autobús hacia Bateke, Este es en un pueblito del interior. Allí la encontré a usted, mi nueva amiga.

Me he quedado mirando este otro mundo, esta otra gente. Usted es tan distinta a mí, tiene tantas ansias de vivir y desborda felicidad. Alegre, sin prejuicios, feliz, yo creo que este es el mejor regalo que la vida me ha dado. _He pasado mi vida luchando, no he visto como corren los años.

Por eso cuando la vi, tan despreocupada, tan sencilla, tan desprejuiciada, abrí la ventanilla para tomar el aire, porque una ráfaga de viento pasó por mi mente, un calor insoportable me hizo intercambiar palabras con usted mi vecina de asiento. Mientras usted decía, very hot, yo decía ! Qué calor ; y la pelotita de chicle que me regaló nos hizo entrar rápidamente en rapport, y entre su español con erres y mi inglés de bachillerato nos entendimos. La suavidad de sus modales y su alegría de vivir me han sentir eufórica, así que, por ello tomé mi cartera y la abrí, el viento se llevó todo mi pasado: una gruesa carpeta con la historia de mi vida y todo cuanto había en ella. Sólo conservo mi único capital, cuatro obras: La ciudad y los perros y la fiesta del Chivo de Vargas Llosa; Los cristales de la noche de Carlos Noguera y el 11-S y la Gorda de Jorge Timossi, la cual quiero que las reciba como un obsequio de mi amistad.

Usted me ha hecho recordar a mi esposo, me entristecí, sólo porque ya no está para discutir con él mis nuevas lecturas, sin embargo, me merezco abrir una nueva puerta y dar un nuevo paso, la nueva rendija que me ofrece un mundo tal vez mejor y un descanso a mi agonía, y a lo mejor, una nueva oportunidad de vivir. Por eso el aire que entraba por la ventanilla, cálido, no fresco, me devolvió a la vida y me llenó de ilusión.

_Y ya ves, me he encontrado una nueva amiga, tan distinta a mí, pero con tantas ansias de vivir. Alegre, sin prejuicios, feliz, yo creo que este es el mejor regalo que la vida me ha dado.

CAPITULO FINAL

Sor Teresa había terminado de leer el carpetón, no sabía si botarlo, o guardarlo, allí estaba escrita la historia de una familia, su familia, su madre, su padre, y que casi por milagro de Dios llegó a sus manos. Ella había cambiado su nombre Quo Vadis por Sor Teresa. Sintió deseos de reencontrarse, con su yo interior, con esa forma de entregarse a los demás por entero y sin ambages, pero conservando su propia fuente y su propia vida. Caminó lentamente hacia el fuego, desprendió las hojas del carpetón y vio como en fracciones de segundo el fuego consumió tantos recuerdos, tanta vida, tanto sacrificio, tanto dolor. Era hora de ir adentro, a su interior, a llenarse, a reencontrarse con el universo y su esencia con esa esencia de la cual forma parte, de esos ideales que el espíritu tiene, aún en las más precarias situaciones. Sólo así, podría brotar de su alma, el incienso de darse por entero a la causa que había abrazado. Entendió miles de cosas y otras quedaron oscuras. Sintió deseos de tener a su madre cerca, abrazarla, sentirla y quererla. Por ello agradeció a Sor Ifigenia, ésta acababa de abrir la puerta, y allí estaba Emperatriz, la cual había cambiado su nombre, por María, al recordar lo que dijera Doña Leticia: La gente de barrio pone nombres a sus hijos sin saber su significado, así que de Cambural tenemos entre los Terwer, la Emperatriz de Cambural. Estaba radiante, feliz, llena de alegría y con una nueva amiga, una mujer libre de prejuicios, llana, alegre y feliz de vivir. Nadie se hubiera imaginado al verla, que aquella mujer, sencilla, sin grandes adornos, de hablar alegre, era Emperatriz Terwer

Un abrazo fuerte, cálido y amoroso, fundió allí tres almas, en un nuevo encuentro y desencuentro. Cada una había salido por la rendija que les dejó la vida y cada una a su modo encontró la mejor salida.

Dos días después Charlotee regresó a Indiana y María se quedó en el convento. Aprendió a cultivar y a cuidar las plantas y a sembrar flores de diversas especies. Sus flores injertadas llegaron a hacerse famosa y muchas de ellas fueron de exportación. En uno dos años María como el Rey Salomón, con sus flores generaba ganancias.

A finales del año 2001 llegó al Congo una delegación de biólogos, quisieron entrevistarse con la Dra. María Terwer. La cita fue en el Convento. Un hombre alto, aún elegante, de modales finos fue el primero en llegar. María estaba de espalda, pero aquella voz le fue inconfundible.

Volteó suavemente, ante ella estaba su profesor de bachillerato. Había perdido parte de su otrora hermoso cabello, estaba gordo, con unos gruesos lentes y en nada se parecía al joven que ella había amado. María lo vio mover varias veces la cabeza.

_Bien, bien, le dijo ella. _ Pasemos a la sala, allí están los otros especialistas.

De la sala pasaron a la inmensa plantación, María junto a los especialistas la fue recorriendo palmo a palmo. Les dijo que era abogada, y que ahora estaba asistiendo a cursos profundos de botánica. Le enseñó varios de sus logros. Flores más grandes que las comunes y de colores multimatizadas.

Cuando finalizó el recorrido, les ofreció el almuerzo. Había mucha sencillez pero mucha elegancia y dulzura en todo lo que se hacía en el convento.

El profesor no dejaba de mirarla. El tenía la sensación de estar tratando con un ser que conocía. Cuando se despidió de la Dra. Terwer, no sabía por qué le costaba tanto mirarla a los ojos. Sentía vergüenza y no sabía por qué. Sentía pena y no lograba encontrar respuestas.

Cornieles Díaz

Aquella mujer, de finos modales, aún atractiva, de unos ojos inmensamente negros, con una dentadura casi perfecta, delicada en el hablar, cortés, exquisita y sencillamente vestida había logrado perturbarlo. Se alejó del convento, miles de cosas estaban en su mente. En vez de aquella visita hacerlo sentir bien, le amargó el día y el resto de su existencia, pero nunca encontró la respuesta a ello.

Para finales de un noviembre, después de una cadena de años, apareció en los periódicos locales, como un homenaje al Padre de las letras latinoamericanas, que el Palacete fue declarado Patrimonio cultural de la Humanidad, gracias al esfuerzo de un grupo de escritores, de los estudiantes universitarios, de los maestros de los intelectuales del país y de la congregación de Santa María Virgen. Las fuerzas vivas del país y numerosos artistas de fama mundial, hicieron posible la vuelta a la vida de aquel lugar, siendo ahora un museo antropológico, y regresando a su sitio más de 50000 obras escritas que conformaron la vida de su biblioteca, un piano de cola, que permitía dar conciertos cada cierto tiempo y el extraordinario cuadro en réplica “El Guernica”. Esto, gracias a Cayfid, pudieron conservarse, pues él, los había guardado y cuidadosamente embalados. De allí huyeron las ratas, los zancudos, las sanguijuelas, los perros, y todo tipo de alimaña que anidó allí por décadas. Las familias, de acuerdo a lo que decía un columnista de un periódico local, fueron trasladadas a diversas barriadas, a fin de que se amoldaran a nuevos patrones de conducta. Barrios limpios, humildes, pero de una gran fuerza moral.

Por otra parte, cada vez más la gente que dirigía el palacete creaba concursos, de todo lo que de alguna manera tocara al hombre, a la mujer, a la vida, a la cultura y a la ciencias en general, pero fundamentalmente literarios, y en cuyo jurado para seleccionar la obra ganadora, siempre por años hubo una representación de dos monjas de la Congregación de Santa María Virgen.

La gente decía, que a veces se veía en el ventanal de la biblioteca una figura, parecía una monja, o un hombre vestido con una larga bata, otros decían que era

la sombra de los árboles, pero en suma, aquello lo convirtieron en una especie de cuento de aparecidos. Casi todas las quintas que rodeaban al Palacete fueron demolidas y al frente, y al mismo tiempo construyeron una torre, bella y elegante, la “Torre Emperatriz”. La mayoría de sus oficinas eran oficinas de desarrollo agroindustrial y un gran bufete. En una de ellas decía: Joao Figueiras Pérez y asociados y en la otra Francisco Figueiras Pérez Ingeniero agroindustrial.

FIN